



Andrés Aldao

**Aventuras y desventuras
de Ale Aspis**

Editorial ARTESANÍAS LITERARIAS agosto 2006

Editado por la editorial
Artesanías Literarias
Impreso en Maalot Tarshija
Israel

Derechos reservados:
© Andrés Aldao, julio, 2006
© Artesanías Literarias, julio 2006

Foto de la tapa:
Otoño de 1946; a la derecha,
parado, Andrés Aldao.

A mi padre, Zalman, que con
su ejemplo profetizó las huellas de mi vida:
obrero, anarco e inconformista.

*Para los diarios, para la policía,
para los jueces, esta gente
no tiene historia: tiene prontuario.
No los conocen los escritores
ni los poetas; la justicia
y el honor que se les debe
no cabe en estas líneas.
Algún día, sin embargo,
resplandecerá la hermosura
de sus hechos, y la de tantos
otros, ignorados, perseguidos
y rebeldes hasta el fin.*

Rodolfo Walsh
(¿Quién mató a Rosendo?)

Estímulos y correcciones: mi agradecimiento

Agradezco a mis apreciadas amigas Elvira Levy (*culpable en primer grado*), Lina Caffarello y Ester Mann por el estímulo que me dieron para escribir esta novelita. Al Caballero de la Larga Figura y los Bigotes Caídos, Ernesto A. Bavio, por su gratificante revisión crítica, las sugerencias y las correcciones rigurosas y siempre oportunas. A Analía Pascaner, que no dejó de señalar puntos y comas, separaciones y otras faltas, con su implacable pincelito amarillo tanto en la primera parte como en la segunda. Y nuevamente a Ester Mann, sometida al suplicio de lecturas renovadas de las Aventuras y Desventuras de Ale Aspis, trayendo siempre su anotador lleno de observaciones descubiertas por su ojo clínico...

Sin esos estímulos, sin esas críticas, la escritura de esta obra habría naufragado en el Riachuelo, se hubiese estrellado contra la mole del Obelisco o se hubiera ahogado en las aguas marronosas del Río de la Plata. De allí emana mi agradecimiento...

Andrés Aldao, diciembre 2005 (I) / julio 2006 (II)

¿AA o AA?

¿Quién es Alejandro Aspis? Para decirlo con las propias palabras de Andrés Aldao: *"Ale Aspis [...es...], un individuo de inclinaciones anárquicas, algo delirante, dueño de un fuego interior que el tiempo no atempera, que no puede convivir con la indiferencia, encogerse de hombros, hacerle pito catalán al universo"*

Sí, así se ve Ale Aspis a sí mismo a través de la pluma de su creador, otro AA. Y esta descripción, sospechosamente, es bastante parecida a la propia personalidad del Autor.

Entonces, si los dos AA son la misma persona, ¿podríamos concluir, como en un vulgar teorema, que todas las aventuras de Ale le han ocurrido a Andrés? Tal vez sí... Podrían haber ocurrido, pero aunque no fueran verdaderas de cualquier modo son reales, ya que todas son fragmentos de la vida cotidiana de este siglo que no es, precisamente, el "de las luces".

Hayan acaecido o no, nos provoquen la sonrisa o nos hagan lagrimear, las Aventuras Y Desventuras de AA son dignas de ser leídas y, como todas las historias del otro AA, nos harán pensar un poco y contemplar nuestro entorno con una mirada más crítica y menos conformista. ■

Ester Mann, julio de 2006

...

Ale Aspis, el personaje y el autor

Con las Aventuras y Desventuras de Ale Aspis, cuya segunda parte acabo de concluir, he ovillado una saga sobre gente y personajes que germinaron en mi imaginación, aunque se los puede encontrar en cada esquina. Pienso que todo lo que ocurre en este *mundo dislocado* –así lo ha calificado Stephen King– es una perenne calesita, un volver y un partir en una suerte de espiral que recrea protagonistas, hechos y anécdotas en renovadas dimensiones, despeñándose al abismo o remontado las adversidades de la vida cotidiana. He matizado las incidencias de este libro con colores distorsionados, o precisos, que se repiten y renuevan como dramas, comedias u odiseas. Y para que no haya equívocos, me identifiqué una vez más con Stephen King cuando afirma que: *La ficción es la verdad dentro de la mentira.*

Esta novela tiene su breve historia. Dos cuentos, con un héroe principal, publicados en 2005 en la revista Artesanías Literarias, dieron pie a amigas y colegas a sugerirme que continúe con el personaje, que desarrolle sus aventuras... Que me *anime* a escribir una novela.

A fuer de sincero, nunca me propuse abordar una empresa de esa magnitud ni nada que tuviese demasiada extensión. Pero el acicate me sedujo y resolví concretar el proyecto: escribir la novela.

En diciembre de 2005 terminé la primera parte de Ale Aspis. No obtuve la paz que deseaba: *“tenés que seguir, el personaje da para más, es una pena, etc.”*. Escuché los cantos de sirena y muy pronto me reencontré con el protagonista, con sus conflictos, amores y odios,

escribiendo, tachando hasta que, ¡por fin! acabé la segunda parte.

Ahora, *Aventuras y Desventuras de Ale Aspis* ha subido al escenario. Buena o mala (lo decidirá el lector), es una *novela*. He narrado a lo largo de estas páginas intrigas, aflicciones, estados de ánimo, personajes humanos, o diabólicos protervos, gentes corruptas y degradadas, y algunos de los conflictos que preocupan al género humano.

Es como un espejo, fugaz y reducido, de la realidad del mundo y sus consecuencias; del derrumbe de valores que alzaron otras generaciones y que hoy yacen postrados, sin basamento ni ética alguna. Entre los que han caído bajo la piqueta de Aspis figuran los prototipos angurrientos de gloria, los que han abultado los prontuarios de tramposos máximos del género humano. Personajes de cerebro gris y alma negra, emperadores del rencor, idólatras del ninguneo y la calumnia, que procuran cobrar vuelo y desplegar sus nadas.

No todo es negro, deprimente y pesimista: hay en la novela gente común que tiene calidad humana y personas generosas. Florece asimismo el amor, como remanso y gratificación para el héroe y su amiga, con quien tropieza en una confluencia urbana de lo más inesperada: el estudio de un abogado.

No todo está perdido, entonces: hay duelo, frustración, pero también esperanza, ternura y humor. Como en la vida...

Del mismo modo, las letras y el espíritu de Enrique Santos Discépolo, savia y fervor de Buenos Aires, han ejercido una telúrica influencia sobre mis ideas porque tienen permanencia histórica en el perímetro rioplatense. Cambalache es el cántico de los vencidos y los marginados del sistema, y no podía faltar porque es mi “credo”. Y el de Ale Aspis....

*¡Hoy resulta que es lo mismo
ser derecho que traidor!...
¡Ignorante, sabio o chorro,
generoso o estafador!
¡Todo es igual!
¡Nada es mejor!*

Ante todo, espero que los lectores disfruten con esta novela que nació como “tal vez” y hoy se ha convertido en “aquí la tienen”. Escrita sin pretensiones, Ale fue una criatura que pernoctó en mis recuerdos. El protagonista no es mi “alter ego” ni un desdoblamiento de mi persona. Toda la obra es pura ficción y, acaso, me hubiese agradado obrar en circunstancias de mi vida pasada como lo hace Ale Aspis en la novela.

En cierto modo, las aventuras de Aspis son un fragmento de las aventuras de la condición humana. Me causó placer escribirlas, recibir críticas, comentarios y sugerencias de amigas y amigos. Las leí con seriedad y respeto, aunque me reservé el derecho a compartir o disentir.

Ustedes, lectores, acompañarán las contingencias de Ale Aspis, sus pasos delirantes, los aciertos y los errores, como les sucede a todos los mortales. Como les ocurre a ustedes y a mí. A ellos y a los otros.

Ignoro qué será de Aspis en el futuro. A todos los seres vivos les llegan los días y los tiempos de la pausa. Percibo, pues, que he culminado este ciclo *aspiano*. Aunque no me atrevo a afirmarlo... Y esto será todo ■

Andrés Aldao, julio, 2006

Los censores de la UdeEF

En realidad, uno no sabe qué pensar de la gente. Si son idiotas en serio, o si se toman a pecho la burda comedia que representan en todas las horas de sus días y sus noches.

Arlt, Los Lanzallamas

Había terminado las correcciones esa mañana, abroché las hojas, metí el manuscrito en una bolsa de plástico y se lo llevé al Bermúdez ése. Me lo recomendó un periodista del semanario **Visión Borgiana**.

Dejé la copia del libro sobre el escritorio y le pregunté cuándo tendría una respuesta

—Déjelo nomás, Aspis, y deme su número de teléfono— dijo.

—No tengo teléfono, Bermúdez, no utilizo ese aparato— respondí.

—Pero ché, usted se quedó en la vitrola: ¿cómo es que no usa teléfono?

—Me fastidia, suena a la hora de la siesta, a las tres de la madrugada, me pone de punta, me saca de quicio. ¡No quiero teléfono! Dígame, ¿lo vengo a ver dentro de una semana?

—Como quiera, Aspis, no sé si voy a tener tiempo de leerlo.

Me despedí del editor. Bajé en el ascensor (de la época de las invasiones inglesas) y seguí caminando por Tucumán hacia Maipú.

Había puesto mi nombre con letras grandecitas en la tapa: **Alejandro Aspis**. Aunque los amigos, mi ex mujer, los alumnos de la secundaria donde enseñaba castellano y todos mis conocidos me llaman *Ale*. Y en la mitad de la página el título: **DoReMiFaSoLa — Ar pe gio** (Arlt—Perón—Giovani Papini).

Antes solía escribir cuentos y relatos bastante ingeniosos. Llevé algunos a **Página13**, el diario de los

progrezurdos, se los mostré al secretario de la sección **Antena y Antena libros**, quien les echó una mirada y se quedó con dos para leerlos... Al mes lo llamé por teléfono: *No, le juro que no le recuerdo* –me dijo–... *¿Los cuentos? Mire, perdóneme, no sé dónde los dejé.* Ahí terminó la conversación. Y la validez del teléfono como medio de comunicación. Desde ese punto comenzó la bronca: contra el golfo pituco de **Página13**. Contra la literatura y sus regentes. Una bronca que se iba propagando en mi sistema nervioso como una peste virósica.

Los cuentos que había concebido los reuní en forma de libro y se los di al editor. En el último año cambié de estilo y me consagré a escribir notas de historia, literatura y política... Puro sarcasmo, tirria.

Nadie las leía fuera de los amigos. Y mis alumnos, que debían soportarlas. Me comentaban que les causaba un enorme placer... No les creía a esos descomunales chupamedias.

Envié los escritos a una agencia de revistas y, oh sorpresa, en una de ellas me publicaron un par de notas dedicadas a mancillar la carrera de letras, a los profesores, al posmodernismo y a los académicos. Un famoso artículo de Arlt, en el que pregonaba la riqueza del idioma porteño y ridiculizaba el estilo *finolis* y elitista del gramático Monner Sanz (cuyos escritos ni la familia leía, o sólo la familia), despejaron mi mente. Luego continué con la tirada de Arlt contra los críticos literarios –tomé frases del prólogo a *Los Lanzallamas*– caricaturizando sus ínfulas de escritores porque –decía– son incompetentes, torpes y frustrados.

Otro de mis dardos preferidos era contrastar las palabras con los hechos de toda la ristra de políticos contemporáneos, desde el inefable Alfonsín hasta el somnoliento y trasnochado De La Rúa pasando por el saltimbanqui Menem... y la sombra del Viejo cubriendo a toda esa mersa con un manto de misericordia y chanza. A partir de las primeras colaboraciones la revista subió sus ventas y me exigieron nuevas notas. *Cuanto más cáusticas mejor, Aspis*, rogaban cada vez que iba a la Agencia.

Me causaba un enorme deleite martirizar a los mediocres, crucificar a los corruptos, descubrir las anemias de los grandes nombres, fueren políticos, historiadores o literatos.

Incluso comencé a recibir amenazas al estilo de las que emitían en su tiempo (y cumplían) los tenebrosos de la Triple A en 1974/75. Me mudé: me fui a la provincia... aire puro, un huertito modesto con radicheta y tomates, nada de aglomeraciones ni embotellamientos.

Largué el tubo, fuera los teléfonos, *minga* (la RAE no la acepta) de móviles, y le oculté mi dirección a todo el mundo. Incluso publiqué un aviso con mi nombre pidiendo datos sobre un conocido escritor (aclaro: *él* dice que es un gran personaje), al que los chupatintas de las gacetillas le hacen coro; algo así como un retintín de sus frases célebres. Di una dirección existente (no la mía) y un teléfono inexistente. Unos días después leí en el matutino **Trombón** que en una antigua casona del barrio de San Telmo estalló un artefacto de escaso poder explosivo haciendo *moco* (la RAE no la acepta) la ventana. Sí sí, es lo que imaginan...

Felizmente para mi osamenta, no estaban enterados de que daba clases de castellano en un par de escuelas secundarias. Hasta que en un programa de televisión, ante millares de televidentes, un tal Jorge Luis Borgia, escritor y visitante asiduo de las ferias de los libros, me estigmatizó con una descarga grosera de odio y aversión. Me tildó de analfabeto, de escribir *desicion...* y desconocer las reglas de acentuación.

Al día siguiente, ni bien entré al aula, mi alumno Sergio Zinoviev, biznieto de un bolchevique al que Stalin le achicó la estatura, comentó en voz alta – estentórea, diría más bien–, lo que había sucedido en el programa televisivo de Jorge Lanata durante el reportaje a Borgia.

Toda la clase me contempló con sorna, como si fuese un rumiante con terno gris y corbata roja. Ya no podría ser secreta mi actividad pedagógica... Fui a hablar con el director y le pedí una semana de licencia a expensas de mis vacaciones

anuales. Me preguntó la razón y le expuse un pretexto. No me las dio.

Al día siguiente llegué a la escuela con un brazo metido en yeso, un certificado expedido por mi amigo Saulo (cardiólogo de categoría) en el que explicaba, con minuciosos detalles, que a raíz de una caída en la bañera me había roto el brazo, desde el codo hasta la muñeca. En lugar de la semana me concedieron un mes... Y desaparecí.

Volví a mudarme... De Ituzaingó fui a parar a Villa Ballester, a vivir entre ex-nazis, hijos de nazis, y nietos degenerados de nazis, chupadores de chopes y comilones de salchichas con chucrut. Allí pasaba desapercibido. Y cada vez que iba a la estación a tomar el tren entraba a la plataforma y levantaba el brazo al estilo hitleriano ante la mirada tierna y complaciente de los neonazis de la ciudad. En ese mes recopilé mis notas, les dí forma de libro y decidí que había llegado el momento de ser famoso con causa, dejar el anonimato y convertirme en un héroe, un titán literario. Así fue como llegué a la editorial de Bermúdez.

Se había cumplido una semana exacta desde el día en que estuve en su oficina. No le advertí que iría a verlo. Fui. Subí en el ascensor (antiquísimo remanente de las invasiones inglesas) hasta el cuarto piso.

Al entrar a la oficina su cara cambió a verde, o gris; parecía un cadáver destripado. Me hizo sentar, me convidó con un habano cubano y me dispuse a escucharlo:

—Aspis — dijo en un murmullo —la UdeEF no acepta que edite su libro.

—De qué carajo me está hablando, Bermúdez, ¿es el partido de la Julita?

—No, hombre, es la *Unión de Escritores Famosos*, UdeEF.

Luego me explicó la perversa actividad que se esconde tras esa sigla esotérica. No podía creer lo que escuchaba. Le exigí la dirección de esa Unión de atorrantes.

La logia de censores literarios – la pandilla masónica – tenía su guarida en la calle Corrientes y San Martín, donde funcionó en una época la ALN de Kelly y Queraltó (el matrimonio transexual del nacionalismo criollo).

Subí en el ascensor sónico hasta el piso cuarto (es mi destino estrellado: todo lo malo me ocurre en cuartos pisos). Vi la placa cobriza de UdeEF. Golpeé con discreción: el silencio más estridente fue la respuesta. Ningún sonido. Menos que nada. Decidí entrar y me encontré en una sala de espera. Escuchaba el farfuleo de voces engoladas, risas, *a la salud de mis queridos colegas*, grititos y otras sandeces por el estilo

Sobre la puerta de la que provenían las voces distinguí la mirilla y entonces los pude ver: estaban casi todos los grandes nombres de las letras, desde Jorge Luis Borgia, Mirta Lagrande, Jorgito Atchís (el que robó flores en los jardines de Quilmes) hasta la distinguida poetisa Susanita Giménez de Alcorta, incluidos otros relevantes personajes del mundillo literario, jugando con serpentinas, pomos de carnaval, matracas, pitos, con una escalofriante curda y exiguas ropas, brincando patéticos y delirantes en la singular parafernalia de la UdeEF.

Dudé un par de minutos y, siguiendo mis impulsos, recordé una de las famosas frases de Don José de San Martín... Entré a la sala de debates *en pelotas, como los indios*, y les pregunté en medio del jolgorio: ¿Están jugando al carnaval? Permítanme participar, y sin darles tiempo a nada caché un par de sifones y, a sifonazos limpios, les empapé la jeta de censores literarios vociferando ¿Censores a mí? ¡Vamos, hombre!

No fue una pesadilla... Esto ocurrió, pero no recuerdo cuándo. Los médicos me tratan muy bien pero me quitan los cuadernos y lápiceras, y no me permiten escribir porque –aducen– tengo fea letra y horribles faltas de ortografía.

Arlt tuvo mucha suerte •

El regreso de Alejandro Aspis

Lo único que sé es que el personaje se forma en el subconsciente de uno como el niño en el vientre de la mujer.

Roberto Arlt (entrevista)

Me estaban esperando en la oficina del Sanatorio. Debo de haber adelgazado bastante porque Toña, la secretaria de la Agencia, me miró con cara de lástima mientras yo firmaba una pila de papeles.

—¿Cómo está Aspis...? Se lo ve muy bien — me dijo con cara de julepe.

—¿Le parece? Un finado tiene mejor aspecto que yo, ¿no?

—No hable así. Desde ahora se va a sentir mucho mejor: descanso, comida, escribir de nuevo... ya va a ver, Aspis.

La escuchaba como si su voz viniese desde un fonógrafo recitando un tango de Rosita Quiroga. Mirándola, le pregunté por qué la Agencia se había preocupado por mi suerte. Le confesé que la pasaba bárbaro en el sanatorio, aunque no me dejaban escribir... No sé si me creyó.

—Ese es el punto, Aspis —me dijo con voz de flauta encantada. La miré a los ojos. Por primera vez los advertí... Cuando iba a la oficina sus ojos siempre se arqueaban sobre el teclado de la pc: lo único que tenía delante era una cabellera trigueña revuelta y sus dedos flacos apretando las teclas. Como diminutos garfios remachando clavijas.

—No la entiendo Toña, ¿qué relación hay entre lo que acabo de decirle y el punto...? ¿a qué punto se refiere? ¿al punto y coma o al punto y seguido?

—Ja, qué ocurrente es. No. La Agencia se ocupó de todos los trámites para que pueda salir del Sanatorio. Qué lío hizo usted en la sede de la UdeEF, que bochinche se armó — dijo con arrobo algo bizcote. En eso me llamó el Dr. Chimichurro. Me dio una serie de instrucciones, y me rogó que no se me ocurriese pasar por Corrientes y San Martín. Se lo

prometí. Me dio una bolsa con píldoras, devolvió mis cuadernos y los bolígrafos, me palmeó la espalda y se despidió. Como si fuese su hijo. Hasta creo haber percibido un par de lágrimas deslizándose sobre sus mejillas (como patines sobre hielo). Propiamente. Y bueno, ellos se encariñan con la gente que internan.

Salimos a la calle, la Toña detrás de mí. Como un San Bernardo. Mientras subíamos a un taxi le pregunté cuánto tiempo estuve en el Sanatorio. *Nueve meses, Aspis*, me dijo con una sonrisa algo romántica. Ahí cai en la cuenta de que la muchacha estaba prendada de mí. En fin, muchacha no era... la edad se le trepaba sobre una poderosa nariz parecida a un alfiler de gancho.

—¿Y para dónde rumbeamos ahora? ¿Cuál es mi casa? ¿Tengo...?

—No se preocupe, la Agencia se ocupa de todo. Ahora viajamos hacia las oficinas, sabe? Tuvimos que desocupar la casita de Ballester. Sus cosas están en un guardamuebles.

—Escúcheme, Toña, le pregunto con franqueza: ¿por qué tanta amabilidad conmigo?

—Muy simple, Aspis: cuando dejó de colaborar con la Agencia la venta de notas a las revistas y diarios se redujo a la mitad.

La escuchaba y no podía creerle. Llegamos a la calle Riobamba. Las *oficinas* de la Agencia eran un *departamentito* para gnomos, repleto hasta el techo, en el que un simple estornudo, pienso, podría causar el derrumbe de todo el papelerío con hedor de las cavernas.

—¡Aspis, muchacho! Qué alegría verlo, che. Venga, póngase cómodo.

—Qué dice, don Samuel. Usted me pide que me ponga cómodo pero en este cuartucho lo único que hay son revistas amarillas y pulgas. Déme una silla, o al menos un banco — protesté mientras pensaba: *cara rota... en nueve meses no me mandaron ni una sola vez criollitas con fetas de salame picado grueso, o chocolate con maní.*

Toña se sentó delante de la computadora, su alfiler de gancho tostadito por el sol primaveral emitía señales luminosas. De vez en cuando me echaba una miradita dulce cruzada por la bizqueza, por lo cual ignoraba si me estaba mirando a mí o al gato que, sosegado, dormitaba sobre las gavetas del archivo.

Todavía no me había recuperado. Todavía esas pastillas me tumbaban y seguían con su efecto exterminador. Todavía continuaba en el loquero, impreciso, haciendo *footing* entre las nieblas del Riachuelo.

—Muchacho, ¿cómo se siente? — me preguntó don Samuel encendiendo el cigarro cuya humareda, sin dudas, acabaría con todas las pulgas (y con nosotros) — Le hemos dado una mano para sacarlo de ese lugar. Lo apreciamos, Aspis. Y ahora hablemos de negocios porque...

—...Espere...s'pere don Samuel, quiero saber qué pasó con las cuatro notas que me quedaron debiendo y con todas mis cosas personales y...

—...Aspis Aspis: no sea impaciente. En la Agencia lo estimamos todos.

—... necesito vivienda, don Samuel, un bulín para vivir y trabajar. El aprecio es importante, pero si me necesita deme una mano. Además, quiero salir a respirar aire puro, debo dar una vuelta por las calles del centro. Nueve meses en ese loquero, otra que sanatorio.

—Vaya, Aspis, vaya y dése una vueltita por el centro. Ah, tome un adelanto.

—Un *atraso* querrá decir, porque usted me debe guita, ¿recuerda?

Llegué a la esquina de Riobamba y Corrientes; estaba allí el quiosko de flores en pleno, y gente... gente que no hacía morisquetas, gente que no reía sin motivo, gente que no me pedía un faso o un peso para comprarse un chupetín, o un condón. Si fuese un perro movería la cola y brincaría como hacen los pichichos...

Dichoso pero vacío. Caminaba hacia el Obelisco, volvía a las noches de aquella Corrientes traspapelada de la primera juventud. Respiraba hondo hasta que los aromas de la fugaza y la fainá de Güerrin me rescataron de la nirvana del retorno.

Crucé la 9 de Julio en dos etapas; al llegar a Esmeralda me acordé de los guapos que amainaron junto a sus ochavas, frené y me pareció oír la voz del Doctor NO. No quise seguir, o toparme con alguno de aquellos desgraciados que me mandaron al loquero (por un puñado de sifonazos tanto aspaviento...). Regresé por la vereda de enfrente al punto de partida: Fausto, el Foro falsificado, pitucazo, irreal, La Giralda vaciada de sus churros y submarinos. Y gente, mucha gente que no hacía muecas, no me sacaba la lengua, no se pasaba media hora guiñando ora un ojo ora el otro. Y luego los dos juntos.

Sin prestar atención llegué a la puerta del edificio de la Agencia. Era el mediodía y sobrevivía con el mate cocido y el pancito de la mañana, fofo como algodón y gomoso como chicle.

Don Samuel estaba solo en el cuartucho que llamaba *las oficinas*, el habano holandés prendido y sus pequeños ojillos de ardilla revisando papeles.

—¡Aspis! ¿ya terminó el paseo? Escúcheme, ahora que la Toña se fue a comer aprovecho para explicarle el tema de la próxima nota. Si la hace cobra triple. Venga, acérquese, las paredes escuchan.

Se arrió y me farfulló palabras al oído. Su cara era diabólica y angelical a la vez. Yo escuchaba, los ojos se me revolearon de asombro y delectación. ¡Cómo me conoce don Samuel! *A mi juego*, balbuceé.

—En una semana lo puedo terminar. ¿Qué pasa con mi vivienda?

—Ahora lo acomodo por unos días en un hotel de San Telmo. Tome, le pago lo que le debo y agarre este teléfono móvil, así nos comunicamos.

—No me tome el pelo, don Samuel, yo no uso teléfono, me produce quistes y verrugas: ya se lo dije. Si me necesita venga al hotel, chau.

Samuel me consiguió un cuarto en un hotel de la calle Estados Unidos. Una piojera, se me ocurrió mientras viajaba hacia allí. Al entrar me desdije: un lugar limpio, tranquilo, con ventana a la calle, los dueños amables, podría tomar mate hasta reventar o hacer lo que quisiera. En la Agencia me prestaron una *PC ambulante*.

Me zambullí sobre la cama. Nueve meses atorrando en camastros asépticos junto a internos *extasiados*, monologuistas que se babeaban, toda la especie demencial del universo en ese pabellón. Acomodé mis pocas pertenencias, otras las compré en la farmacia de la esquina y en el boliche de enfrente. Ahora, a trabajar...

Samuel arregló el encuentro con Federico Lupines. Dos horas después estaba sentado frente a un tipo algo secote en el café de Independencia y Piedras. Tenía los ojos humectados, como listos para echar algunos lagrimones. Me extendió una mano huesuda con dedos largos y transparentes. Tuve la sensación de apretar una mano invisible... Lupines me contó la siguiente historia:

—En una mesa redonda en Liberarte me presentaron al escritor Andrés Costera, ¿lo conoce? Entramos en confianza, le hablé de un manuscrito mío, me invitó a su casa. Fui, conversamos, se lo dejé y me pidió que me comunicara en un par de semanas. Al tiempo lo llamé: me dijo que debería corregirlo. Fui a buscarlo. Pasaron seis meses y no supe más nada. Hace una semana presentó su nueva novela en una librería de Santa Fe: *Norita en búsqueda de la muerte*. Fui a verlo. Lo percibí medio raro conmigo, revoleaba los ojos, desviaba la cabeza, tosía y escupía con disimulo. Tuve que comprar un ejemplar y cuando leí la solapa...

—...se dio cuenta de que le plagió la novela —le dije —¿es eso, no?

—Sí —un sí lacónico, un bramido de fiera escapada de la jungla, los ojos parecían minúsculas brasas al rojo.

—Y usted quiere que escriba una nota denunciando al tipo, que lo convierta en albóndiga y puré de mierda...

—Sí. Sí señor. Sé quien es usted, Aspís. Samuel me contó su pedigrí y yo deseo que usted redacte el artículo. En ese estilo tan bilioso y frenético. ¿Puede?

—Dejelo por mi cuenta, Lupines. A este Costera lo llevo a alta mar y lo hundo con una piedra atada a los pies. Chau, un gusto.

Me extendió la diestra. Percibí que estrujaba el vacío...

El destino a veces me da una mano. Ese Costera no me conoce; el día del carnavalito de las ratas famosas no estaba en la sede de la UdeEF. Urdí el plancito que me iba a ayudar. Tenía la dirección. El dueño de la librería *Angelitos Negros y Rubios* me prestó una colección de libros de Cervantes y con ellos me fui al domicilio de Costera, en Villa del Parque.

Salió una mujer de cara pálida, pregunté por el plagiador y me dijo que no estaba, que llegaría en una hora. *Uy señora, ¿qué hago ahora con este paquete...? No, no puedo dejárselo... ¿No podría esperarlo?. Muy amable, gracias.*

Me hizo pasar al estudio, me sirvió un café y me dejó hojeando los libros del quía. *Papita pa'l loro*. Busqué como loco (no innovo...), transpiraba, abría armarios y cajones, exploraba los estantes. Al lado de la computadora distinguí dos carpetas, una decía *Norita en búsqueda de la muerte*, y la otra *Norma busca el fin del camino*. Leí fragmentos de cada una: idénticos, como una cebolla cortada al medio (me decidí por la cebolla porque comencé a llorar de la emoción). Me las guardé. Le dije a la mujer que no podía esperar más y me fui. Alegre como una bataclana bailando el can can en un teatro de revistas.

Regresé a *Los Robles*, mi guarida, y empecé a teclear en la *lap top*. Como poseído. Los dueños del hotel se acercaron para averiguar qué sucedía. Me traían pavas de agua para mate (hervida las más de las veces) una tras otra. Estaba exaltado, tenía pruebas al canto, reproducía y tecleaba, alcancé la página quince cuando garabateé la palabra *fin*. Agotado, me tiré sobre el cotín. Quedé palmado.

Me despertaron las luces del cartel luminoso del hotel. Las ocho de la tarde. Luego de la ducha tomé el colectivo 10 y

me bajé en Lavalle. Comí media parrillada (la carne, madera maciza, el chorizo, sebo puro) y tomé medio de la casa. Me fui hasta Corrientes, gente, gente y más gente. Regresé a *Los Robles*. Me senté frente a la caja rectangular, las películas eran de la época del cine mudo, o programas de cómicos que me hacían llorar con sus chistes. Apagué. Volé al sobre y me evadí del mundo. Soñé con mi ex, los alumnos de la secundaria, los nazis de Villa Ballester, el loquero y por último con Toña, que deseaba embelesarme e inflaba su nariz de alfiler de gancho y yo que intentaba escapar. No podía. Ahí me desperté.

Al día siguiente llevé la nota a la Agencia. Don Samuel leía, sonreía, reía, carcajeaba, se revolvía en la butaca mascando el habano y al final me comentó:

—Che Aspis, usted ha vuelto con más chispa del sanatorio. Estupendo, irrefutable, lo hizo pedacitos, ifelicitaciones, muchacho!

—Don Samuel, ¿me está sugiriendo que he vuelto más *colifato*? No me ofendo. Es verdad.

La Agencia vendió la nota al semanario ***Detrás de la Careta***. Apareció un lunes y esa misma tarde se formaron corrillos en las librerías de moda, en los eventos culturales y literarios; el teléfono del semanario no paraba de sonar. La edición se agotó ese mismo día y publicaron una tirada extra.

El martes a la noche allanaron las oficinas de la revista. Don Samuel apareció en el hotel el miércoles de mañana.

—Aspis, hay un escándalo con su nota. Alguien estuvo en la casa de Costera, le robó el original de su novela y una carpeta. ¿Usted sabe algo?

—La prueba del delito, don Samuel, el manuscrito del que plagió la novela de Lupines. Esa carpeta es la que le quita el sueño — le expliqué sin explicarle.

—Aspis, ¡Aspis! ¿me oyó? Allanaron la editorial. Ahora lo están buscando. Váyase a Montevideo hasta que la cosa se calme, le pago gustoso por su trabajo. Un abrazo, muchacho.

Al llegar al control de documentos del Buquebus me colocaron las esposas. Uno de los tipos miraba una foto y me

señalaba. Para hacerla corta: me hice el loco pero esta vez no me dio resultado. Estoy en Devoto. Don Samuel me manda paquetes con salamines picado grueso y criollitas.

Doce meses a cargo del estado trabajando en la biblioteca del penal. Aunque, por suerte, no me sacaron ni el cuaderno ni las lapiceras... •

Ale... La ópera prima

Hasta que ustedes sean
dueños de sus propias almas,
no lo serán de la mía
(Philip Marlowe)

Raymond Chandler

Llueve, hace un frío de morirse. El cuadro está vacío, salieron al recreo. Mi cuaderno tenía anotaciones en los márgenes, papeles abrochados con ganchitos. Anotaciones, acotaciones... Escribo y escribo. Llegó una carta de Samuel. Me agradece que haya dado la cara. No me lo pidió. Fue mi decisión. Y yo, asfixiado aquí en Devoto, tengo ganas de mandarlo a la mierda.

Aspis... Con todo. Me temblaron las manos... *Aspis... Con todo* repicaba en mis oídos como un bolero cantado por Pedro Vargas. O mejor, quizá, José Mojica que luego se hizo franciscano. O cura: es la misma muerte civil. Tardé dos minutos en reunir las pocas cosas que me llevaba. Todo el resto quedaría para la ranchada del cuadro quinto. Me abracé con algunos de los colegas. Ahora ex... En especial con Orlando Roig, el Profe, un levantador de autos cuyas historias fueron una especie de flitera antitedio. Nos brindamos una leal amistad y fue él quien posibilitó mi ingreso a la ranchada de Mano Santa, un *chorro* de alta escuela. Orlando era un personaje poco común. El choreo constituía para él un medio de vida honorable, con un código de dignidad y normas de conducta que lo hacían único. Nunca portaba armas en su trabajo. Si perdía iba en cana, aguantaba la *máquina* y la asumía como *chorro solitario*. Jamás batió a un colega y se comía los garrones con dignidad de ladrón de clase. Llevaba enjaulado tres años e iba a salir en un par de meses. Me miró *de frente*, como gustaba repetir, y me dio un abrazó de hermano...

Salí del cuadro. El celador iba un poco retrasado, yo con mis manos detrás. Tenía deseos de volar. En el penal podía escribir, claro, aunque recordé las requisas, las pertenencias revueltas y arrojadas al piso. Estás preso. Sos un cero. Una entelequia. Un ex hombre. Te olvidás de abrir y cerrar puertas. Vivís como en manada, sos un gregario, un incoloro. Sos un prontuario, la foto de frente y de perfil. Las huellas digitales. Número de preso. Tu nombre es un accidente, Alejandro Aspis sólo existe fuera de Devoto...

Firmas, papeles, devolución de los enseres del penal, la ropa. Un sentimiento de no pertenencia. Doce meses entre chorritos de morondanga, cafiolos jovencitos que daban pena, dos lanceros chilenos, chorros y un tachero asaltante de tacheros. Y Orlando Roig. Me había peinado a la disparada. Sin afeitar. Me puse el traje. Medias y zapatos. Dos guardias me acompañaron a la salida. Uno de ellos, el *Cara Picada* Salinas, me tendió la mano. *Cuidate Aspis, no vuelvas más por aquí, no es pa' vos...*

Afuera el aire parecía otro; un aire sin miradas torvas, sin mate cocido, sin panazos avasallados por la miga que te gaseaba el estómago y la existencia. Ahora andarías libre. Sin las manos atrás.

Toña y don Samuel, apoyados sobre el taxi, me extendieron los brazos. El Holandés, esgrimiendo el cigarro y envuelto en una niebla azulada me devolvió a la realidad. La garúa acariciaba mi cara y yo me sentía feliz. Toña me contemplaba; sollozaba como una vieja alquilada para velorio. La abracé y le di un beso en la mejilla, al lado del alfiler de gancho estremecido.

—Aspis, muchacho, ha resucitado... todo va a ir bien ahora.

—Don Samuel, hace cuarenta años que me prometen *todo va a ir bien ahora*, ¿sabe? Pero nada fue ni va a ir bien.

—No sea pesimista, Aspis. Le alquilé a unas cuadras del Congreso un departamentito de una habitación con una cocinita. Tiene pagos tres meses. Para empezar no está mal.

—¿Y mis cosas? ¿Qué pasó con ellas?

—Están en su cuarto. También la computadora.

—Y comida en la heladerita, Aspis— me anunció Toña rascándose la nariz con un movimiento circular.

Me despedí de los dos. Llegué a Entre Ríos y Venezuela. Una habitación cómoda. Mis muebles ordenados, la mesa y un par de sillas, la estantería con los libros. Ropa nueva. Encontré la carpeta con mis cuentos. Los que Bermúdez no me pudo publicar.

Quería tomar unos verdes. El año en Devoto me convirtió en un mateadicto. Encontré el jarrito, las dos bombillas, la pava con rastros de hollín. Olían a mi vida anterior, ese desenfreno irreparable que me llevó a caer de hoyo en hoyo... Dejé el mate arrojado en las ganas. Aferré la carpeta con los cuentos. Me detuve en el título. Curioso título: **DoReMiFaSoLa: Ar pe gio** (Arlt—Perón—Giovani Papini). Comencé a repasarlos. No estaban mal. Sentí, como es que dicen... un nudo, una sensación de fracaso, me rompí todo pergeñando esos cuentos de mierda mitad fantasía, mitad evocaciones, vida, delirios y alegorías, amigos, mi ex mujer, el gran fracaso... y siempre eufórico.

Tenía que decidir mi futuro inmediato: Bermúdez y literatura, o don Samuel y crónicas escandalosas. Tiré una moneda al aire: cara Bermúdez, seca don Samuel. Me engañaba... Con cualquiera de las dos posibilidades iba a naufragar. El riesgo no son ellos. Soy yo. Lo sé... soy un naufrago que a la postre va a parar a la isla Juan Fernández y se siente aborrecido por todo el mundo. O amado por muchos.

Me fui caminando. Agarré para el este. Al cruzar Congreso recordé un cuento de Onetti. Me avergoncé de los míos. En realidad, pensé, Onettis y Arlts nacen dos por generación. Todo el resto son aprendices de brujería literaria. Yo me refugio en la manada. Es cómodo.

Miraba a la gente, al cielo con nubes paradójicas, todavía llevaba los barrotes estampados en la mente, veía las caras de los celadores, los ruidos lejanos de rejas que golpean

a toda hora y las ceremonias desalmadas y repetidas. Seguí por Rivadavia; huía de la esquina fatídica.

En Reconquista 651 entré al edificio. *¿Bermúdez sigue en el cuarto piso?* inquirí en portería. La tucumana se encogió de hombros. Cuando la bilis comenzó a treparme salió el hijo, o algo por el estilo, y me preguntó si buscaba al editor. *Sí, busco a Bermúdez. Hay muchos que lo están buscando, señor,* me dijo ufano. Sonreía con jeta de pingüino. Era para romperle los dientes. Me largué.

Tenía que optar por el peligro: buscar trabajo en la Agencia. Lo dejé para el día siguiente. Regresé y de paso compré un kilo de yerba, doscientos gramos de mortadela, una flauta larga y crocante y en un quiosco el noble **Trombón** de la familia ídem. No imaginé que una noticia que iba a leer allí en breve cambiaría mi vida. No podía imaginarlo. *Ale Aspis entraría en la dimensión desconocida y riesgosa de la Agencia. En las redes imponderables de don Samuel el titiritero.*

Compré una plantita con flores violetas en el quiosco de Riobamba. Entré a la Agencia... Los papeles, diarios y revistas viejas habían convertido el lugar en una trapería gitana. El humo azulado del habano me indicó que el dueño se hallaba en algún recoveco. Busqué a Toña; la mesa con la pc estaba debajo de la escalera que llevaba al entepiso, sus ojos estrábicos se cruzaban en un punto recóndito, en la intersección de dos líneas enigmáticas e invisibles. Me sonrió con un pliegue de sus labios, aunque nunca pude averiguar si me había visto o estaba imaginándome. Le dejé la plantita.

—Aspis, muchacho, venga aquí...

Suspiré y me acerqué pisando el suelo con suavidad. Advertí una calígene gris azulada y comprendí que don Samuel estaba abroquelado al otro lado de una flamante pila de revistas viejas. Lo saludé.

—Don Samuel, he venido a verlo. Quiero un trabajo serio, un trabajo sin riesgos. No me pague triple ni doble. ¿Qué dice?

—Aspis, no se crea que me dio alegría lo ocurrido. Usted me protegió, asumió los cargos sin implicarme. Pero yo

no le pedí que se metiera en ese lío. Usted es impetuoso, Aspis. Tendría que ser torero. O acróbata.

—Es posible; dígame, ¿tiene trabajo para mí? Además, quiero publicar mi libro de cuentos: recoméndeme a algún editor. Un editor para obreros de la pluma, el proletariado de la literatura.

—Usted escribe bien, Aspis, pero publican a los que se ganaron un nombre. O a los idiotas que tiran la plata en esas editoriales que brillan por las ofertas y lo clavan alegremente a una lista de promesas imposibles. Blablas que enceguecen a los tarados con las letras de molde de libros en papel ilustración. Ja ja ja. Aspis, no me haga caso, muchacho: pero vengo de vuelta, ¿sabe? Soy un zorro veterano: voy a hablarle a un amigo, a mí me deben muchos favores. Pero usted tiene que trabajar, Aspis. Le voy a encargar una nota fácil. Y hágame el favor de no apropiarse de nada.

—Algo legal, ¿no?

—Más o menos, Aspis, es un asuntito inofensivo. ¿Leyó los diarios hoy? Venga, acérquese...

Así recomenzaron mis infortunios. *Los asesinos, los atorrantes y los giles siempre vuelven al lugar del crimen*, barrunté.

Era un premio de novela muy importante. Cinco jurados y cien mil verdes de recompensa. Hubo un ganador. No era posible apelar el fallo de los jurados. Pero alguien se chivó y llevó la queja a **Trombón**. No había pruebas. Cinco jurados. Cinco tipos que debían decidir, elegir la mejor novela según su parecer. Necesitaba a uno sólo... La historia es más o menos como sigue:

Una editorial conocida convoca un concurso de novela. Jurado de prestigio. Se presentan más de doscientos participantes. La editorial empalma un caballito de Troya: el manuscrito de un autor que tenía un contrato firmado tres años antes de la convocatoria del concurso. Hay otro finalista, Godofredo Olafsen... Es en ese momento que se cuele el manuscrito de *Billetes y Cenizas* del protegido Richard Tercerópulus. Ahí se pudrió todo. Casi.

Con gesto pícaro a lo Charles Laughton, don Samuel me susurró: Hay que conseguir pruebas, Aspís, aquí tiene los cinco nombres, muchacho. Suerte... Casi me ahoga; me hablaba y la humareda azulgrisácea me dejaba sin aire. Luego me guiñó el ojo.

Las palabras del Holandés resonaban en mi cabeza como cantitos de sirena. Me imaginé en el estrecho de Mesina y a ambos lados Escila y Caribdis cantándome arrulladoras baladas. Menos mal que en esos días tarareaba día y noche **Fuimos** (*¡Vete!... ¿no comprendes que te estás matando? Tararí tarará*). Tomé para el Congreso: lleno de canas, un grupo de tipos llevaba un inmenso cartel, puteadas desde los colectivos. Crucé Belgrano. Entré en el cuarto en el momento en que sonaba el teléfono: había olvidado advertirle a los de la Agencia que no quiero ese siniestro aparatito en mi casa. Me quedé mirándolo mientras el ruido se me antojaba una irrupción marciana. Levanté el tubo (soy un miserable felón). Era don Samuel: *muchacho, tráigame mañana el manuscrito... encontré un editor para su libro*, y colgó con tanto estrépito que me destapó el oído.

A las nueve de la mañana entré a la Agencia. Don Samuel me agarró del brazo y dijo: *vamos a La Academia... nos está esperando el editor*. A pesar de su físico corpulento andaba rápido, con una agilidad increíble para su edad. Las veredas estaban húmedas. Una marea de autos llegaba por Corrientes anegando los carriles. Llegamos en un par de minutos y al entrar al bar vimos al editor... le extendí la mano y nos sonreímos: era Bermúdez.

Le narré la anécdota de Reconquista 651. Se encogió de hombros, tomamos dos vueltas de café y se llevó el manuscrito. Don Samuel pagaría la edición con documentos. Arreglamos los detalles de la publicación, la tapa, la corrección de las pruebas de páginas. Antes de irnos le pregunté si conocía la dirección de *cierta persona*. Me dijo cómo averiguarla. Me despedí de los dos y volví a mi casa. Tenía que empezar a moverme.

De entrada conseguí datos de todos los jurados. Al director de la Editorial Satélite lo suprimí. Había un paraguayo

y otro uruguayo. Los descarté. Me quedaron el cuarto, que estaba en EEUU, y la quinta. Era una mujer del interior que vivía en Buenos Aires.

A fines de octubre terminé con las últimas pruebas del libro. Cuando vi el texto impreso se me cayeron las medias. Le agradecí a don Samuel (por vez primera lo vi en otra dimensión, con ese cariño que ocultaba detrás de su inseparable habano), lo felicité a Bermúdez, que se ocupó de darle una parte a un distribuidor. A los pocos días contemplé en las mesas de las librerías, extasiado, **DoReMiFaSoLa: Arpe gio** (Arlt—Perón—Giovani Papini). Fausto, Ghandi, Liberarte... allí veía mi nombre destacado, el título y, como fondo, en trazos desleídos, las cabezas de Arlt, Perón y Giovani Papini. *La ópera prima de Ale dispuesta para el gran público porteño, ¿cuántos giles van a comprar este libro de título extraño y contenido siniestro? ¿dos lectores, tres, cien... o ninguno?* pensé.

Con el estómago fruncido por el recelo y el corazón tiritando, con una alegría lacónica, recorrí Corrientes desde Riobamba hasta Florida. Espiaba un rato a los caminantes que se detenían a mirar libros, algunos incluso levantaban de la pila a **DoReMi...**, leían y lo dejaban. Hasta que en Ghandi una mujer se acercó a la caja con el libro, pagó y se fue. La miré con ternura; casi le digo: *Señora, yo soy Ale Aspís, el autor.* Me di media vuelta encaminándome hacia el Congreso. Un duro trabajo me esperaba: debía encontrarme de algún modo con María del Carmen de Manuel, el quinto jurado del Premio Satélite. •

La novela de Tomás

En la actualidad abunda ese tipo de hipocresía moral y social.

Raymond Chandler

Estar en cafúa, pertenecer a la ranchada, conocer el mundo íntimo de los chorros —que son parte de la vida—, te enseña cosas. En el loquero tuve una experiencia de discernimiento entre el límite de cordura y la chifladura. La publicación de **DoReMi...**, la emoción que me produjo, podría ser la causa o el efecto de un dolor de cabeza persistente. Fui a lo del tordo Cacho, que vive en Lanús y, de acuerdo a los síntomas, me diagnosticó una gastritis... Y nada de mate, me sugirió con cara de Lucifer cuando me iba. Mientras volvía a la Reina del Plata me pregunté: ¿El mate es una adicción o un placer? Abandoné la pregunta metafísica sobre el mate. Y sin entender porqué recordé un voceo callejero en los años de mi infancia: *tierra negra para plantas, patrona*.

Busqué durante varios días a la señora María del Carmen De Manuel, de acuerdo a los datos que me dio Bermúdez. No la pude ubicar... Don Samuel me atosigaba, estrechaba el cerco con su diabólico habano.

Salí del bulín. Esa mañana compré el **Trombón**. Es una manera de contar: esperé al canillita con los cinco mangos, me impacienté y, obvio, me las tomé sin pagar. Me senté en la pizzería de Belgrano y Entre Ríos, pedí un café y una de grasa. Abrí el diario. Daba vuelta las páginas cuando vi la foto de un tipo algo calvo y narigueti: era uno de los jurados del premio Satélite. Lo llamé al flaco Valenzuela, periodista de la página de policiales:

—¿Valenzuela...? Te habla Aspis... Sí, bien, me largaron hace unos meses. Una pregunta: me enteré que llegó Tomás Eliahu Rodríguez y necesito verlo, ¿cómo hago?

—¿Para qué lo buscás...? Entiendo, entiendo... Te vas a meter en un quilombo de padre y señor nuestro. ¿Tenés carné de periodista? Entonces pedile una entrevista para un diario,

pero ojo que el tipo es muy vivo, se las sabe todas, Ale. Esperá... te cuento algo mío. ¿Sabés lo que me pasó con aquella mina, la Rosaura...? ¡No! ¡Qué Rosaura a la diez ni que ocho cuartos...! seguís longhi como siempre... De nada, suerte.

Aparecí en el hotel a las diez en punto. Estaba algo vidrioso, no había mateado y eso me jodía. El quía llegó y fuimos a sentarnos en el bar del telo. Pedí un vaso de leche y el Tomás Eliahu me miró con sorna. Le conté una leyenda sobre el porqué de la entrevista, incluso mucho mejor que la trama de *El vuelo de la Emperatriz*.

Le pregunté las razones de su llegada, proyectos, hablé de *La novela de Juan Domingo* y, sosegado, como sin intención, le disparé:

—Qué lío con Richard Tercerópulus y su premio, ¿no? — Me miró con ojos ofidiosos. Le sostuve la mirada. Ja, que a pulseador no me la iba a bajar. Se tiró para atrás, estiró las piernas (no carraspeó).

—¿Para qué me hizo el comentario?

—No sé. Como usted fue uno de los jurados se me ocurrió decirlo. Así nomás, vio. Pero déjelo aquí, Rodríguez.

—¿Quiso insinuarme su recelo...? Le voy a confesar algo: tenía ganas de hablar sobre el tema. Hubo un escándalo y yo fui jurado. No tuve nada que ver con el entuerto, hice mi trabajo hasta donde pude: pero en un mes no se pueden leer doscientas y pico de obras, ¿me entiende?

—Qué interesante. Yo no sé nada de concursos, jurados, es decir, no conozco la dinámica interna de esas cosas (*dinámica interna*: si me escuchase Samuel se atoraría con la tos y el habano). Pero oí rumores, varios rumores feos.

Tomás E. Rodríguez daba vueltas, hablaba mucho, se acercaba al punto nodal pero luego se escurría con cancha. No era ningún tonto: daba la impresión de que iba a concretar pero me frenaba a la entrada del templo y no me permitía pasar. Sin embargo, me tiró un piolín: aportó un dato que sería muy precioso. Quedé convencido de que fue un asunto

con barro y mierda. Nos despedimos; me dijo que se quedaría un mes, daría conferencias y se ocuparía de otras actividades académicas.

Serafín Spagnolo abrió la puerta y me hizo pasar. *Acomódese*, me dijo con un hilito de voz que ni para coser pañuelitos serviría. El hombre estaba chupado, encogido. Me preguntó si tomaba alguna bebida. *¿Un vaso de agua puede ser?* Diciembre porteño sofocante.

—¿Cómo supo usted que yo hacía el trabajo negro del premio Satélite? Prefiero olvidarme de esos días, ¿sabe?

—Estuve con Tomás Eliahu Rodríguez. Lo recuerda con mucho afecto.

Hablamos de las peripecias y maquinaciones, de Tercerópulus y del gerente de la editorial, de su exilio lujoso, del premio. Entonces le confesé que estaba investigando detalles más precisos de cómo había ocurrido todo ese *burdeleo*. El Serafín, mirándome con pulcra vaciedad, me dijo: escúcheme, llame a las cosas por su nombre, al pan pan y al quilombo quilombo. Y agregó que me iba a contar un par de cosas...

—¿Le importa que lo que me cuenta pueda trascender?

—No me importa. La editorial me dio unos mangos y me echó: yo era un riesgo, vi cosas, escuché otras, supuse... y descubrí. Todo quedó guardado en esta cabeza, en mi memoria.

Lo observaba con curiosidad. Lo imaginé con alma de rengo, siempre dispuesto a la venganza, a tomarse un cóctel de rencor e inquina con limón y biter. Me hice el clemente, el comprensivo. Y Serafín comenzó a hablarla... no podía frenarse.

—El ruso Chavesky quería promocionar al griego Richard, entiende. La editorial no andaba bien, y tenía un contrato para publicar un libro suyo, *Billetes y Cenizas**.

—¿No se llamaba *Cenizas y diamantes*?

—Pero no, Aspis, usted se confunde con la película de un director polaco. Usted vuela, ¿tiene aserrín en la sesera?

Billetes y Cenizas era una trenza policial; hicieron una película después.

—No se enoje, Spagnolo, era una bromita... Estas minucias se conocen, en esta urbe todo se remonta, todo se sabe, hay alcantarillas secretas y gente que hace del chimento calamares en su tinta. ¿Comprende?

—Sí, claro que lo más grueso se sabe, pero yo tengo el explosivo y conozco los entretelones. Todo catalogado, con rúbricas y fechas. Papeles y notitas con nombres. Y fotocopias de cheques. ¿Usted se da cuenta del tesoro que tengo en mi poder?

—Sí, usted tiene El *tesoro de la sierra madre*, amigo. ¿Y qué piensa hacer con eso? Ahora ya todos conocen la historieta, pero incompleta, ¿se va a guardar el tesoro como si fuese un bucanero jubilado?

—Aspis, ¿usted quiere lo que llama *el tesoro*...? ¿le va a dar algún uso?

— Spagnolo, no tengo un mango, no puedo pagarle...

Nos despedimos con un apretón de manos. Alma de rengo: casi me la rompe.

Esa noche don Samuel me llamó por teléfono. Quería saber cómo iban las cosas...

—Muchacho, usted es el Fantasma de la Ópera, ¿está haciendo algo o no?, preguntó sin mucha convicción. Le dije que tenía en mi poder la crema pastelera de la nota. Se tranquilizó.

A la mañana fui al pasaje Barolo, en Avenida de Mayo 1370 entre San José y Santiago del Estero. Un edificio despampanante. La oficina que buscaba estaba en el tercer piso. Sobre una placa nada modesta lei el nombre: *Fermín Aquitapache, asuntos penales y comerciales*. Entré pisando como un soldado tedesco.

—Señorita, buen día, necesito hablar con el doctor Aquitapache.

—¿Está citado con el doctor?

—No hago citas con hombres, jejeje —El chiste no le gustó nada.

Discutimos (incluso me mostró las uñas de tono escarlata). Al final me pidió que esperase un momentito mientras me echaba el humo del faso a los ojos. Le tiré un beso con los dedos y ella muequeó un gesto con los labios, como sonrisa de vampiresa de una película de Hong Kong. Luego me hizo pasar.

Una conversación íntima, amistosa. Aquitapache me dio a leer un par de páginas. Tomé notas en un cuaderno de hojas manchadas, le agradecí con una reverencia otomana y me fui a la Agencia. Antes de salir saludé a la china y le dejé mi tarjeta, con dirección y teléfono (*lo descuelgo de noche*, le advertí).

Don Samuel estaba de un humor negro, feroz diría. La mujer había ido de compras y le cayó una *cuenta/sudestada* en plena calle Riobamba.

—Aspis, necesito ese artículo para mañana, mi mujer hace de mis billetes *cenizas*, ¿se da cuenta, Aspis?

—Usted me apura, yo no puedo escribir bajo presión, don Samuel. ¿Qué expectativas tiene para el artículo? El fraude es conocido, de estado público.

—Sí... de acuerdo al fallo judicial. Y rumores, nada cierto. ¿Usted va a repetir lo que todo el mundo conoce?

—No don Samuel, usted me conoce, ¿no? ¿Cree que voy a rezar un padre nuestro y se acabó? Voy a tirar una bomba, ibuummm buummm!

Toña me miraba (*creo que me miraba...*) orgullosa, feliz.

El teclado echaba humo; esta vez llegué a doce páginas. Reproduje las notitas que Chavesky le entregaba a Spagnolo y éste a dos de los jurados, quienes hacían el trabajo de *paco mocho*, cambiaban los manuscritos y convencían a los demás de la importancia de premiar al que puede hacerle sombra al más grande escritor argentino, Jorge Atchís (a éste lo agarraron infraganti robando flores en los jardines de Quilmes y revendiéndolas luego en las kermeses de la Recoleta, frente a la tumba de Alvear).

Revelé cada uno de los pasos. Con detalles fastuosos, números de cheques, fotocopias de recibos firmados con rúbrica aclarada, copia de transferencias bancarias de la editorial S atelite. Otra que el caso Satanovsky...

La nota no tenía floripondios circulares: era cruel, tierna como una astilla de quebracho, los nombres de los *entregadores* resaltados en negrita. La pul  con arsénico y encaje moderno, la repas  varias veces, quitaba boludeces y le agregaba saña...

Llegué a la Agencia al mediodía. Samuel se había ido a entrevistar a algún tipo raro. Convers  con Toña, cuyo alfiler de gancho estaba pálido y mocososo. * C mo se resfr a con este calor, Toña?*, le dije, inocente. Se largó a hipar, temblaba toda mirándome a través de las lágrimas. Le pedí un cafecito y se calmó.  Raro, no? Entonces llegó la tromba acompañada del habano

 Qu  dice muchacho, qué noticias tiene. Que sean buenas buenas,  eh?

 Aqu  tiene la nota, don Samuel, estoy emocionado.

Agarr  las doce páginas, encendió otro habano holandés y comenzó a leer con esos ojos semi cerrados de ardilla. Bland a el lápiz como una Ballester Molina de 9mm. De vez en cuando levantaba la vista y clavaba sus ojos en los míos. Aunque estaba serio. Serio en serio.

 Aspis, lo felicito. El artículo es concluyente, apropiado para un pasquín. Van a pagar muchos billetes por este trabajo... pero usted tiene que eliminar los nombres de esos dos escritores.  Me oye? Esos nombres no pueden figurar.

 Pero por qué, si ésa es toda la gracia del trabajo. Don Samuel, usted no me puede hacer eso. El público tiene derecho a saber.

 iAspis!  me escucha? No quiero juicios, no quiero a la policía en la Agencia, es suficiente con escribir que los nombres de los implicados están guardados en la caja fuerte de un banco, que la justicia fall  con pruebas eventuales, y que nosotros tenemos las evidencias irrefutables, materiales. Saque o cambie los párrafos en que aparecen esos personajes.

—Tengo otra posibilidad, don Samuel... no venderle la nota —Casi me tiro un lagrimón. Me debo de haber puesto rojo, con la hoz y el martillo en la frente... como dos cuernos satánicos.

—Pero usted es un trompa único —añadí— me ha ayudado a ir en cana... y a sacarme. Voy a cambiar la nota. Usted es el primero que logra que me ablande —El Samuel éste se levantó y me dio un abrazo...

Me fui al restorán de Lupo, en Carlos Calvo casi Piedras. Me senté a la mesa que da a la vidriera. Los riñones a la provenzal eran un manjar para dioses o periodistas embroncados. Me mandé dos medios de la casa y al pedir el tercero percibí dentro de mi cabeza a dos literatos jugando al ping pong con billetes y cenizas enrollado en un *paco mocho*.

Esa noche vi la nota en ***La Gaceta Pajiza***, miré el título, hice un bollo y lo tiré al tacho de desperdicios de una charcutería. •

*En 1997, el escritor **Ricardo Piglia** fue distinguido con el Premio Planeta por Plata Quemada. El año pasado (2004), el escritor y la editorial fueron condenados a pagar una indemnización de 10 mil pesos a Gustavo Nielsen, otro novelista que perdió el concurso, en un fallo que ponía en duda la transparencia del certamen, sentencia que fue apelada por Planeta. En septiembre de 2005 la Corte Suprema de Justicia ratificó el fallo condenatorio contra ambos, dejando firme la sentencia.

En el que Ale redescubre el amor...

Lloro porque todo es una lástima
(Laura Avellaneda en *La Tregua*)

Mario Benedetti

Enero. Buenos Aires parece un féretro calcinado. Fuera de los vendedores de baratijas, los turistas que vienen a comprar gabanes o ropa de cuero, a lastrar como locos la carne *for export*, a ver bailar tango (acrobacia, ballet... dónde estás, che Cachafaz, que veo a estos pendejos y esas minitas que balletean por los aires y me cacha la aversión enjeringada en el bobo), fuera de eso, repito, no hay un corno. Todos rajan a la costa. No hay presi ni ministros. También los chorros se van de vacaciones a fanar por Mar del Plata, Villa Gesell, Miramar, las sierras, Bariloche. *Pará la mano, Aspis, ¿y vos a qué te dedicás...?* me pregunté mirándome al espejo. Antes de contestarme comenzó a sonar el aparatito atrabiliario y escandaloso: lo contemplé con ojeriza pero levanté el tubo y vociferé... ¡holaaa!!!

—¿Señor Aspis? —la voz angelical me era conocida y extraña al mismo tiempo.

—Sí, ¿quién es?!

—¿Usted siempre es tan amable, tan cortés...? ¿Incluso con las damas?

—Mire, muchacha, yo odio los teléfonos, las conversaciones telefónicas, los enigmas y adivinanzas, ¿quién es usted...?

—¿Por qué es tan odioso, Aspis? ¿le hicimos algo las mujeres?

—Una... una sola mujer, mi ex, que se fue a vivir con un imbécil. Tiene razón, señorita sin nombre, discúlpeme.

—Me llamo Mabel, soy la secretaria del doctor Aquitapache: usted me dejó una tarjeta y me tiró un beso con los dedos... me causó mucha gracia.

Respiré hondo. Sí, me acordaba. Me acordaba de la sonrisa de vampiresa de película de Hong Kong, la *China*.

—Me ha dado una sorpresa, supuse que me detestaba, *China*.

Le expliqué las razones del apodo. Hablamos un rato y el teléfono ya no me parecía tan aborrecible. La *China*, Mabel, estaba de vacaciones por la feria de Tribunales.

Desde que Palmira, mi ex, se fue con el profesor de educación física (bisexual hermafrodita), las mujeres fueron para mí esfinges de carne y hueso. La conducta de mi ex me partió en cuatro. Un solo motivo: se las tomó sin aviso previo. Luego me acostumbré a vivir como en una isla desierta.

La soledad —filosofaba— tiene sus ventajas excepto cuando estás en cana, incomunicado: la cabeza no te da reposo, no sabés... Las paredes de la celda miserable parecen aplastarte, sacarte la lengua, sonreírte con sarcasmo, y terminás leyendo una y cien veces lo que tus antecesores grabaron sobre las paredes grises de mugre. El tiempo no pasa, recordás qué feliz eras afuera, y luego, cuando te trasladaban a Tribunales, veías, a través de las pequeñas rejillas del celular, a los humanos caminando por las calles, serios, riendo, en parejas o solitarios. Pero libres. Y a vos se te hacía un nudo de acero en la garganta. Allí comprendés que perdiste, cagaste la bandera, sos nadie, una basura presa al que todos los botones pueden humillar, apalear, escupir, putear y reírse de vos.

Estaba pensando en esta breve historia retrospectiva cuando Mabel llegó. No me animé a darle un beso en la mejilla, esa particular avivada de las y los porteños. Le di la mano y yo, el brusco y tirrioso Ale Aspis, me sentí desarmado ante esa mina bonita que, por algún conjuro esotérico, se acordó de este tipo arisco, áspero y algo ido.

La invité a sentarse, le corrí la silla y la miré. Me sentí como un hidalgo del siglo XVIII. Entre tanto, descubrí el ensamble entre mis frases sobre las películas de Hong Kong y Mabel: tenía ojos rasgados, orientales, casi negros, profundos. Y pensé: cuánto hace que no me preocupaba por una mujer como pareja, como parte de mi vida, como interlocutora, como imagen que me devolviera a la condición humana, me quitase, o suavizara, la rispidez de mi conducta habitual.

—Debo confesarle, Mabel, que usted me ha descompaginado.

—Por qué, Aspis, ¿qué he hecho para descompaginarlo?

—Mi nombre es Alejandro, pero como no soy *el Magno* llámeme Ale, es más sencillo. Le voy a explicar: yo hace años que vivo en solitario, desde que mi ex eligió la libertad, como Kravchenko, un ruso que escribió hace años, en época de Stalin, un libro *antiaparatchnik* titulado *Yo elegí la libertad*.

—Aspis... Ale, no entiendo nada de lo que me dice.

—Tenemos que vosearnos, Mabel. Y perdoname... Mirá, es una manía que tengo, soy un tipo algo delirante, mezclo todo, me desbordo, mamé de todo un poco, política, historia, literatura, libros sólo buenos, de primera: nada de Borgia, Atchís, Kundaro, Tercerópulus, Jatranuk, Joiche, José Conrado, Azorín Azirá y Voy Casares. Nada de Nervo ni de nervios, nada de miel, nada de monos sabios que me digan cómo leer, cómo interpretar, cómo escribir, cómo sacrificar la trama por el lenguaje, cómo construir y cómo deconstruir, derribar la literatura y convertir a los lectores en monigotes, faquires, zombies... No me prestés demasiada atención: puedo enloquecerme. Me gustás... no, no sos una vampiresa. Y yo soy un espécimen que perdió la cualidad del roce. Sé que soy un tipo sin demasiada urbanidad, nada cortés. Es la rabia contra el mundo éste, ¿sabés? las injusticias, lo que ves a tu alrededor. Escuchá, pasemos a cosas más interesantes. ¿Cómo se te ocurrió llamar por teléfono a un tipo sarcástico? Aunque vos te resguardaste muy bien: hasta creo que me pusiste la tapa, me tiraste el humo a la cara. Corajuda fuiste. Sí, tenés algo distinto, ¿sabés? Me quedé pensando en vos. Sí, pensaba en vos, muy curioso. Ya hablé demasiado. Contame un poco de lo tuyo, de tu vida.

—Ale, soy separada, mi título de maestra está archivado, no tengo amigos, casi... me gusta leer, me hago la vampi y soy una pobre mina solitaria que espera a un príncipe. Mis padres murieron jóvenes, tengo un hermano en España y estoy más sola que flor en el desierto de Sahara. Cuando entraste a la oficina, con tu traje sin planchar, el nudo de la corbata corrido del cuello de la camisa, los zapatos sin lustrar,

pensé que venías a pedir un peso para comprarte un choripán. Cuando te escuché hablar quedé sobrecogida... como si hubiese esperado un siglo escuchar esa voz, no sé como explicártelo, no sé. Soy tímida y me recubro con una capa de seguridad engañosa. No soy una jovencita, y sin embargo junté coraje y te llamé. Tengo una historia muy simple, fracasos, nada.

Mabel estaba lagrimeando. Le alcancé un pañuelo. Ella, sonriendo, musitó: *Lloro porque todo es una lástima*. Yo le repuse: *son palabras de Laura Avellaneda, ¿no?*

—Mabel, muchas cosas son una lástima, pero no todo. Te invito a cenar. Hoy no comí, me pasé el día tomando mate, vamos, ¿sí?

—Me da no se qué, recién nos conocimos, no me parece bien...

—Mabel, hace siglos que te conozco. Desde la primaria. Desde que busco novia. Desde siempre. Escuchame, no te invité por compromiso. Yo no hago nada por compromiso. Te lo dije, soy un desaforado, hago lo que me parece conveniente: dale, no soy un ogro aunque sí algo prepotente, te invito porque me gusta estar con vos, te lo dije. Hace mucho que no estoy con una mujer, que no converso, que no veo una cara femenina frente a mí (*me acordé de Toña y percibí que de todos modos decía la verdad. Toña, pobrecita...*). Cuando conozcas mi historia vas a entender...

Salimos y nos fuimos a un boliche cercano al Abasto.

Una luz entrecortada se filtraba por las persianas. Mabel dormía con los labios despegados; miré la hora, casi las seis. Habíamos hecho el amor, luego nos dormimos abrazados. Estaba sereno, tenía una sensación de paz, hacía mucho que mi mente no reposaba ni urdía embrollos; ningún rapto de hacer, correr, moverme. Me sentía maravillosamente hueco. No percibía los garfios que me estrujaban a cada hora del día. Volví a contemplarla. No sabía muy bien qué había ocurrido. Tampoco me interesaba entender.

Me levanté y busqué los utensilios para preparar mate. Esta mina tiene todo arregladito, tan arregladito que no encontré ni la yerba ni el mate ni la bombilla. *¿Y si esta mujer no toma mate?*, pensé.

—¿Estás buscando las cosas para el mate? —inquirió su voz de cama.

—Sí, secretaria del abogaducho Aquitapache...

Se levantó, se puso mi camisa y me alcanzó todos los elementos. Se sentó en el saloncito de la casa, dos ambientes en Gascón cerca de Corrientes. Tomamos mate una hora, acurrucados, yo me sentía raro... *El lobo solitario hocicó*, pensé. A las siete Mabel comenzó a vestirse para ir al trabajo. Hasta la víspera de reyes, después vacaciones. Nos besamos; me costaba irme pero la dejé. Nos hablaríamos más tarde.

Caminé por Corrientes hacia el Bajo. El sol me pegaba fuerte en los ojos y no tenía lentes oscuros. Poca gente. En un barcito tomé un cortado y pedí una de grasa. Llegué a la Agencia cerca de las ocho. Por supuesto don Samuel, detrás de su habano, revisaba papeles y boletas, recibos y documentos.

—Buen día, don Samuel.

—Hola muchacho, tanto tiempo. ¿Por qué no se lo ve por las oficinas? ¿No quiere trabajar más conmigo? ¿Hice alguna macana?

—Don Samuel, usted me puede hacer lo que quiera y yo no lo voy a defraudar...

—Gracias muchacho. Si quiere, tengo algo livianito para usted.

—Me enamoré, Samuel.

—Lo felicito, che, ¿la conozco?

—Es la secretaria de Aquitapache, el abogado ése al que fui a entrevistar, ¿se acuerda?

—¿Esa chica? Es seca o tímida, a mí no me da mucha bolilla. Pero sabe una cosa, sé que es muy eficiente y trabajadora. Espero que le vaya bien. Aspís, ahora tiene que trabajar un poco. Va necesitar plata. Ja ja ja.

Toña no había llegado. Con su hábito conspirativo me hizo una seña con el dedo, puse mi oreja cerca de su boca y

me dijo con voz de esperanto: *hay un asunto que quiero que averigüe... Quién está detrás de Love Import S.A. Están en Diagonal y Cerrito, ¿entendió, muchacho?*

Fuimos a tomar café a un barcito de Callao. Se iba a Mar del Plata esa noche. Como de costumbre, me dio la mano al despedirnos — la palma hacia abajo — no sin antes pasteurizar el lugar con el humo del habano.

Sospeché que me enganchaba en un nuevo lío. Caminé por Lavalle, pasé por enfrente de Tribunales y no pude evitar un leve estremecimiento. En Libertad doblé por Diagonal. En la mitad de cuadra estaba el edificio. Entré a la planta baja y busqué en la cartelera: *Love Import and Export S.A.—6º Piso, Oficinas 203/204*. Me metí en el ascensor con la riada que se agolpaba ante las dos puertas.

Me acerqué a la oficina 203, toqué el timbre. Un *nene* de dos metros de altura y espaldas de Karadagian abrió la puerta y me preguntó con suma amabilidad: *Qué quiere, eh, ¿qué hace aquí?... Disculpe* — le dije — *creí que aquí funcionaba la escuela de buenas maneras*. El *nene* me cerró la puerta en la cara. Todo el edificio trepidó...

Entendí que ése no era el sistema más adecuado. Podría preguntarle a Valenzuela, pero nunca estaba; además, vivía muy quebrado por la *traición* de Rosaura. Por casualidad conocía a un tipo que tuvo relación con esos mafiosos: pornografía y prostitución. Sabía a qué atenerme. Me fui a pie hasta el Pasaje Barolo. Entré a la oficina del tercer piso. Mabel levantó la cabeza. Se sorprendió al verme... tendió las dos manos, las tomé acercándolas a mis labios.

—¿Cómo es que viniste?

—Vine a verte, te extrañaba Mabel, pasó mucho tiempo... tres horas.

—Sí, también yo. El abogado me dejó algunos trabajos, archivo, ordenar las carpetas. Aquitapache está en Punta del Este, ¿quieres que salgamos a tomar un café?

—Te vengo a buscar a las doce y media, comeremos juntos.

—Gracias por tu gentileza, Ale... sos un tipo muy generoso.

—Chau, Mabel cara de *chinita* —le hice un adiós con los dedos.

Aunque tenía una rara sensación, entré en Moreno al 1500. Subí a la División de Moralidad y pregunté por el oficial Amet. Al rato salió el tipo alto y morocho, cara de siriolibanés, nariz de cuervo y sonrisa falluta en la jeta de botón.

—Que decís, Aspis, ¿vos pisando el antro de la *yuta*? De seguro tenés algún yeite muy importante... Y querés que te dé una mano, ¿no?

—Hola Turco; sí, te necesito... ¿conocés la firma Love Import?

—Pornografía, servicio de putas de alta escuela. ¿Qué pasa con ellos?

—Una sola pregunta, Amet, ¿a quién pertenece? ¿Quién pone la guita?

—¿Pará qué querés estos datos? Aspis, no te metás.

—Tengo que escribir una nota para una revista. Necesito plata.

—Mirá. Si te importa seguir entero buscá otra cosa. Hacéme caso.

—¿Me podés dar esos datos, Turco?

—Vení conmigo... te muestro un expediente, anotá lo que necesitás y hacete humo. Y cuidate, che. Te metés en algo muy sucio y palanqueado.

Una pequeña cantina, discreta, comida casera al estilo tano. Mabel me dijo que al día siguiente terminaba el trabajo en la oficina. Le expliqué que debía escribir un artículo muy importante, que tenía todos los datos para sentarme y elaborarlo. Ella me contempló algo decepcionada:

—Pensé que podríamos pasar algunos días juntos, pero soy una tonta, Ale — me dijo —No se me ocurrió que vos trabajás.

—No me voy a encerrar en una torre blindada, Mabel. Podés venir a verme, podremos encontrarnos, salir juntos. Es

que tengo la pc en el cuarto que alquilo y debo escribir el artículo sin falta.

Seguimos charlando y nos contamos anécdotas de nuestras vidas. En un momento dado Mabel me sorprendió.

—¿Por qué no venís a hacer el trabajo a mi pisito? Tengo la pc, es nueva y podrías trabajar... Y además estaríamos juntos de a ratos. Yo no te molestaría, *señor Aspís*.

—¿Quién te dijo que no quiero que me molestes? —Se enterneció toda la Mabel. Esa noche llegué a su casa y me quedé.

Comprendí que estaba algo domesticado aunque no tuve tiempo de pensar en el detalle. No parecía el Ale Aspís habitual, el delirante Espartaco al que nada detenía...

Comencé a detallar los puntos sinópticos esenciales. Y luego el tecleo, las correcciones, y cerrar los ojos, y poner las manos detrás de la cabeza, y cavilar... Mabel cebaba mate, preparaba la comida y realmente me sentí raro, pero no tenía tiempo para pensar en el asunto.

A los pocos días le mandé un recado a don Samuel. El segundo lunes del mes de enero regresó a Buenos Aires por un par de días; era su costumbre: no podía estar fuera de sus oficinas demasiado tiempo. Leyó el artículo, me palmeó diciéndome: Muchacho, usted se supera, está algo cambiado, ¿se siente bien, Aspís? Le conté que había escrito el artículo en la casa de Mabel. Se sonrió, prendió otro habano y me dijo que me tomara vacaciones...

Lo publicaron en el semanario ***Detrás de la Careta*** (un artículo anterior me costó doce meses en Devoto). Lo fui leyendo por párrafos...

La mafia rusa actúa impunemente en la Argentina

por Alejandro Aspís

Una firma comercial, cuyo diáfano y cándido nombre es Love Import & Export S.A., constituye la careta de una organización que opera al margen de la ley traficando implementos pornográficos, fotografías, películas de video que comprenden distintos rubros de sexo al margen de la ley, entre

ellos material específico para pedófilos y demás aberraciones sexuales. Ésta es una cara, una faceta de la empresa. También actúa en el mercado de la prostitución, suministrando el servicio de hetairas para turistas, viciosos y clientes de la alta sociedad. Las ganancias de la firma son millonarias y operan a escala internacional.

.....

¿Quién se mueve tras esta industria desplegada al más alto nivel, simpática, inocente? El socio principal es un tal Paco Zelarrayán, un individuo gris, anodino, lacónico, que apenas si tiene dos dedos de frente (si la medimos desde su nariz acromegálica hasta donde nace su espectacular cabellera, meticulosamente enrulada y de un gris arratonado). Pero este señor, que parece un modelo en tobogán, es un basto testaferrero sin frente ni cerebro... Entonces llega, inmaculada, madura, de una sola pieza, la pregunta inevitable: ¿Quién pone la plata dulce y blanca? ¿Mahoma? ¿Bin Laden y Bush? ¡No señor! ¿La mafia siciliana? ¿El IRA irlandés? ¿Los descendientes de Charles Chaplin? ¡No señor! ¿Pues entonces quién la pone? Qui lo sá... Paciencia, lector, unos párrafitos más y subimos el telón.

.....

El señor Bushinski, un desterrado—exiliado, millonario ruso que maneja una de las mafias criminales que operan en el planeta disputando el mercado de la droga, el tráfico de mujeres y menores, órganos humanos, juego ilegal, casinos, telecomunicaciones, gobiernos e inda mais, tiene una modestita inversión en la empresa Love. Este individuo proteico, que contribuye con conmovedoras donaciones a actividades de beneficencia y polideportivos sin fines de lucro, es la cara invisible de este poderoso y visible emporio criminal que actúa en el país. Y en el resto del mundo.

.....

Honorables señores parlamentarios, señores jueces, queridos policías que dan vuelta las jetas corruptas por Un puñado de dólares, público argentino: si quieren saber qué significa una letrina de criminales escogidos, qué significa Love Import & Export S.A., diríjense a Diagonal y Cerrito y pregúntenle al nene de dos metros de estatura, cortés y garboso orangután que controla la entrada de la oficina 203 del tercer piso con una cándida sonrisa de poligriyo. Encomiéndense a los santos de vuestra devoción si logran salir con vida de la mafia rusa que pelechea verdes y euros a carradas.

Ya estaba próximo el final de la nota... Sonreí. Como lo haría Lucifer de haberlo podido leer.

Me encerré en la casa de Mabel hasta que pasase la tormenta *El Niño*. O tal vez sería más exacto *el vendaval Kostia Businski* y sus discípulos, con metralletas Uzi traídas desde Israel, la nueva patria del flamante exilado huido de las garras de la KGB del *gaspodin* Putin.

A los pocos días llamé al Turco, le agradecí el que me permitiera echar una ojeada al prontuario policial. Me puteó. Gracias a esos datos y los chimentos de colegas — en especial periodistas progrezurdos de **Página13** — pude redactar el artículo.

Se levantó una furiosa tormenta: la policía desmintió, los jueces carraspearon, los diarios miraron hacia el cielo raso, y Ale Aspís (un servidor incorregible), artífice de tempestades, vive oculto en la calle Gascón, se desvive por Mabel, la chinita de Hong Kong. E imagina que seguirá vivo. Mientras, e indiferente a las polémicas, don Samuel no cesa de fumar sus habanos y contar los billetes que le pagó la revista. •

Final feliz; ¿feliz...?

Un hombre no puede ser
honesto aunque quiera.

Ernest Hemingway

La tarde en que advertí entre los flejes de la cortina veneciana al *chevy* estacionado frente a la casa de Mabel, comprendí que arriesgaba la vida de la muchacha. Habían transcurrido dos meses. Una fugaz ráfaga de sesenta días y horas. Mabel le pidió a una vecina, una viejita a la que a veces le hace compras, que me llevara con su coche hasta la estación Medrano del subte de Rivadavia. Debía ir con urgencia a una clínica: había recibido un golpe en la cabeza. Una sonrisa cómplice acompañó su afirmativa.

Un vendaje, que sólo dejaba ver mi nariz y la boca, me permitió salir por el estacionamiento del edificio sentado al lado de la anciana en su *Renault*. Insistió en llevarme al Antártida pero le agradecí. Bajé en Díaz Vélez. Eran cerca de las once y la brisa fresca del incipiente otoño había dejado las calles vacías. El vendaje se esfumó en un contenedor. Un taxi manejado por un japonés me dejó en Venezuela y Entre Ríos (*Mabel, no me hables por teléfono desde tu casa, no me hagas visitas sorpresa, despegate de mí... ya vas a tener noticias mías*).

Me dejé la barba y pelo de linyera. Vestía una *librea* de trabajo, zapatillas sin color visible, lentes oscuros y andaba con bastón. Una tarde entré a la Agencia y don Samuel me atajó con un chillido.

—¡Muchacho! ¿de qué se disfrazó? Cuando volví de Mar del Plata no sabía dónde buscarlo. Desapareció. Estaba preocupado por usted.

—Don Samuel, ¿qué le pasa? Por lo que parece, usted no se enteró de nada: la mafia me busca.

—Vaya a la policía, Aspís.

—¿Me habla en serio? ¿Para denunciar a la mafia roja me recomienda ir a la mafia azul? Mire, consulté a un policía,

viejo conocido del barrio. Hace años que está en la Federal. Me dijo que me borre, y es lo que hago.

—¿Quiere agarrar un trabajito nuevo?

—Por ahora estoy desaparecido, una semana más y veremos.

Toña, con la cabellera volcada sobre el teclado, estaba seria y silenciosa.

—Oiga, Toña, muchacha, ¿le pasa algo conmigo? ¿anda Cabrera?

Levantó los estrábicos sobre la nariz alfiler de gancho, y gruñó:

—Aspis, me dijeron que tiene novia. Y a mí no me contó nada —El llanto silencioso me partió el de la zurda. Me acerqué, la besé en la frente y le sequé los párpados.

—Ché Toña, déjese de embromar, la cana me busca, la mafia me la tiene jurada, mire la pinta de limosnero que tengo. No me haga escenas a lo *melato*, Toña, que a usted yo la aprecio un montón...

Hizo un arrumaco cerrando los ojos de pajarito. Y todo bien. Le dije a Samuel que ya iba a aparecer. Me fui a pie, una larga caminata. Buenísima para el colesterol. En el camino encontré un **Trombón** arropado al lado de una basura. Lo levanté de taquito y me lo llevé para casa. Tenía la sensación de ser un espía de película.

Crucé la 9 de Julio y agarré por Diagonal Norte. En eso lo vi... El tipo despertó mi atención; se fingía otario, miraba la hora, parecía buscar un teléfono público. Cuando veía alguno se ponía en la cola. Observaba los números de los edificios con maestría de relojero. Se paraba ante las vidrieras y estudiaba las ofertas; sacaba una libretita y anotaba. Interesado en qué carajo, mascullé: *se te ve de lejos la postura de botón, ¿a papá lo vas a joder?* Con un amague del cuerpo doblé en Florida hacia Corrientes. Llegué a la Galería Güemes; un Lucifer protervo me susurraba: *entrá, dale, entrá*. Y le hice caso. Escudriñé por los negocitos y el lugar me trajo añoranzas: allí solía encontrarme con una mina de lujo para tomar el café con leche y torta. Dentro de la galería Güemes lo fui gambeteando, pero el tipo me seguía como una garrapata

fanfarrona. Se detuvo en el quiosco de tabacos y pipas. El muy turro me advertía que estaba siguiéndome. *Tengo que sacarme de encima a este hijo de puta.* Conclusión: era un botón o un tipo contratado por la mafia.

Llegué a la entrada de San Martín, giré de golpe y lo miré con desprecio. *Ya me avivé que me estás siguiendo, iturro!* El tipo se sonrió e hizo una reverencia. Se me ocurrió que el asunto venía de la yuta arreglada con la mafia. O quizá tenía que ver con mi ex mujer. ¿Estará metida ésa en el asunto? Días antes había terminado el juicio de divorcio. *No afloja el guacho,* murmuré embroncado.

Caminé por San Martín, doblé en Sarmiento y me metí de sopetón en la Franco Inglesa por la ochava. Me oculté detrás de una columna. El tipo entró. Resaltaban su traje azul a rayas, el pelo recortado y bigotitos de botón. Se le notaba el julepe, *quiere evitar que me las pira,* pensé mientras iba girando detrás de la columna espejada. Me esfumé entre el público y salí por la puerta que daba a Florida. Crucé la calle como un duende y me escurrí en un edificio de oficinas. El olor a sobaco de los caminantes retorció mi buen humor hasta convertirme en una trenza de nervios y explosivo plástico. Traspiraba, sentí una angustia punzándome el estómago.

Resolví hacer un paseo. Subía los pisos del edificio por las escaleras mientras iba leyendo: *Juan Alberto Cáceres – Abogado – Asuntos penales; Impresiones y sellos en 24 horas – Aldrovandi y Stein.* Mientras caminaba dentro del edificio la persecución me recordó el año enjaulado en Devoto. Muequé una sonrisa mientras me secaba el sudor.

Suspiré rabioso. Subía y bajaba los pisos, memorizaba los nombres de las oficinas. En el cuarto, un cartel anunciaba la venta y reparación de cerraduras digitales. Las horas pasaban y seguía siendo el ratón de la cacería. Me agobiaban menos las subidas y bajadas. En el sexto había una oficina de un anticuario, más jovato que el prehistórico reloj de péndulo que exhibía a la entrada. Bajé hacia el quinto.

Tenía que despuntar el ocio de las horas muertas. Esta persecución me pareció una zancadilla inoportuna. ¿Por qué me seguirá? La bronca me gateó hasta el esófago. Un chorrito

fosforescente de bilis iba atragantándome. Esperé hasta pasadas las siete de la tarde. Asomé la cabeza, no vi al 007 y me marché confundido entre el mar de empleados que salían de las celdas tabicadas de plástico y vidrio. Doblé por Sarmiento hacia la 9 de Julio.

En un sesgo repentino me oculté en un portal y aguardé. Desandé con los ojos el tramo recorrido, ojeé la vereda de enfrente. Nada. El tipo de traje azul, corte de pelo y bigote de botón se había borrado. *O Ale Aspis lo había dejado en la estacada.*

Tomé el subte B en Diagonal. Bajé en Chacarita y salí último del vagón. Nadie: sólo se oía el retumbar de los tacos que martillaban los escalones. El tonbo no estaba. Subí por las escaleras; fui a pie hasta la casa de un compinche de ranchada, Aníbal (alias Cañita Voladora), que vivía en Elcano y Caldas, frente al cementerio de la Chacarita. Evoqué la sonrisa de Gardel y me puse a canturrear: *Sus ojos se cerraron // y el mundo sigue andando // su boca que era mía // ya no me besa más.*

Llamé por el portero eléctrico. ¡Soy Ale, Aníbal! Alguien chillaba y él no entendía ni medio. Abrieron la puerta y subí. Nos abrazamos.

—¿Cómo se te ocurrió venir? Hace tiempo que no te veía. Estás flaco, che Ale .

—Andaba cerca y quise verte. Voy al grano, Cañita: hoy me siguió un botón por el centro y hace un rato nomás me pude despegar del tipo—. Le narré lo de mi artículo sobre la mafia rusa.

—Pero de qué cuernos estás hablando, Ale: ¿cómo te va a perseguir la yuta en estos tiempos? Si me dijeras un mafioso, bueno... Estás delirando, che. ¡Dejáte de joder con la persecuta!

—A lo mejor tiene relación con mi ex mujer; me salió el divorcio hace una semana y ella me exige guita. Pero sigo creyendo que son los canas.

-Estás loco, Ale, para qué mierda te van seguir. Estás soñando. Andá a tu casa y pegáte una ducha de agua helada. No pasa nada, Ale. ¿Preparo la pava pa 'l mate?

-No, no te jodo más, Aníbal. Chau -y me tomé el espiro. *Qué boludo este Cañita...*

Regresé a Chacarita. Me descolgué en la estación del subte y bajé en Callao. Estaba pesada la noche. Envuelto en la brisa húmeda caminé hacia Belgrano. Tenía hambre, calor, sueño. La gente buscaba aire fresco y terminaba lamiendo helados que se derretían antes de llegarles al paladar.

Eran las diez de la noche. Por las dudas, seguí de largo y eché una mirada de periscopio a la entrada del edificio. Entonces lo vi venir del lado de Independencia. Era la mismísima garrapata que estuvo acosándome. Igual corte de pelo y bigote de botón, el traje azul a rayas, y ahora que lo veía caminar noté que era algo chueco y rengo. *Todavía eso*, relinché malhumorado. Crucé y me metí en un taxi. *¿Y ahora adónde carajo voy?* Le indiqué al taxista que fuera por Corrientes. Tenía un hambre de antropófago. *Me voy a Güerrin a comer pizza con faina y bajarme unos chopos*, musité. Le indiqué al tachero que me dejase en Paraná y Corrientes. No llamé a Mabel: no quería alarmlarla...

En la pizzería me encontré con un vecino del viejo barrio, uno de esos pegotes que te pueden causar una apoplejía fatal. El *poxi* se puso a charlar de boludeces, inversiones, dólares y a contarme los flamantes chistes sobre los gobernantes, palabras imbéciles y naderías. No le contesté. Los dos chopos me entonaron, me despedí del tipo con un eructo a la bolognesa y tomé un taxi. Bajé en Entre Ríos y Belgrano y caminé tranqui pegado a las paredes. Extrañaba a Mabel aunque no podía ir a la casa. Ya en la puerta del edificio miré hacia ambos lados, metí la llave en la cerradura y entré.

Llegó el ascensor. Al abrirse la puerta un tipo en pijama con la bolsa de basura en la mano me dijo: *Bue...buenas no...no...ches*, y se me quedó mirando fijo.

-¿Usted es el ve...ve...vecino que vvvive en el cua...cuarto, no? Me parece haberlo visto hoy ppp...or el centro - tartamudeó.

El tipo estaba vestido con un pijama azul a rayas, el pelo corto y tenía bigote de botón. *Ale Ale, vivís en la persecuta...* Me avergoncé: nadie conoce mi bulín, las pasé jodidas en otros tantos momentos de mi vida pero jamás hice algo tan ridículo como percibir una *persecuta* puro delirio. Y aunque el año que pasé en Devoto no lo considero las vacaciones en el Caribe, ya ocurrió. Ahora prefiero vagar por las calles de Buenos Aires. Libre de culpa y cargo aunque pague las secuelas del garrón •

Sobre un crítico oli-garca

Gente que no sabe escribir
le dice cómo hay que escribir.

Raymond Chandler

Desde un locutorio la llamé a Mabel: *Cómo estás, piba.* Y ella, toda agitada: *¿iLeíste el diario!?... Qué cosa interesante puede haber en el diario, Mabel... Ale, agarraron a la plana mayor de la mafia rusa, a los capos, a los matones, a varios complicados más, y policías, gente de un juzgado... ¿qué te parece?* Me quedé atascado. No le conté el delirio del tira, que resultó ser un vecino tartamudo. Me consideraría un sonso grotesco y no podría mirarla a los ojos.

Leí los diarios. La *limpieza* fue producto de una decisión de la cumbre de la pirámide. Es posible que mi artículo, sensacionalista, con referencias, nombres y lugares exactos, haya dado un empujoncito.

Salí de mi casa y en el primer locutorio lo llamé...

—Con el principal Amet, por favor.

—No trabaja más en Moralidad, y además ahora es el subcomisario Amet —Le pedí que me diese el nuevo teléfono. Me pasó la comunicación.

—¿Turco? ¿subcomisario Amet, ex reo de Caballito?

—Ale, me metiste en un despelote increíble che loco, ipero mil gracias! No sabés como zafé, tuve un culo de novela. **G**racias a mi testimonio echaron a varios ursos del Departamento, me dieron el ascenso y nota de méritos en el expediente personal. Y pensar que te putié viejo.

— Te felicito, Amet. Tu gauchada nos ayudó a los dos. Una sola pregunta, ¿puedo andar tranquilo por la yeca? Gracias. Chau.

Lo celebramos en el Palacio de las Papas Fritas de Lavalle. Mabel estaba rozagante, bajamos una de tinto y terminamos la noche en su casa. Nos sentíamos dichosos. Luego de hacer el amor nos sentamos en el sofá y charlamos un largo rato. *Debo decirte algo, Ale.* Allí comencé a preocuparme. La miré... *Hace tiempo que pensaba decírtelo.*

Quiero que formalicemos nuestra relación, que vivamos juntos. Presentí que ese día iba a llegar. Manso. Tierno. Ineluctable. Y llegó nomás. ¡Putá digo!

—Mabel, vivir conmigo es un albur, soy un pájaro acostumbrado a volar, no soporto requisitos ni normas estrictas y no te quiero joder la vida. Sos una mujer derecha, realmente estoy enamorado de vos, te necesito muchas veces, pero me asustan la rutina, el desgaste inevitable por la excesiva contigüidad: me cuesta someterme a normas. No quiero dañarte y no es mucho lo que puedo ofrecerte. No quiero perderte Mabel, pero no puedo ser un compañero consecuente, no podría vivir sometido a horarios sin sentir que me ahogo: soy un Robinson en plena urbe, querida piba.

Ella me observó en silencio y vi las lágrimas. La abracé y ella puso la cabeza sobre mi pecho. En ese instante percibí que había entrado en un pozo de angustia, y encima tuve un pensamiento de mierda... la impresión fugaz de ser Hafner, el rufián Melancólico. Le acaricié los cabellos y le pregunté: decime, ¿qué proponés que hagamos? Me pidió que la dejara meditar unos días. A la mañana volví a mi casa.

* * *

Telefonéo Bermúdez y me dijo que los libros se vendían bien a pesar de la crítica malévola de Rafael Pueyrredón, el responsable de la página literaria de la revista **Brisa Deletérea**. Fui a visitarlo a su nueva guarida, situada en Rivadavia y Esmeralda. Por lo visto el hombre tiene una fijación con los cuartos pisos, pero en este edificio había que treparlo por las escaleras. Cuando llegué, mis jadeos eran una especie de bufido. *Oiga Bermúdez, ¿usted se ha propuesto exterminar a los escritores?*

—Aspis, póngase contento, los libros salen, se venden bien a pesar de la crítica de mala leche del pituco ése.

—Déjeme leerla, por favor — y mientras la leía iba almacenándose en mi pecho una bronca sigilosa, de a vaivenes. La cabeza parecía que iba a detonar. Eran esas sensaciones causadas por la injusticia y la maldad premeditada: *A este Ale Aspis hay que aniquilarlo* — escribió el

turro con saña—, *no dejarle ninguna esperanza, borrarlo del ambiente literario*. Le dije chau a Bermúdez. Y me puse a pensar en mi nueva nota.

El tipo era un aristócrata, un *oli-garca* ido a la mierda. Además, era yerno del secretario de la UdeEF. Yo no podía entrar en ese territorio prohibido. Se decía licenciado en letras aunque jamás había pisado una facultad. Tampoco era Pueyrredón de pura sangre. Uno de los portadores del apellido había embarazado a la doméstica de la familia. Pudieron comprarla por chirolas, pero exigió que le pongan el apellido lustroso.

El pibe resultó pícaro, aunque adquirió la haraganería y las costumbres de los *oli-garcas*. Por uno de los cruces resultó pariente por cuarta generación de las hermanitas Victoria y Silbavia Del Campo, y más lejano de Adolfo Stray Casonas. Nunca escribió algo digno de lectura. Alpinista de estirpe, se abroqueló en una de las oficinas de los magnos censores que deciden quiénes comen de la torta y quiénes reciben los tortazos.

Comencé la nota afilando el lápiz y relatando en solfa los orígenes ilegítimos de este cretino, más *oli-garca* que los patricios que heredaron apellidos espurios y viven de la caza, la pesca y la infamia. Ante todo, arrojé a la jeta del señor crítico literario los diplomas vaporosos que lo acreditan como licenciado en letras, mientras demuestro que es un licenciado licenciado que busca en los andenes de subte ancas que satisfagan su curiosa manía por el franeleo sensorial y grosero (con prontuario en la Federal).

Por otra parte, fui aclarando que en su extensa pasantía de crítico de letras (tres en total) hay una promiscua similitud estilística. Finalmente, revelé que en uno de los libros de su suegro geronte, uno de los protagonistas es un crítico literario. Y el modelo criticista que usó RP contra mí se parece, como una gota de vino a otra gota de vino, a la supuesta crítica literaria de la novela pergeñada por el suegro, acalambreado novelista que sólo podría competir con un bisoño compilador de bazofias.

Reproduje las tres críticas de RP, en las que fue intercambiando los nombres de los autores, el de las obras y ciertos datos personales. Copié la crítica inserta en el libro del suegro: ¡todas eran similares! Y final piazzollano: demostré que ese pelafustán a gatas terminó segundo año de la secundaria (obtuve el certificado de estudios autenticado).

Aparecí en la Agencia en el momento que don Samuel se iba.

—Don Samuel, le traigo un artículo que va a interesarle.

—Siéntese muchacho, tómese un cafecito mientras lo leo.

Toña no estaba en la oficina. Llovía, me acerqué a la ventana, contemplé las paredes grisáceas y los muros enlutados, sombríos. Pensé en Mabel y mi ánimo trastabilló, rodó entre los recuerdos, me sentí como un bloque de piedra que se desmenuza; el témpano comenzó a disolverse, sentí una rara calidez en el bobo...

—Aspis, me ha emocionado, déjemelo y lo coloco en una revista.

Salí de la oficina de don Samuel y me dejé empapar por el aguacero. *Tal vez te descifre la conciencia, Aspis, y aclare puntos negros de tu vida; acaso puedas dormir esta noche; quizá logres encauzarte aunque ignorás qué significa esta palabra.*

—Mabel, ¿estás bien? —le pregunté por teléfono—Sí, lo sé, pasó una semana...no me retes por favor: tuve que redactar una réplica a un tipo que hizo una crítica chapucera sobre mi libro... Sí, acabo de traérsela a don Samuel. Me la aceptó.

—No te reto, Ale, todo está bien, ¿me invitás a comer espaguetis...? Sí... con mucho tuco y pesto. Chau, querido.

Volví a sentir ese nudo en la garganta. Estaba inquieto, aleteaban sombras en mi mente. Sensación de tristeza. La lluvia importunaba y, entre tanto, mi alma y yo nos disipábamos entre las bocinas de los colectivos y los charcos de Callao... •

Examen de conciencia

¡Ale, imuchacho!

me apodaba con cariño y me extendía
la mano con la palma hacia abajo.*

Una semana después fui a cenar con Mabel. Habíamos dejado pendiente una charla. Me contó sus frustraciones y la soledad de los últimos años, la tristeza, el retraimiento; habló de los hombres que había conocido, oportunistas o personajes excéntricos.

Me gusta estar con vos, me dijo; entiendo que no vivimos una pasión adolescente pero siento tu cariño en cosas pequeñas, tonterías. Le confesé que me ocurría lo mismo. Mencioné mis sentimientos y limitaciones, que no quería desilusionarla, que la vida en común es un riesgo. Ya había tenido una experiencia negativa. Mi ex me hizo mucho daño pero ignoraba cuánto le causé yo. No podía reprocharle nada..

Ella sabía que mi trabajo no tiene horario, que no podía estar pegado a un lugar, que me cuesta hacer vida hogareña. Pero no quería perderme. *Ale, sos franco conmigo, me has expuesto tus límites.* Le pedí que me dijese cómo pensaba que debería ser nuestra relación. Me propuso que fuera a su casa día por medio; o cuando pudiese.

La escuché: apreció su dolor, cuánto le lastimaba la soledad... y percibí que me quería. Me miraba seria, callada... *Mabel, no puedo prometerte nada.*

No quería que hiciese sacrificios por mí: se trataba de su vida, de su futuro. Le aclaré que no tenía *aventuritas* aunque soy un torbellino. La hice sonreír. De todos modos, logró sacarme una promesa menor: *tengo que descansar, alejarme un poco de esta maldita computadora.* Los fines de semana iría a quedarme a su casa. Le pregunté qué le parecía; que fuese franca y me dijera la verdad, sin vueltas.

—¡Hicimos negocio! — exclamó Mabel con una ancha sonrisa. Brindamos con una copa de tinto y nos fuimos a Gascón.

De todos modos me sentía fastidioso, sin inquietudes, necesitado de hacer cambios en mi vida, tomar decisiones. Vivía como en una tempestad aunque siempre clavado en el mismo lugar. Volví al periodismo por accidente, por aquella maldita aventura con los censores de la UdeEF. Ahora tenía la certeza de que las anfetaminas, aciagos y apócrifos estimulantes, me llevaron a un estado de euforia; a sentirme *ilustre*, dueño de un vigor sin límites. *¿Pero por qué estoy en un loquero?* me preguntaba día y noche en el Borda. Tuve tiempo de recapacitar y dejarme de joder. Y darle las gracias a don Samuel.

Desde las primeras notas que escribí para la Agencia me sentí bajo su protección. Aunque lo peleé y le dije maldades. Fue como encontrar un padre sustituto, una protección, colmar el vacío que tenía desde la muerte de mi viejo. No tuve ocasión de extenderme con respecto a las relaciones con este personaje tan peculiar, una figura que no dejaba indiferente a quien lo conociera.

El periodismo era el pan y el vino de mi vida. Pero soñaba con escribir cuentos, no crónicas. Ante todo envié mi **DoReMi...** a las páginas literarias de los diarios. De inmediato me arrepentí. Fue un acto estúpido, una concesión a la crítica literaria mangoneada por las editoriales. Había puesto en evidencia a uno de esos canallitas a sueldo, crítico incompetente, frustrado camaleón de la literatura. No quería tratarlos. Los editores jamás irían a publicar un trabajo mío, o de los autores que parpadean en los arrabales literarios, los marginados de la pluma. Todo ese mundo se halla cercado con alambre de púa, las cortinas bajas. Sólo los *famosos* son acogidos por los editores, o los que supieron hacerse un lugarcito al lado del fogón, arrimarse a astros de la pluma, loarlos, adorarlos en ritos genuflexos y ostentosos.

Hablé con don Samuel y le expliqué que por algún tiempo no cubriría eventos escandalosos. Quería escribir, crear, borrar páginas y páginas y luego leerlas, corregirlas... o tirarlas a la basura.

Con Mabel nos veíamos de modo esporádico, tomábamos café o desayunábamos juntos (a las doce del mediodía...). Y cenábamos alguna noche en boliches acogedores, luego íbamos a su casa, charlábamos sobre nuestra cotidianeidad, hacíamos el amor y a la mañana salíamos juntos a tomar un café... hasta la próxima. No era lo ideal aunque sí lo posible...

Rescaté todo lo que había escrito, ordené antiguos borradores y puse manos a la obra. Fue cuando me hice la pregunta existencial: *¿para qué? ¿Cuántos ejemplares de mi libro se vendieron? ¿Diez, veinte, cincuenta? ¿Quién se animaría a editar a un conspicuo simulacro de prosista? ¿A un belicoso periodista de escándalos? ¿quién premia a frustrados invendibles?* Ningún editor con dos dedos de frente que protege su cuenta de banco rebosante y abultada.

Me tiré sobre el camastro. El desasosiego penetraba en mi alma y me oprimía, desafiante. La bronca me copaba, no podía reflexionar. Los pensamientos planeaban, se cruzaron recuerdos, revoloteaban los libritos de diez guitas que leía en mi infancia, Sexton Blake y Edgar Wallace. Una voz me murmuraba, sarcástica: *¿Esos son tus antecedentes literarios? ¿y qué clase de biblioteca tenían tus viejos? ¿parecida a la de la familia Borges? ¿Eh?. ¡Voces bastardas!* Me quedé mirando el techo, y las hilachas de luz diurna coladas por la ventana. Los párpados pesaban como bloques de hormigón.

La angustia es como una calina que te envuelve a paso tardo, se esparce, te estruja el estómago, te reseca la boca; es un dedo índice gigantesco que se agita delante de tus ojos, que desde el alma te susurra: *escribidor malogrado, cero, nada...* Ya no tenía deseos de continuar. Antes tendría que resolver el enigma: escribir para qué, para quién. Decidí mandar la literatura al carajo o al infierno. Y toda la mierda que escribí incinerarla en una gran fogata. Mi ánimo había llegado al *centro de la tierra*, allí donde habían transitado los héroes de Verne, el profesor Lindenbrock y Axel. Oscuro, asfixiante. ¿Qué me representa escribir? ¿Qué?

Me sobresalté... Me había enfrascado en evocaciones; y creo que me quedé adormilado. Sin saber cómo, debido a qué asociación de ideas, recordé anécdotas vinculadas a aquellos años de la niñez. Evocación y fantasía placentera. Como despertar de un letargo maligno. Decidí escribir mis remembranzas, las de un escritor nacido y criado en barrios populares cuyas fuentes de lectura habían sido la literatura de *papel de pulpa*.

Recomencé la tarea. Escribía y borroneaba pero los argumentos de mis relatos eran ásperos, a veces crueles. No podía escribir textos sentimentales. Los veía como crónicas literarias basadas en la vida de la gente de carne y hueso.

Comprendí que me ocupaba de las aristas sombrías de la urbe de cemento, las violaciones, los crímenes, el desamparo, los pibes golpeados, la gente que no tiene techo buscando abrigo y comida. Eran un espejo de las vivencias marginales. Del antagonismo entre la ley y el delito, donde el delito podía explicarse y la ley era una burla. Mi estilo se hacía más y más negro. Comprendí que, periodismo o literatura, la realidad era tan rica como la ficción más salvaje: no podía superarse.

Le di a Mabel el borrador de uno de mis cuentos. Nunca había conversado con ella sobre mis escritos.

—Leélo con paciencia y otro día me decís qué te parece, ¿de acuerdo?

—Por qué me lo das a leer si no soy crítica, sólo leo novelas, Ale.

—Me interesa conocer la opinión de un lector, no la de un crítico.

Sabía que ella amaba la lectura, que admiraba a Soriano. Además, las últimas colaboraciones que escribí para la Agencia las había leído con atención. Le recordé que en la nota que consagré al garqueta Pueyrredón me había señalado un par de errores de concepto. Se sonrojó y guardó las hojas en su cartera. Esa tarde comimos pizza. Aunque no creía tener motivos, estaba inquieto. Al día siguiente iría a la Agencia.

Al entrar no vi a don Samuel. Toña tomaba una taza de té. Sin darme tiempo a saludarla, me dijo que el hombre del habano no estaba, que había sufrido una descompostura y llegaría al mediodía.

Le hablé por teléfono a la casa.

—¡Qué dice muchacho! Un gusto escucharlo, ¿está en la oficina? Espere, tomo un taxi y voy para allí. ¡Espéreme! — repitió ansioso. No me dio pie para responderle.

Conversé con Toña; me preguntó por la *novia*, y me contó que el Director tenía planes nuevos, se quejó del sueldo, suspiró y sus ojos miraban hacia algún lugar imposible de identificar: una pila de revistas; la mesita con el el café y el azúcar; el perchero; la luna, o la antena de tv.

Cuando entró don Samuel me alargó su mano, como era habitual. Los lentes de tono verdoso no ocultaron las bolsas debajo de los párpados, no tenía buen aspecto, y la incierta palidez de su cara me dio la pauta de que el Director estaba enfermo. Me habló de una dolencia cardiovascular mientras también el habano participaba de nuestra charla.

—Mire, vine a saludarlo, estaba cerca y quise verlo. ¿Porqué fuma, don Samuel?

—Aspis, los médicos son muy alarmistas, no les hago caso. Cuénteme sobre usted, en qué anda. Luego voy a proponerle algo.

—No tengo demasiadas novedades, escribo y escribo, tengo ya una colección de relatos aunque a veces pienso: ¿para qué? ¿para quién?

—No sea pesimista, muchacho. Ahora le voy a referir un plancito que tengo: quiero publicar una revista cultural para empresarios, con una sección literaria y todo. De allí me va a venir la financiación, ¿qué me dice?

—Pienso que es una buena idea. Revistas de cultura aparecen muchas cada año, pero quedan muy pocas. Si hay plata no hay problema. De eso no sé nada, soy un chitrufo total, don Samuel.

—Yo me encargo de los avisos, de las relaciones públicas, del trato con esa gente. Pero necesito un jefe de redacción. Lo necesito a usted.

Me le quedé mirando. No lo esperaba: la Agencia tenía a varios periodistas de buena formación, jóvenes, ambiciosos. Se lo dije...

—Aspis, no me lleve la contra: son buenos muchachos, no digo que no, pero usted tiene experiencia, empuje. ¡Usted sabe! No me dé la espalda y acepte mi proposición; si no, el plan se muere antes del parto, muchacho.

Le dije que aceptaba. Se alegró y nos dimos un apretón de manos. Jamás lo olvidaría...

Salí de la Agencia. Tenía una rara sensación. *Por primera vez en tu vida, che Alejandro Aspis, hacés una carambola a cuatro bandas, como en los tiempos de Navarrita. Cuatro bandas, ni una menos.* Era un día luminoso. Inevitablemente caminé y me fui a la Plaza del Congreso. Llegué al pasaje Barolo, subí y abrí la puerta de la oficina. Desde el umbral contemplé la cara luminosa de Mabel. Se sonrió: sus labios se abrieron como una campanilla.

Le conté qué me había propuesto don Samuel: organizar la revista, ser el responsable de la parte cultural y literaria. Mientras se lo iba relatando me recorría una sensación rara de euforia y temor. No me veía formal... *Aspis de camisa y corbata al tono, zapatos lustraditos, cabello peinado, prolijo, y además con un maletín de yupie.* Esa imagen era el colmo para un anarco como yo. No le transmití a Mabel mi turbación, la sensación incómoda de sentirme un traidor. *Traidor a qué Aspis? ¡Contestáme, muchacho! ¿a qué?*). Quedamos con don Samuel que al día siguiente iría a verlo.

No llegó a la cita: *No sale humo de ninguna casa, ningún sonido cabalga sobre el aire. Es la nada que anuncia la muerte...* El rayo de la apoplejía rindió al personaje del habano, el Director de la Agencia, el hombre y amigo que me extendió la mano, abrió su corazón y, sin preguntas, estuvo a mi lado cuando hizo falta. Como un padre.

(*) En memoria y homenaje a M. Offenhenden, en cuya revista trabajé como jefe de redacción hasta el día en que fui detenido, el 1/11/1974. Andrés Aldao

Triste, solitario, final

Un escritor que teme desbordarse
es tan inútil como un general
que tiene miedo de equivocarse

Raymond Chandler

El sepelio quedó atrás. No la aflicción. Tampoco la angustia de la pérdida. Los hijos se hicieron cargo de la Agencia y yo me hice humo. Jamás podría volver a pisar ese lugar sin ver la silueta querida de don Samuel, las volutas azulgrisadas del habano prófugo, adivinar su voz sin sonido, el escritorio desolado, vacío. O las pilas faraónicas de revistas y diarios amarillados por el tedio y la vejez. No podría. Nunca, ya más, podría.

Cuando Mabel y yo volvimos del sepelio, un día gris de Buenos Aires, las hojas caídas y la garúa sofocaban nuestros ojos. Contemplaba el asfalto fulgente y húmedo, los colectivos de capa caída, los paraguas entonando un réquiem a capella, y la gente que nos bordeaba susurrándonos palabras tiernas de buenos amigos. Las paladas impiadosas sobre el féretro me resonaban, aún, como disparos de muerte. Campanas que llamaban a rebato, mutismos envueltos en sollozos. El silencio que él ya no escucharía. El adiós definitivo.

Mabel se fue a su trabajo. Hay que seguir adelante, supuse. El sueño de la revista estalló en mi futuro como un misil. Y me dejó indefenso, sin trabajo, con quince relatos en una alforja descosida y la frase cliché: *hay que seguir adelante*. Me las vi peores. ¿Pero quién le da trabajo a un periodista veterano vapuleado, habiendo tantos candidatos que por cinco mangos pueden cruzar a nado el Río de la Plata? Sabía de otras agencias. Incluso llevé a algunas de ellas mis notas. Estaba muy abatido, arrinconado, sin ganas de pensar.

Caminaba por Corrientes y contemplé el obelisco, ese salame porteño erguido en la rotonda de la 9 de Julio. Símbolo... ¿símbolo de qué corno? ¿Qué celebra, o a quién festeja ese obelisco sin gracia, tieso como un falo híbrido, tonto, que ni siquiera te ampara en los aguaceros o te da

sombra en los días soleados que, implacables, chorrean tu sudor y te achicharran como a un chori sin pan. Hacía frío, mes de agosto, la primavera no se veía en el espacio.

Las dos de la tarde. Bares con minutas, pizzerías con milanesas y panchos, bolivianos vendiendo pósteres de Bush con cara idiota (la única posible), mujeres con bebas sentadas a la entrada de los subtes. Colectiveros que te bocinean en la cara y los caños de escape higienizando a la que *nunca dormía* y ahora atorra sus noches con la gilada de los sábados, que bosteza, grita, se ríe como marmota y acaba volviendo al barrio para dormir la mona chica, comer los tallarines de la vieja, y rajar a las canchas para ver el fulbito de los pendejos que después se las piran a España, Juventus o Milán, Real o Barça, Arsenal o la deustche robótica por unos manguitos, algo así como un millón de verdes, o dos de euros.

Y está la otra, la gilada, la que no patea ni de zurda ni de diestra, que cree que *la chilena* es una mina nacida en Chile o una chalada; y *gambeta*, algún nieto *mano puliti* de la mafia siciliana, que va al centro a llenarse de pizza y fainá, a junar las piernas magnéticas de minas céntricas que los deja bizcos y excitados... Esos vuelven temprano.

Me paré en Cerrito y pensé: Ñato, apagá el motor o dejálo en *ralenti* si no querés patinar fulero. Estaba embotado, el cerebro sin savia y las piernas acalambradas de tanta caminata. Al verme reflejado en el ventanal de una concesionaria, evoqué el título del libro de Osvaldo Soriano *Triste, solitario, final* y vinieron a mi memoria Philip Marlowe, el Gordo y el Flaco, Carlitos, tiempos que fueron. Me prometí escribir...

Pero no podía engañarme: la literatura no me iba a alimentar. Soy, como todos los que no se someten a reglas académicas, persona *non grata* para los círculos de los que pueden y deciden, dueños de vidas y editoriales, literatos influyentes, cagatintas que imponen el toque de queda a los de afuera, el derecho de admisión. Negocios son negocios.

Pasaron varios días. En una de mis caminatas por la ciudad *tropecé* con Orlando Roig, el antiguo compañero de cárcel y ranchada. Orlando era el prototipo de *levantador* de

autos, un profesional íntegro. Me vi con él en varias ocasiones, estuve en su casa, conocí a la mujer y las dos hijas. Escuché sus andanzas, y grabé una parte. Me había propuesto narrar una historia con sus aventuras.

En unas semanas terminé de escribir la pequeña obrita; sólo me faltaba el prefacio a los seis capítulos y llevárselo a Bermúdez. Cincuenta páginas de texto y la satisfacción de haber retornado a la escritura de ficción. Esas historias eran una cobertura a escenarios y personajes reales. Aunque cambié las épocas: en lugar de la década del noventa hice transcurrir las anécdotas en los años setenta. Debía protegerlos. Son chorros, ¿no?

Mabel leyó el original; a los pocos días me preguntó si lo que cuento allí es cierto, si ese Orlando en verdad era chorro de autos y fue mi amigo en la cárcel, si era ese hombre con nariz de águila con el que estuvimos en un bar, que fumaba pucho tras pucho, a cada rato se pegaba una rascadita sobre el *bobo* y tomaba Gancia blanco. *Ese es el Profe, Mabel. Ese mismo*, respondí.

Al día siguiente escribí el prefacio de un tirón. No mencioné que estuvimos juntos en Devoto, que seguíamos viéndonos e incluso conocía a algunos de sus compinches. No hacía falta. El texto del prólogo lo escribí en primera persona, como amigo del protagonista y conocedor de primera mano de las situaciones, intrigas y anécdotas que protagonizaron Orlando y sus compinches.

El manuscrito con las aventuras del Profe duerme aún en un cajón del escritorio de Bermúdez esperando su oportunidad. Utopía de iluso inveterado que rema contra la corriente, sueña despierto quimeras e imagina, impertérrito, desenlaces dichosos que jamás se han de consumir.

Noche de vigilia

Ahora escúchame, cuando me muera no quiero
ningún llanto, sólo hagan un entierro decente.

Charles Bukowski

Había conseguido trabajo de periodista independiente en la revista **Detrás de la Careta**. Toña es ahora la chispeante secretaria de Bermúdez. Continúa su silenciosa admiración por Ale Aspis (aunque consiguió novio...), Mabel trabaja con el abogado del apellido estrambótico y tolera mis fugas por las arterias de la ciudad desconocida, en las noches despojadas de calidez, donde se pasean las ratas del crimen, la droga y la prostitución buscando negocios turbios y se despliegan a diario, en todo su sombrío esplendor, droga, coima, rufianes, afano, crimen. Mabel siempre espera mis regresos con serenidad y cariño, y disfruta, cuando puede, de este amor a respingos.

Tengo que seguir borroneando cuartillas, aunque me falta la imagen del hombre que motivó en parte esta historia de Ale Aspis. Han quedado cercanas reminiscencias, el ejemplo propio, la intriga de no saber nunca qué plan habría elucubrado don Samuel la noche anterior, o en medio de una charla con café y habano. ¡Y qué habría opinado de esta *nouvelle*...!

Por mi parte, había entrado en una pausa apta para reflexiones: *Ale Aspis, un individuo de inclinaciones anárquicas, algo delirante, dueño de un fuego interior que el tiempo no atempera, que no puede convivir con la indiferencia, encogerse de hombros, hacerle pito catalán al universo.* Era una descripción certera... Me sentía extenuado. Los pensamientos no cesaban: me fui a dormir a la casa de Mabel. Entré; ella dormitaba y me acosté en silencio.

Noche de vigilia. Era la cuarta vez que prendía el velador. Me revolví; a un lado, al otro. De espaldas. Las tres de la madrugada. Miré a Mabel. Dormía; la boca entreabierta me sobrecogió. *Es como la cara de la gente que está muerta,* pensé acongojado; ese rictus, la rigidez, el silencio. Bajé de la cama para no pensar. Regresé y apagué la luz.

El silencio estimulaba mis fantasías. Traté de relajarme. Tensionaba el cuerpo desde el pulgar del pie, remontaba por la pierna, la cadera, seguía trepando hasta el hombro. No había caso. Entendí que no podría adormecerme. Luego, camastros de hospital... Blancos, sumidos en silencio Esa visión me llevó hacia el pasado. Recordé al viejo en una cama del antiguo Clínicas de Córdoba y Junín, evoqué el rostro anguloso de Mary, la enfermera, caminando por los corredores con las zapatillas blancas. Y la cara del viejo anunciándome el fin. ¿Y qué fin era sino el suyo? No tenía noción definida del tema. En realidad no quería pensar ni saber. Me crucé con la imagen de Saulo mirándome fijo, el amigo posta que vino a ver al viejo. Después, escena tras escena, el funeral.

Seguía la vigilia; no podía dejar de cavilar. Prendí la luz, las tres y media. Mabel se había dado vuelta y ya no escuchaba su resuello. *Si tomo otro medio sedante* — dudaba — *mañana andaré boleado, rabioso, imposible*. Bajé de la cama, abrí la heladera sin saber para qué. Había pensado en la trama de un cuento. Estaba lúcido; pero no fui a buscar el cuaderno para anotar las ideas. A la mañana no las recordaría.

Había pasado otro cuarto de hora. Me acosté de espaldas, las manos a los lados del cuerpo, hice esfuerzos para no pensar, liberar la mente. *Mierda, ¿quién dice que la mente puede quedar en total oquedad? Los budistas y los que practican yoga*, admití con rencor. Recorrí con los ojos semi cerrados el contorno suave del perfil de Mabel, y nuevamente tuve esa sensación de amor y piedad. Aunque no era habitual, brotaron las lágrimas evocando la dulzura de esta mina, su bondad. Flojo, Ale, muy flojito. Me acosté sobre el lado derecho, pensando que ahora sí podría conciliar el sueño... Inútil.

Aquellos miedos de morirme en las horas de mi sueño retornaron. Comencé a imaginar cómo podrían ocurrir las cosas. A la mañana, o antes, Mabel notaría que estaba frío, desusadamente frío, ella se incorporaría y me tocaría la frente, las manos, el pecho. Llamaría a los amigos y les diría: *vengan a casa, Ale está muerto*... Imaginé mi muerte como nítidas estampas de duelo; parecían muy reales. Entonces me

entristecí. Hice un movimiento brusco con la cabeza, como un rechazo, un borrón tosco y vano.

Habían pasado otros largos minutos. Apreté el botón. La luz emergió a borbotones, miré el cuadrante y los números rojos: las cuatro y media. No me resignaba. Dejé la luz encendida; contemplaba el cielo raso, las sombras, el retrato de Mabel, las manos debajo del mentón, expresiva, los ojos de mirada triste. O quizás me pareció a mí. Apagué el velador. Silencio. Apareció entonces la efigie de don Samuel: lo vi de pie a mi lado observándome sonriente.

¿Era él o una sombra? ¿Una sombra o una imagen? ¿Un deseo o un ruego inútil? *Con que era eso...* —se me ocurrió—, *toda esta vigilia fue un pretexto, una excusa, un subterfugio para aguardar la llegada de don Samuel.* Me levanté para estrechar su mano. Abrí los ojos, el cuarto vacío, Mabel enroscada como un bebé. Y yo semejaba un meteorito cayendo al espacio. Así, la vigilia me llevaba y me traía por esos callejones que hemos transitado a lo largo de nuestra existencia. Lo viví como un anticipo de los segundos finales. Los segundos últimos que permanecen con uno y no se comparten con nadie...

Me levanté traspirado, los ojos cubiertos de lágrimas, contemplé a Mabel sin saber si había soñado, si fue una alucinación, si estaba vivo; o si había muerto. No volví a acostarme. El recuerdo de la vigilia y el sueño me acosaron varios días. Fue como una pausa en el camino. Me costaba desprenderme de esa larga noche de reflexiones y angustia, de evocaciones y pesadilla.

“Nosotros se lo publicamos”

A punto de que huya
el escenario
el piano pone
teclas en mis manos,
y vuelvo a ser
la niña que jamás he sido.

(Lina Caffarello: **Suma y Resta**)

La pesadilla me había dejado el ánimo bastante maltrecho; tenía que ponerme a trabajar cuanto antes. *Ale Aspis, un trabajador de la pluma convertido en mercenario, siempre a la búsqueda de asuntos que supuran la mierda de la sociedad por una paga miserable, arriesgando el pellejo por nada... Pero el alma satisfecha.*

Por supuesto, mi ánimo no era de lo mejorcito. Diría que estaba hecho una calamidad. Salí a tomar aire puro. Lo pensaba en serio mientras veía a los colectivos disparar gases pestíferos y letales, a la gente tirar la basura por las calles de la urbe con una indiferencia que me revolvió los nervios.

Buscaba, husmeaba y al mismo tiempo recriminaba mis quejas inservibles. Iba caminando por Corrientes a la búsqueda de nada... *me da una moneda...* (me pedían con la palma extendida), y la rabia me hacía pedazos la conciencia, los recuerdos, la derrota. Pasé por las librerías que pululan como moscones jubilados, y los títulos encandilaban mis ojos llevándome a reflexiones vacías, a cavilar sobre la supuesta generosidad de ciertas editoriales. *iOh Aspis Aspis, ya llevás puestos los largos, despabilate!*

Alguien me había hablado de la editorial Shinquen, que publicaba libros de impublicables, los presentaba en una sala (con muchas pompas y globos...), los *distribuía* en librerías y mandaba gacetillas a los diarios. En una palabra, llevaban a los autores pipiolos a vivir momentos inolvidables, el deleite efímero de las letras de molde, firmando libros para la familia, los amigos y los vecinos del barrio, haciéndolos navegar por pesebres navideños, flashes por gruesa junto al *público*, sentirse una especie de quijote del mundillo literario, una

réplica más modesta de Borgia, Tercerópulus, Sara Elmago, García Duquez (Gaby) o Mariña Verga Losa.

Por extensión, arribé luego al cajón abarrotado del escritorio que tenía Bermúdez en su oficina, donde reposaba, en una especie de sueño eterno, el original con las andanzas de mi amigo el chorro Orlando Roig, hasta que el editor decidiera si era negocio publicarlo, o era una maldición bíblica que más valía congelar.

Conocí a Liliana Canevaro, poeta y amiga de Mabel, en el pisito de Gascón. Mientras manducábamos unos vermicheles con tuco pesto caseros preparados por la dueña de casa, la Canevaro relató su paso aventuresco por Shinquen y confesó que no tenía ninguna intención de enredarse con esos editores. Hay otras dos editoriales del mismo tipo señuelo, —comentó—, como Frasco al Río y ViniVidiVinci. Precios extorsivos (un adelanto, otra parte cuando entra en imprenta y el saldo al entregarte los libros), dicen que te publican 200, te dan 20, 30 (o 50 ejemplares) como máximo, y chau pinela. Un curro sensacional, una operación engañabobos muy poco sofisticada, el hambre de los bisoños de verse con letras de molde en un librito primaveral, repleto de coloraciones, tonalidades y banalidades que alucinan a los más pintados. Como si los colores, el papel y toda la bambolla ésta sirviera para algo.

Liliana, que ya ha publicado poemarios y tiene uno nuevo en la alacena, se dirigió a la mencionada editorial, llevó el original con sus poesías y pocas esperanzas de que lo publicasen. Ponderaron su obra. Le insinuaron, incluso, que desde la época de Alfonsina no había surgido una poeta tan profunda y completa como ella. Macaneo al toque.

Liliana, que es una tana supercálida, una especie de Venus (pero cuando se embronca es peor que Marte tonante) no les creyó una sola palabra... Aunque no les dijo nada: se guardó el as de espadas en la cartera. Y ahí sonaron los tipos, como gramófono con la voz de Villoldo, Lilí Pons o Caruso. Primero, le pidieron que grabase el material en un CD más una copia impresa y una foto artística; luego elegiría los colores de la tapa, le pidieron un prefacio de algún poeta amigo; le

prometieron ocuparse de la corrección de las pruebas, le harían una presentación en un café literario con invitaciones multicolores, le darían una cantidad de ejemplares (¡diez!), e imprimirían *doscientos libros* por la módica suma de... ¡mil dólares! Ellos distribuirían la edición y se encargarían de todo. Absolutamente de todo. ¡Ah! Si por casualidad Liliana quisiese después más ejemplares... le darían diez por la módica suma de diez dólares cada uno. ¡Telón cayendo en picada!

Liliana miró a los tipos con cara de mina buena, respiró hondo, se levantó de la silla butaca y, con el sarcasmo que sólo una mina tana puede lucir sin mover un solo músculo facial, carcajeó con risa de villana de telenovela y se mandó mudar. Ingrata, ni les dio las gracias por el cafecito que le sirvieron.

—Los poemas malos seguirán siendo malos —agregó alegremente.

—Sí, como vestir a una mona con ropa de seda, ¿no? — me animé con timidez.

—Mirá, Ale, estoy convencida que lo que vale en poesía es el contenido, no el envoltorio. No creo que la mejor edición del mundo pueda darle méritos a un texto pobre en profundidad, poéticamente hablando. Sería como ponerle plumas de oro a un loro que repite y repite lo que otros ya dijeron. Eso en poesía es la base del acabose, no existís. Ni siquiera sos un fantasma poético.

Las palabras de la Tana retumbaban dentro de mi cabeza como un concierto de percusión dentro de un cuarto lacrado. Y pensé en los cientos de poetas y escritores que, solitarios en sus cubiles, en el altillo, en la pieza de pensión, en un departamento que se desploma de viejo, en el café de barrio, con los sueños a cuestras rodeados de soledad y silencio, borronean, escriben, tachan... Quimeras arrastradas desde la adolescencia, cuando un profesor de literatura iluso y amargado pretendía transmitir su propia vocación, frustrada en la docencia castradora, a jóvenes de inquietudes que acabaron sus días como peones de obra, oscuros empleados en alguna oficina municipal, cartoneros o desocupados. Escritores encerrados en cuartos malolientes, borroneando cuartillas con

poemas que se marchitan como el papel en que escriben. O cuentos inundados de lugares comunes y finales que se huelen... Fantasmando la gloria, delirando en noches afiebradas con la loca esperanza de lograr notoriedad. O maestras jubiladas que reencauzan sus sueños juveniles y rescatan del desván sus cuentos primeros, garabatos de una vocación que se fue apagando con el correr de los años. O los talentosos, que deben escribir *después* del trabajo, ciñendo sus horas de descanso a la necesidad de escribir cayéndose de sueño, para luego toparse con las garrapatas de la editorial Shinquen, o Frasco al Río, o ViniVidiVinci u otras, que te sacan las entrañas, te hablan con aroma de Chanel Nº 5 y te curran con una damajuana de agua del Riachuelo.

Es para indignarse, pensé con bronca. Y aunque nadie me pidió meter la cuchara, ocuparme del tema, me sacudí un hermoso, y sonoro, bife en la mejilla: *Ale Aspis, te pasaste parte de tu vida berreando contra los editores y las editoriales, contra el estado de sitio que protege a los dueños de vidas y talentos, los resguarda del malón de los que están fuera del establishment literario y tienen la altanería de escribir; sí, de escribir. Ocupáte, pibe, es tu oportunidad.*

Escraché las editoriales sanguijuelas, examiné sus métodos: según la jeta del candidato, empiezan por pedirle una suma extravagante con ofrendas rosadas, como un ramillete de globos de colores vivos, le prometen el vellocino de oro (que resulta ser una piel de puerco espín). Y cuando el candidato que rueda en las celadas de los chorros de cuello blanquito va a buscar *sus libros* a las librerías famosas, lo miran allí como a un pigmeo de Afganistán o un jíbaro de la Selva Negra del 4to. Reich (¿los jíbaros toman chopes y morfan salchichas gordas con chucrut?): *¿de qué libros nos está hablando, ¿eh?*

Recorrí las editoriales y en cada una de ellas sembré mis cantitos de sirena, les pedí presupuesto por un libro imaginario que sólo existía en el parnaso artificioso de mi mente. Los tipos caían en la celada, se lastraban el cebo que les ponía delante de sus ojillos, miraban un viejo manuscrito mío de cuentos, ajado y tieso de tanto manoseo... hasta que

llegábamos a la cuestión del precio. Luego de recitarme las baladas del *entre* con la voz engolada de tenor de arias de Puccini, me decían, mirando para otro lado: son *mil dólares...* me hacía el estúpido, el difuso mental o el cándido. Yo les preguntaba, con ojos de vacuno halagado: *¿eso es lo que van a pagar ustedes por mi libro? Son muy atentos, realmente me conmueven...* Y los tipejos, aturcidos, sin entender lo que escuchaban, me corregían, deseaban devolverme al mundo del Mago de Oz, diciéndome con cara de Groucho Marx: *Pero no, señor... usted nos tiene que pagar los mil dólares: fíjese todo lo que haremos por usted* . Y yo nuevamente a la carga: *Cómo, ¿por el trabajo que me tomé de escribirlo, por mi talento de escritor no me pagan un peso?*

El tire y afloje duró otro par de minutos hasta que las máscaras cayeron de las jetas melosas y desenfundaron sus dientes draculianos, sedientos de mi sangre. En ese preciso instante apreté el botoncito de la pequeña grabadora con toda la melange de promesas y proposiciones. En las tres editoriales, un sudor frío se apoderaba de los buenos muchachos luego de escuchar la grabación y mi promesa de denunciar en una nota el estilo deshonesto y la estafa que se escondía en sus métodos de trabajo... Sólo uno de los gerentes, el de Frasco al Río, pegó un zarpazo para sacarme el grabador: inútil.

Escribí la nota, pues, pensando que ninguna editorial me la iba comprar. ¿Cómo se iban a tirar contra los colegas? Me equivoqué. **Caras y Carotas** se entusiasmó (tal vez porque el director reescribe la historia contra las fábulas de los mitristas), y me la compró por buen precio. Ahora *las aguas bajan turbias*, pero pipiolos no faltan...

Cuando les conté a Mabel y a Liliana lo sucedido, la risa las atoró... Era noche de cielo estrellado y limpio, milagro inhabitual del Buenos Aires con smog y escapes de toxinas, y la Tana ésa, sensible y orgullosa, apoyada por la Mabel (las dos envases cálidos de minas Rioplatenses) me dijo con cara pícara:

-¿Por qué no nos invitás al Pipo a comer espaguetis tuco pesto, Ale?

- Las invito, pero no al Pipo, ahí la salsa es ácida, industrial, hoy es un lugar que, excepto el papel de las mesas, ya ni los recuerdan quedan. Y con cara de burguesito dadivoso les dije: *Chicas, las invito a la Cantina de Maese il Nono.*

-Y después vamos a tomar café al Gato Negro... invito yo -baladroneó Liliana mientras prendía otro de sus cigarrillos letales. La noche parecía sonreírnos... Y yo me sentía infeliz, porque esos falsos profetas de la edición librera seguirían engañando a nuevos pelotones de incautos, mercando sin escrúpulos con los sueños ajenos.

Una sombra... sólo una sombra

Debe ser...un hombre de honor por
instinto, por inevitabilidad, sin pensarlo,
y por cierto que sin decirlo..

Raymond Chandler

No faltaban temas para investigar y escribir notas. El mundo es un hervidero de conflictos, crímenes, vicios, dramas, desastres naturales y desidia de los gobiernos. Todo desquiciado, vuelto del revés. **Detrás de la careta** compra mis notas pero no me propone temas. La Agencia, en cambio, me suministraba los casos más sonados; la pericia de don Samuel y su olfato de editor veterano me orientaban. Ahora yo debo buscar, rastrear, apostar y jugarme. Si no resulta interesante lo que escribo, habré perdido no sólo mi tiempo sino la posibilidad de ganarme el pan. Además, la jerarquía de la nota tiene que trascender, tener vigencia mucho tiempo después de haber aparecido. También la competencia es muy sólida. Docenas de mequetrefes andan husmeando temas sensacionalistas y amarillos.

Esa tarde Mabel me llamó y me dijo que no había ido a trabajar, que no se sentía bien. Fui a verla. Le preparé un té y se acostó. Le dije que me quedaba pero ella me echó. Regresé a mi bulín. Prendí la compu y me puse a contemplar pavadas... Miré un poco la tele buscando alguna película. Los informativos me hielan la sangre y me provocan taquicardia. A veces desearía ser ciego para no ver y sordo para no escuchar. Comí algo ligero, me tiré sobre la cama, leí un libro (es una forma de decir: el libro me leyó a mí, a mi agotamiento, a la apatía) y me quedé dormido.

Al día siguiente Mabel tampoco fue a trabajar aunque estaba mejor. La llamé y me pidió que fuese a la casa. Estaba levantada, tomé mate y conversamos durante largo tiempo, sin el apremio de los horarios, las tareas, los compromisos, los trajines, la vida que se nos va en tantas exigencias inútiles, en la lectura de periódicos tendenciosos cuyas noticias y comentarios siempre llevan agua a algún molino sin cara pero

con mucho viento... Me quedé hasta la tardecita charlando: luego regresé a mi casa.

Sonó el teléfono, esa maquinita escandalosa que rompe la mísera calma cotidiana... Era el Profe Orlando: el primo Manolo Roig, el chorro de autos que le había mojado la oreja a los tiras de la Federal, se había *suicidado*: los testículos, la ingle y la lengua carbonizados. Una crónica más sin escribir, remachada por un ladrón liquidado en la ley de la violencia policial, la impunidad y la represalia. La ira trepó sobre mi conciencia; y una vez más la impotencia exhibió su lengua burlona, más larga que la de un oso hormiguero

Salí a tomar aire. Fui caminando por Corrientes, siempre hacia el este. Esquinas que evocan, frentes de edificios que me chamuyan, el Bajo, el Río de la Plata. La gente apurada, caras amustriadas transcurriendo la jornada, vendedores de patrañas. Y yo caminando por esas calles que nacieron antes que yo, y seguirán existiendo en el futuro, radiantes u opacas, decididamente grises, luego que Ale Aspis sea un nombre borrado de los días y las noches de la urbe. ¿Escéptico, pesimista, aplanado, abatido? Debía pensarlo: esa nómina no me cuadraba, aunque era el estado de ánimo que presidía mis días. Está visto que el sosiego no es una virtud de mi vida.

Fui a visitar a Bermúdez. *Literatura con Mayúscula y Literatura de la Otra* era el enervante epígrafe de una invitación distribuida por la UdeEF por toda la ciudad. La nota apareció en los diarios y el editor, con algo de sorna, me dio a leer **Página13**. La novedad despertó mis instintos, me devolvió el deleite por la acción, la complacencia del movimiento perpetuo, la cercanía de nuevas aventuras...

Supuse que irían a hacer la reunión en Corrientes y San Martín. Me equivoqué. Convocaron el acto en una sala del teatro General San Martín y entre los integrantes del grupúsculo figuraban Jorge Atchís, ladrón de ramilletes, Nardo Castillo, el cuentista de los cien barrios porteños, Jorge Luis Borgia, infaltable, Mirta Lagrande, con un escrache rejuvenecedor, más otros perínclitos de la estilográfica y un

invitado espectacular, la Premio *Novel* Josefa Sara Elmago. Actuaría como moderadora Susanita Giménez de Alcorta (operada de su nefasta bizquera). Un evento literario para la gilada de esmóquin y los filósofos de palabras liosas y enmarañadas, como una enredadera de trama tupida.

Resolví concurrir. Poner a riesgo mi solidez espiritual, jugarme cien ganadores y ni un solo placé. Mabel, con espíritu solidario y advertida de mis impulsos, me dijo: *Tenés enorme talento para reincidir en tu masoquismo: Ale ¿para qué insistís con tus pésimas decisiones? No es un casus belis: ¿que querés demostrarles?*

Algo de razón tenía esta muchacha... Ante todo tendría que verificar que en la sala donde hicieran el refrigerio no hubiese sifones. Además, llevaría **DoReMi...** y obsequiaría un ejemplar rubricado a cada uno de los cruzados. Mabel me contempló seria, con un silencio funerario. Luego se echó a reír. Mi decisión no fue filantropía de quien ama la cultura. Era insincera, calculada y, sin dudas, iba a buscar roña. ¿Revancha? Muy posible. Espié en mi conciencia. Ese crujiente tema a debatir en la mesa redonda prendió la luz violeta de mi cerebro, desapoltronó mi inquina. En el panel figuraban nombres sacralizados, *no me toques que me ensuciás*. Estaba complacido, me sentía *el hombre del sifón*. O el que ríe último...

El poder de decisión de esos personajes del histrionismo literario es subrepticio. Actúan en las tinieblas mediante emisarios secretos, gacetilleros muertos de hambre (por lo general literatos frustrados), plagiarios o creadores de bodrios exclusivos para solteronas que fuman cigarrillos excéntricos y concurren a las confiterías para engullir el té con masas *five o'clock*. Y, asimismo, para la camada de giles, profesores en actividad o jubilados charlatanes que combaten el tedio concurrendo a presentaciones de libros desastrados de autores fifiolos, lecturas de poemas rimados al estilo de los versitos murgueros, disertaciones crípticas sobre la nada y la menos nada.

Cavilé sobre esos grandes personajes que dan conferencias esotéricas sobre el metatexto, el hipertexto y el cacatexto, sobre Barthes y Derrida, y se abrazan con colegas y académicos mientras los fotógrafos *metaflash* captan sus caiditas de ojos y poses para la posteridad, con el mentón entre el pulgar y el índice, o la mirada miópica vagando entre bobadas. Los gacetilleros se desnucan por entrevistarlos y anunciar con bombos y saxofones sus charlas en lugares *finolis* y ferias de libros, donde remolcan en carretas deshauciadas la reputación que huele a naftalina. Suelo preguntarme: *los conferenciantes que se explayan en disertaciones rococó sobre la filosofía y la lingüística del siglo XX, ¿conocen las ideas y los trabajos de Derrida sobre la deconstrucción, o los escritos de Barthes? ¿O repiten como cotorras las notas que aparecen en internet, sabiendo de antemano que los obsecuentes del onanismo intelectual no entienden un pito?*

* * * * *

Fui a verlo a Bermúdez. Éste me recordó que cuando le llevé por primera vez mi manuscrito no lo pudo editar. Como los censores de la UdeEF le daban textos para publicar, le prohibían dar a luz a traperos y gitanos de la pluma. Ergo, sofisma mediante, Ale Aspis (*un periodista sombrío y narrador mordaz*) era, a los ojos de esa mersa, indigno de publicar, de figurar entre los escritores de Buenos Aires, aunque fuesen escribas desastrados, groseros y populistas al estilo de Castelnuovo, Mariani, González Tuñón, Kordon o, el peor de todos, ese analfabeto de Roberto Arlt.

—Bermúdez, ¿lo que me cuenta es real o se trata de ideas tuyas?

—Me he reunido y he escuchado a esa gente durante muchos años. No son las palabras exactas, aunque es lo que piensan, ¿sabe?

—¿Y por qué razón dejaron de darle trabajo?

—Muy simple... Reedité un libro de Soriano sin consultarlos: ***Una sombra ya pronto serás***. Soriano fue para ellos un desarrapado, un vulgar periodista. Jamás de los jamases un académico, ¿comprende?

—¿Qué clase de gente es ésa? ¿los patronos del caño? ¿sobrestantes de la literatura? —La furia me atragantó.

—Aspis, no los subestime. Son los que manejan el mercado de libros, sus nombres aparecen cada semana en las gacetillas, les hacen comentarios elogiosos en los diarios y revistas, entrevistas en la radio y la TV. Sus nombres y las *jetas fichadas*, como le gusta decir a usted, penetran, venden, imponen: los ojos de los lectores los ven y quedan grabados en la memoria, como el geniol y la coca cola. Aspis, soy editor y de esto algo sé...

El diálogo con Bermúdez, a pesar de ser cosas requetesabidas, me produjo una alergia vivencial. Y bronca, esa bronca que empieza maciza, firme, y luego se extiende por la sangre y los pensamientos y se muta en una lente para juzgar el significado de la existencia. Tuve la sensación de vivir empeñado en una batalla cuyo final era previsible. Aunque yo no concedo así nomás.

A la noche fui a encontrarme con Mabel. Me pidió que fuéramos a su casa, iba a preparar un *revuelto Gramajo*, un plato que se convertía en imán de mi glotonería. Le conté la conversación con el editor. La amargura, la rabia que me despertó corroborar una vez más la podredumbre del mundo circundante.

—¿Vos querés arreglarlo? —me sermoneó— ¿Borrar los siete pecados capitales? No sos un jovencito impetuoso, un idealista inexperto. Esa clase de gente siempre existió, en la música, en la política, en los grupos de cualquier cosa. Y seguirán existiendo.

—No Mabel, no. No quiero cambiar nada. No soy Superman ni Malcom X. Embestí a la realidad varias veces y siempre quedé pagando.

Aunque hubiese querido decirle que tengo derecho a oponerme, a decir lo que pienso, a desnudar la basura con las armas que tengo: mi voz y la escritura. Pero resolví dejar el tema. Era superfluo seguir; Mabel quería conversar de otras cosas. Para cortarla me preguntó si a veces me acordaba de don Samuel. Le respondí que sí, que la imagen del Holandés regresaba con su sonrisa y el habano. Que venía a mi memoria

al ver gente, lugares, o cuando iba a la oficina de Bermúdez y la veía a Toña.

Sin meditar, vaya a saber porqué (o sí lo sé: la pesadilla), se me ocurrió decirle que si me llego a morir no comience a esparcirlo. Que deje el tema en silencio. Y luego, cuando llamen por teléfono y pregunten por mí, que les diga: *¿No se enteró? Ale se murió de bronca.* Y ni una palabra más.

Enojada, me preguntó por qué seguía con ese tema recurrente.

-¿Querés llamar la atención, como los chicos o los adolescentes? Contestáme...

-No no. No sé por qué te lo dije. Perdonáme -*Quizá, rumié callado, porque es una idea que siempre anda conmigo en la mochila.* Y sonreí.

Llegó el día de la mesa redonda. Mabel quiso acompañarme y yo no podía oponerme. Estaba nerviosa, preocupada. Entramos a la sala Casacuberta. Rostros gerónticos, en fase avanzada de *amomiamiento*, cetrinos y arrugados, profesores chantas con lentes y bigotitos, estudiantes con caras de cretinos y un libro colgándoles del sobaco; y ellas, las tilinguitas, con lentes negros y vinchas rojas, vaqueros debajo del ombligo y miniblusas de colores incoloros.

Nos sentamos discretamente. Un jodón me preguntó, *¿sos el plomero de la sala?* Mabel me tiró del brazo. Le respondí al toque: *¿sos hombrecito o nena?* Me obligó a cambiar de fila.

La ex bizcacha Susanita de Alcorta dio la bienvenida a los monos sabios y, tras unas palabras engoladas de Jorge Luis Borgia y Jorge Atchís, comenzaron a debatir. Una hora y media de circuncisión literaria y dos veces Mabel debió apretarme la mano: estaba roncando. Josefa Sara Elmago despertó la inquietud del público. Y a mí del sueño...

Todo bien, ritual consabido, pero al pasar a las preguntas del público alguien del panel mencionó el lenguaje *degradado de la literatura moderna... es como si volviéramos a*

la época de Arlt —expresó insolente— *a la de los escritores mal llamados populares, quienes eran ciertamente impertinentes, escribas que ofendieron la lengua española.* Sentí una explosión de hidrógeno en mi cabeza. O lo que quedaba de ella.

—Me permite —dije con la voz más dulce de membrillo que pude—: quiero traer un pequeño dato estadístico. Todos ustedes, junto al resto de chantapufis que escriben en el mismo estilo críptico, jamás van a poder acercarse a la cantidad de obras de Arlt que se venden cada año. Millares de nuevos lectores conocen a Arlt y a la generación de escritores que escribieron y escriben en el idioma de los argentinos... ¿Y a ustedes? ¿quién los va a recordar dentro de veinte años?

El griterío dentro de la sala me impidió terminar. Un sector reducido me ovacionó, mientras el resto, con un salvajismo pueril, pegaba grititos y las piernas artríticas apaleaban el piso del Casacuberta con sus zapatitos ortopédicos.

En lugar de dar un espectacular salto mortal en medio de la sala, exclamé, feliz y gratificado, *ibasta para mí, pajeros bastardos!* Tomé a Mabel de la mano y nos fugamos hacia la salida de Corrientes.

El aire húmedo me devolvió a la vida. La miré a los ojos diciéndole con un guiño: *la comedia ha finito.* Y aunque el Pipo de hoy es apócrifo, como estaba cerca fuimos con Mabel, sonriente pero sulfurada, a festejar mi desquite, a comer vermicelís con bastante tuco y más pesto... hasta dejar el plato pintado de verde, como la camiseta de Ferro.

Prometía ser una noche agradable. Charlamos y evocamos. Me sentía distendido, como el corredor de fondo luego de un esfuerzo agotador. Tomamos dos vueltas de tinto. Algo desusado en ella. Fuimos a su casa. Preparó café y al rato volvió con la cafetera y unas masas. Sorprendí a Mabel contemplándome. Sería. ¿O triste? Se sentó y advertí lágrimas en sus ojos.

—Mabel, ¿qué te pasa, porque llorás? ¿qué me querés decir...?

—Quiero irme a vivir a España para reunirme con mi hermano —me largó de una —No conozco a mi sobrinita ni a mi cuñada. Ariel no puede venir a Buenos Aires. Lo extraño un montón, él es mi única familia. Vení vos también, Ale... por favor.

Me quedé quieto, callado. Algo sorprendido, claro. La miré a los ojos. Le confesé que no me puedo ir de esta ciudad. Que no tengo nada mejor. Disfruto de las calles, las esquinas, los recuerdos. No quiero renunciar a mi idioma, a las voces y los silencios de esta urbe. Sin esta iconografía rioplatense yo me extingo, me muerdo.

—Mabel, créeme, es tarde para mí. Andá, me vas a dejar afligido pero me alegro por vos. Sos una gran mina. No tengo edad para fanfarronearte con el suicidio, para hacerte una escena melodramática. Me voy a sobreponer... Vos querías un cobijo. Lo merecés —Le expliqué que yo ni siquiera podría darle un remedo de hogar.

Pasamos la últimas horas juntos. A la mañana nos despedimos. No quise volver a verla. Al mediodía regresé y empaqué mis cosas. Le dejé una carta:

Querida Mabel: No pienses que mi silencio y la cara ausente indican algo distinto a la pena que me da el que te vayas. Fue éste uno de los periodos más dichosos de mi vida. Uno de los pocos, para decirte la verdad. No te voy a olvidar. Llegaste a mi vida y me diste la hermosa oportunidad de querer y ser querido. Deseo que encuentres el hogar que merecés, la familia que buscás, que la nueva vida recompense tu bondad y tu ternura. El paso que das es valiente, decidido, y supongo que no te será fácil. Es lo que quise decirte ayer y no pude: un nudo maldito me sofocó la voz. Siempre con amor, Ale.

Acomodé los paquetes en mi casa y salí. La efigie borrosa de Mabel se cruzó ante mis ojos, lejana, tierna, desvaneciéndose como una mota de polvo en el vacío. Me acordé del título del libro de Soriano, y pensé: *Ale Aspís, una sombra ya pronto serás*. Evoqué la despedida, el abrazo último, la tristeza del beso antes de salir de su casa

rumbeando sin rumbo por Corrientes. Mi efigie se irá empequeñeciendo a cada paso; esfumándose hasta trocarse en una estela casi sin vestigios. Así me siento.

A la noche, luego de haber gastado suela, entré en el bulín y prendí la luz. Me puse a ordenar todos los papeles y anotaciones que tuviesen que ver con la Agencia y don Samuel. Traspapelada, encontré una hoja celeste como las que usaba él, doblada y sujeta con cinta. No la había visto nunca. Decía así:

Aspis, leí un librito de ese escritor que tanto le gusta. Encontré un párrafo que me hizo pensar en usted. Se lo quiero hacer conocer:

"Es un hombre común, pues de lo contrario no viviría entre gente común. Tiene un cierto conocimiento del carácter ajeno, o no conocería su trabajo. No acepta con deshonestidad el dinero de nadie ni la insolencia de nadie sin la correspondiente y desapasionada venganza. Es un hombre solitario, y su orgullo consiste en que uno le trate como a un hombre orgulloso o tenga que lamentar haberle conocido. Habla como habla el hombre de su época, es decir, con tosco ingenio, con un vivaz sentimiento de lo grotesco, con repugnancia por los fingimientos y con desprecio por la mezquindad."

Yo no sabría escribirse así, Ale. Se lo dedico a usted. Con cariño, Samuel.

Era una cita extraída de un libro de Raymond Chandler, **El simple arte de matar...** No busqué ni buscaría explicaciones. Quedará en el misterio más profundo... Jamás yo, ni nadie, sabrá por qué recién ahora he descubierto esa nota firmada por un nombre que es sólo un recuerdo, nada más que memoria. Abrí la pc, copié el texto que me dejó don Samuel y le di un portazo a las historias escritas de Alejandro (Ale) Aspis, *mis historias*. ¿Definitivamente? Aún no lo sé. Pero se me ocurrió que estos textos son un toque insolemne de

gratitud a personas amigas que me dieron calidez, a veces con intención, otras sin proponérselo, permitiéndome desnudar parte de mi alma, justificar mi paso por este valle de lágrimas, contar algunas de mis aventuras y desventuras en la ciudad que me acaricia con la húmeda ternura de sus garúas: las peripecias de un hombre, como habrá muchos otros, todos distintos y ninguno igual... ■

Volver... (tango)

Yo adivino el parpadeo
de las luces que a lo lejos
van marcando mi retorno.

Alfredo Le Pera

...No fue lo que esperaba. Los sueños, los deseos y las ilusiones parecían perfectos, sin nubarrones, todo rosado. Pero no, Ale, no siempre es así. Tal vez nunca. Me he defraudado de mi familia. O acaso soy yo la que no se integró, acostumbrada a vivir sola, sin normas impuestas por los demás (esto en parte lo aprendí de vos). Vuelvo a Buenos Aires el lunes próximo en un vuelo de Iberia; llego a las 8.30 de la mañana. Mi estado de ánimo es terrible, tan calamitoso como las noches lluviosas y gélidas de Madrid. Sin trabajo, escéptica, abatida y sin voluntad. Te pido que disculpes mi bajón: no quiero causarte pena ni molestias...

Así decía el correo en que Mabel me anunciaba su retorno. Pasó un largo año desde el día de su partida. En el ínterin viví en un *mientras tanto*, estaba en el extremo de una especie de puente, y en el otro veía una figura imprecisa e inasible, muy semejante a Mabel. Fue un año sin demasiadas peripecias. Ahora percibía que su separación había provocado en mi vida un vacío, la ausencia de afectos en medio de la lucha por la existencia cotidiana, y la confrontación con tanta gente sucia que aguarda tu desplome para hincarte los dientes y despedazarte. Era un ex presidiario, y un ex pensionista del Borda: algunos no lo olvidaban. Yo tampoco.

La nota sobre las editoriales que saquean a sus clientes me había dado buena plata. **Caras y Carotas** la había vendido a otras publicaciones de América latina y con el dinero compré un autito de ocasión. Pasé un año tranquilo aunque no demasiado dichoso, por la ausencia de la mujer con quien quise compartir mi vida. Había vuelto a acorazarme, a no darle ventajas a nadie, no descubrir flancos débiles. Vegetaba,

solitario, enfrascado en mi trabajo de periodista ocasional, buscando el tema que rompiera mi apatía.

Ahora, Mabel regresaba trayéndome evocaciones y esperanzas; no sabía qué iba a ocurrir. Los días que faltaban para su vuelta los pasaba de un modo rutinario. Tenía una sensación rara, quizás el posible reintegro a la vida que añoraba.

El lunes me desperté inquieto. Claro, sí... Iba a esperarla a Ezeiza. Manejaba el Peugeot 205 en silencio. La radio funcionaba. El informativo de las siete no trajo novedades. El planeta se recalienta sin que nadie se caliente, vivimos en la era de la esclavitud, la desenfrenada trata de blancas, la corrupción de la prensa y los medios de comunicación que venden una rutilante e incierta imagen del universo. Siempre la misma, dulce y falsa, cruel y tendenciosa. El mundo se ha convertido en una réplica moderna de Sodoma y Gomorra... Estos pensamientos me oprimían la garganta. Anécdotas que eran abalorios para una expectativa inútil.

Canciones de Serrat, luego, me hicieron evocar la era de los cambios en el mundo, cambios de todo tipo... el Mayo Francés, la Primavera de Praga, el Cordobazo, el país en vilo, el mundo en vilo. Y *Ale Aspís en vilo con sus aspiraciones nihilistas* –pensé—. Como si de pronto hubiese regresado a los días de Serrat. Tal vez añoraba los días de mi juventud, cuando tenía un largo futuro por delante. Estaba perdido en ensoñaciones cuando el tipo de la cabina del peaje me zarandeó: *¡Eh, señor! Qué le pasa, ¿está dormido?* Observé al morocho que me reclamaba el pago de la tasa y regresé a la realidad. A la llegada de Mabel.

Ezeiza. Un mundo de gente; la sentí como una de las caras de la Argentina. No había cartoneros ni manos extendidas pidiéndome *una moneda*. Otra Argentina –se me ocurrió–, gente sin ojotas, vestida según las flamantes imposiciones de la moda. Maletas, risas, chácharas de los que pueden, del que le sobra y derrocha, de quienes viajan en un

plan de siete noches a Río de Janeiro o a las Cataratas del Iguazú.

Eché un vistazo al monitor: el vuelo de Iberia llegaba a las 8.30. Faltaba media hora. En ese instante cobré conciencia de que en un rato me reencontraría con Mabel. Todo el manto de apatía que parecía cubrirme desde que me enteré de su regreso se disolvió como un cubo de hielo en agua caliente.

Mis ojos se clavaban sobre la salida de la aduana. Un carrito y dos inmensas maletas me observaron. El cabello recogido, dos ojeras oscuras debajo de los ojos extenuados, lágrimas barriéndole el rimel, flaca y el dibujo de una sonrisa desleída, definitivamente triste. Era ella. Mabel. Había pasado un año y el mundo siguió andando...

Nos abrazamos. Ella se apoyó sobre mi pecho. La cuerda de los corazones se soltaron, la gente escuchaba los latidos (los míos, los de ella) y miraba con curiosidad. Para relajarme, contemplé sus dos valijas y me pregunté, solícito e idiota, *¿entrarán en el bulincito?*

La miré. Todo retrocedió hacia días dichosos; nuestro primer encuentro, las anécdotas, las charlas, el amor y la vida en común. Y después su viaje... Ignoraba qué iba a suceder. Sabía que su casa se desocuparía en poco tiempo y me dispuse a ofrecerle la mía. Viajamos en el Peugeot a la vivienda de Balvanera, Entre Ríos y Venezuela. Nos arreglaríamos allí hasta que Mabel recobrase su departamentito.

Conversamos mateando, mientras me narraba sus cuitas en Madrid, el desencanto, la angustia y la decisión del retorno. La miraba con ternura. Todo volvía... el humo del cigarrillo disparado a mis ojos cuando apenas la conocí, la llamada telefónica, la noche primera en Gascón, el diagnóstico adusto de don Samuel: *¿Esa chica? Es seca o tímida, a mí no me da mucha bolilla.[...] Espero que le vaya bien. Aspis...*

—Durante diez años tuve poco contacto con mi hermano —dijo—. No lo reconocí, Ale. Un tipo pedante, embrutecido por el trabajo. Compulsivo. Mi hermano, un ser tan cariñoso y abierto antes de su ida a España. A los seis

meses no quise soportarlo y me fui, alquilé un cuarto en un suburbio de Madrid. Trabajé de cualquier cosa, junté el dinero para el pasaje y aquí estoy. No tengo buen ánimo, Ale. *Todo es una lástima, ¿te acordás?*

—Mabel, es cierto, muchas cosas son una lástima, pero no todo. Nunca escribías cosas importantes. Tus cartas se ocupaban de la vida de los "gaitas", describías las avenidas y los paseos de Madrid, las costumbres, el gazpacho, las tapas, las tascas, pero de tu trabajo y de vos, *niente*. Te notaba rara. Intuía que estabas mal. Muy mal. Ahora andá a dormir, recuperate... Del futuro ya hablaremos.

—Ale, recurrí a vos porque no tengo a nadie. Pero entendeme bien, no quiero fastidiar ni comprometerte. Ya saldré de ésta, sé que sos un tipo generoso, lo sé de sobra, pero no tenés obligaciones conmigo: yo te planté y luego lo sentí mucho. Mejor contame de vos, de tu vida...

—Mabel, dedícate a descansar, reponete del viajecito, hablaremos luego —Le besé la frente aspirando el perfume de sus cabellos.

Dejé que ordenase sus ropas y desocupara las valijas. Luego me fui a recorrer las veredas de Buenos Aires, cruzar calles, pararme en esquinas, mirar a la gente, imaginar diálogos y oír voces rioplatenses, respirar los sonidos de la ciudad para saber que existo. Fue un respiro que me tomé para meditar en soledad. La terapia cotidiana.

Escuché la musiquita de *Marcha a la Turca*: era la llamada del teléfono móvil. Apreté el malévolo botón verde:

—Oigo... soy yo, ¿cómo es tu gracia? No, no nos conocemos... ¿Qué propuesta de trabajo?... Sí, podría interesarme. De acuerdo, mañana a las diez... Sí, sé donde queda La Casona... sí, en Maipú y Corrientes.

¿Cómo llegó a mi móvil este tipo? La voz era desagradable, soberbia, prepotente. Un tonito indisimulado de mandamás...

La ciudad agotada de calor y humedad. Un mes riguroso; la urbe semi vacía, difunta. Un siesteo general, como

todos los años. Decidí volver a casa. Estaba en Sarmiento y Uruguay. Una idea súbita se acuñó en mi mente. Y tomé la decisión sin madurarla.

Me dirigí hacia el Pasaje Barolo, subí al tercer piso y entré a la oficina del abogado Aquitapache. Una jovencita preguntó en qué podía ayudarme. Le dije que buscaba al abogado. *Está en Tribunales y va a volver en media hora.* Le pregunté si era la empleada del estudio: *Sí, temporal, trabajo a través de una empresa de empleos.*

Esperé a Aquitapache. Llegó cerca de la una. Me reconoció y me hizo pasar a su oficina privada. *Me pescó de chiripa, Aspis: mañana me voy a Punta del Este.* Conversamos un rato largo. Luego me fui. Tomé un taxi y llegué a casa.

Era después del mediodía. Mabel estaba durmiendo. Contemplé su cara delgada, la blancura de su piel falta de sol y la tensión en la boca apretada. Entonces musité: *bienvenida a mis horas, a mis rabieta, a mi vida.* Al rato se despertó, inquieta pero descansada.

—Hola nena, te ves mejor, al menos tenés colores en la cara.

—Estaba agotada; alcancé a guardar lo más urgente y me acosté.

—Mabel, andá a ducharte mientras yo voy a comprar algo para comer. Supongo que no tenés ganas de salir a almorzar. ¿O sí?

—No, no, Ale, me cansé de comer afuera todo un año. Andá, aunque no te hagas problemas por mí. Yo me arreglo, sabés que no tengo exigencias.

—No, no me voy a hacer problemas por vos. ¿Acaso te conozco? ¿por casualidad vos te llamás Mabel? —Se sonrió con un gesto.

Regresé al rato; despatarramos la comida china sobre la mesita enana. Traje un par de flautas, vino baratieri y puse cubiertos de la época de Manuelita Rosas. Comimos casi en silencio, intercambiamos un par de frases y de pronto le dije:

—¿Y qué vas a hacer con el tema trabajo? —Me miró sorprendida.

—Nada, Ale, buscaré cualquier cosa. A mi edad no voy a encontrar nada importante, tipeadora, limpieza... no sé, la verdad que no sé.

—Mabel, por si te interesa... el 1º de febrero te espera un señor ave negra en su estudio del Pasaje Barolo, 3er. Piso.

Me miró como a un espectro. Y se largó a llorar. Seguí masticando la carne agridulce. Ya más serena, me preguntó:

—¿Cómo conseguiste eso, Ale? Aquitapache no sabía nada de mí. Fuera de enviarle postales desde Madrid, no tuve ningún contacto con él.

—Mabel, él tiene trabajando empleadas temporales. Fui a verlo, le dije que regresaste: te espera con los brazos abiertos. *Mannpower* y otras por el estilo dominan el mercado laboral, pero él te prefiere a vos. Una preocupación menos, ¿no? No es un mal bicho.

— Ale, voy a buscar un cuarto de hotel hasta que vuelva a Gascón.

—Mabel, ésta es tu casa, podés vivir aquí hasta que se desocupe. Además, cuando se vayan los inquilinos comprobaremos en qué condiciones dejaron tu vivienda.

—Tu casa es pequeña y no puedo fastidiarte, ocupar tanto lugar, causarte incomodidades.

—Mabel, hemos vivido juntos, somos amigos, debés quedarte aquí.

El Ale Aspís seguirá siendo el pendejo solitario, extraño e iracundo, pero entramado con una mujer que le devolvió, hace tiempo, la experiencia del amor, la vida en pareja y la certeza de la caricia suave, la mano cálida, el beso tibio que restaña y restituye las ganas de vivir.

No contestó. Detuvo su mirada en mis ojos. Como tomando impulso. O buscando la fuerza interior para hablarme de algo que le preocupaba...

—Ale, hay un tema que no puedo dejar de lado. Yo te abandoné, me fui a España para vivir con mi hermano y su familia. Pero lo cierto es que te dejé de lado. Por lo visto no evalué bien nuestra relación.

–Hay tiempo para hablar del asunto, Mabel. Acabás de llegar, dej...

–¡Ale, yo no te consideré, no supe apreciar que tu aparición en mi vida la cambió de raíz! No tengo ganas de hacer escenas dramáticas, pero debo reconocer que obré sin pensar que te hacía y me hacía daño.

–Todo a su tiempo. En las parejas hay momentos malos, separaciones, tormentas. Nada raro, Mabel.

–No es nuestro caso, Ale. Simplemente resolví viajar a España, yo lo decidí y no se me ocurrió pensar que te dejaba. Como una nena caprichosa que se le da por hacer un paseo y listo. No te lo merecías.

–Mabel, ¿porqué ahora? ¿porqué tiene que ser hoy?

–Porque me recogés en tu casa, porque al escribirte reconocí que sólo vos eras parte de mi vida y que me podrías ayudar, que no tengo a nadie que me haya extrañado. Y ahora me aceptás como si me hubiese ido hace dos días.

–Dejá, Mabel, no te crucifiques porque no es justo y no es toda la verdad. Pienso que decidiste irte porque tu relación conmigo era irregular, no vivíamos juntos, éramos una pareja a medias. No quería compromisos y en ese sentido entiendo tu viaje como la búsqueda de afectos sin límites y para sortear muchos momentos de soledad.

–Sos un tipo generoso, Ale...

–Mabel, no fue ni lo viví como un maltrato. Yo también tengo mi cuota de culpa en tu viaje...

Nos abrazamos. *Un abrazo es una señal de calidez, de un gran cariño*, pensé como lugarcito común. Pero estaba conmovido. La soledad es dolorosa, aflige. Percibí que el afecto estaba intacto, que el cariño entre los dos continuaba siendo una constante. Esto era lo que rescataba...

Una llovizna amarilla

Imaginación, nada más que imaginación.
Le sorprendería saber cuántas veces estos
hombres y mujeres se entusiasman
con una colosal patraña.

Stephen King – La zona muerta

Charlamos hasta que albores quejumbrosos matizaron el cuarto con las primeras luces de la mañana. Condensamos un año de historias, las mías, las de ella. Mabel relató detalles de lo que a la postre resultó una meticulosa pesadilla. Las bellezas de Madrid no alcanzaron a compensar su decepción. Llegó un instante en que sólo deseaba irse de España. Se la notaba cansada, con un dejo de amargura.

La larga conversación y nuestro cariño probaron que nunca habíamos dejado de querernos. Como final de la charla, y de común acuerdo, decidimos reanudar nuestra relación de pareja.

Como un hecho natural.
Como la ley de la gravedad.
O las lluvias del otoño.
Y las mareas.
La procreación y la vejez.
La vida y la muerte.

Hicimos el amor. Con mucha melancolía y cariño. Dormimos abrazados, sin reproches ni dejando cuentas pendientes. A la mañana, después de tomar unos mates con Mabel, fui a encontrarme con Raúl Taborda, un periodista de **El Crónico** que deseaba proponerme trabajo. Separarme de Mabel me costó. Había llenado un vacío y no deseaba irme. Marché prevenido, sin ganas y ninguna convicción.

Sentados frente a sendas tazas de café, Taborda me contó que era el editor de la nueva publicación **Lo Que No Cuentan**, una revista quincenal que informa *lo que el resto de la prensa no quiere o no se atreve*, dijo.

—¿Podrías ser más explícito, Taborda?

—Aspis, yo conozco tu trayectoria, sé los problemas que tuviste con varias de tus notas en el pasado. Escribís en un estilo que nos gusta y te propongo que seas nuestro colaborador con artículos que sacudan a la opinión pública. ¿Me entendés?

—No, la verdad es que no entiendo tu proposición, ¿de qué se trata?

—Te lo explico. Es una revista que escarba en las entrañas, que busca *fatós* raros, que pone en la picota a jueces, políticos, tipos que están en las altas esferas, personajes y funcionarios que fueron pescados *in fraganti* en cosas complicadas, infidelidad, homos encubiertos, mujeres de pedigrí metiéndole los cuernos a la pareja, fotos comprometidas, toda la mugre que oculta la sociedad inmoral.

Lo escuchaba en silencio; empecé a deducir que se trataba de chantaje en gran escala. Le pregunté:

—Y si las pruebas son eventuales, si no están seguros, ¿qué hacen?

—¿Si no conseguimos las pruebas? Siempre se obtienen, Aspis. Nuestros colaboradores son profesionales, muy duchos, tienen imaginación... Créeme que a nuestros lectores no le importan los testimonios irrefutables: quieren el escándalo, la sensación sublime de la suciedad, son capaces de tragarse las patrañas más estúpidas con tal de satisfacer sus instintos. Cuanto más primitivos, más sensacionalismo. Ese es el negocio. ¿Ahora está claro?

Lo contemplaba como si estuviese viendo a una cucaracha, un turbio representante del periodismo escabroso. El tipo era un adalid de la prensa amarilla, delincuente de lo más despreciable y seguro que el chantaje era su modo de vida...

Me quedé mirándolo en silencio. Una rata de ojos azules, nariz afilada, boca torcida como su alma y una piel blanca y repelente, un depravado movido por oscuros complejos. No sé si mi visión era real o un retrato bocetado por la bronca.

—Aspis, ¿algo no está claro en lo que dije, o tenés reservas?

-Taborda, todo está muy explícito y no poseo reservas: sólo tengo ganas de vomitar.

-Pero qué te pasa, ¿tan exquisito sos? Para hacer tus cagadas no tuviste escrúpulos y para ofen....

No lo dejé terminar, le planté el índice frente a la jeta y le dije a media voz: *sos un guacho hijo de puta, un mercader de falopa escrita: vos le das a la gente algo peor que la droga, envenenás a un público que cree cualquier cosa.* Me acordé de *Ergueta* en *Los Siete locos*, y le dije: *rajá, turrito, rajá...*

-Esto te va costar caro, te vas a arrepentir –balbuceó histérico en tanto se iba. Parecía el chillido de una hiena vestida con camisa y corbata...

Luego de relatarle la conversación, Mabel me regañó: *¿para qué te metés con esa clase de tipos? Ellos tienen el poder, Ale, un diario propio, te pueden hacer mucho daño. ¿Y vos? Sos un tipo decente, pero si va a traerte secuelas no te va a servir de mucho, tu voz no se va a escuchar.* Tenía razón.

Pasaron varios días. En el nuevo número del pasquín **Lo Que No Cuentan** apareció un pulcro brulote:

El señor Ale Aspis, periodista fracasado, enfermo mental (estuvo internado en el Borda) y delincuente condenado por el robo de una obra perteneciente al escritor Adrián Costera (delito por el cual estuvo en la cárcel de Devoto durante un año), agredió en un lugar público al director de nuestra revista, don Raúl Taborda. Este individuo tiene el descaro de mercar con la ética periodística y cuando lo contradicen actúa como lo que es, un individuo maniático y violento, descontrolado, paranoico.

Esperaba la agresión.... Hablé con mi amigo Valenzuela:

-¿Cómo va eso, Valenzuela?

-Todo bien, Aspis. ¿Trabajás?

-Siempre cae alguna nota. Sabés que no hago periodismo en la redacción de los diarios. Decime, ¿conocés a un tal Raúl Taborda? Publicó un comentario amarillo en su pasquín... Sí... sobre mi persona. Escuchame, ¿tenés referencias sobre el tipo, alguna metida de pata fulera?... Ahh, bárbaro, ¿puedo verte en una hora en El Foro? Bien... Chau.

El calor del mediodía me hizo pensar en un explorador en la selva africana cocinándose en una marmita, mientras ojos ávidos de caníbales y bocas de labios belfos, como morcillas, destilaban una saliva tipo reflejo condicionado de Pavlov. Corrientes convertida en una cocina de campaña. En mi delirio veía a Taborda guisándose dentro de una olla, rodeado de negritos famélicos. Me provocó una sensación placentera pero fugaz.

El Foro estaba delante de mis narices. Tanta era la bronca que llegué sin darme cuenta. Busqué a Valenzuela. Estaba leyendo la sábana de Mitre, desplegada sobre la mesa del bar... semejaba un sudario con letras. Le conté la historia y Valenzuela, por toda respuesta, me pasó una carpeta que había traído cuyo título era: *Antecedentes laborales y desfalcos de Raúl Taborda*.

–Pero che, no me voy a pasar la vida revisando esta cosa –protesté–. Indícame qué partes me conviene leer.

–Aspis, es parte del archivo del diario: al final hay un resumen de sus macanas. Taborda trabajó en el **Trombón** varios años y lo echaron cuando el juez Derissi fue a hablar con la dueña y le mostró una carta donde el tipo le exigía cinco mil dólares. El juez es homosexual. La noble viuda lo despidió sin más. Pero el *tabloide* de García, **El Crónico**, lo recibió con calidez: descubrió el potencial amarillo y la falta de ética de Taborda. Ésta es su historia.

–Todavía no decidí qué voy a hacer con ese hijo de puta. Por supuesto quiero reventarlo. Como a un flemón podrido.

Seguimos charlando un rato, le agradecí la gauchada y salí a caminar por Uruguay hasta la Avenida de Mayo. Un cachazudo paseador de perros pasó con un enjambre de pobres bichos enlazados que ladraban en cadena y a coro: ellos, enlazados, y nosotros, los bípedos con camisa y corbata al tono, circulábamos libres por las aceras. Sin ladrar.

Volvía a casa mientras meditaba sobre el papel de la prensa sucia, otra vía infame –acaso decisiva– para deformar y

modelar el pensamiento y los gustos de las multitudes. *Tengo que denunciarlo* –pensaba con rabia–, *porque este Taborda es un caso infecto de la media amarilla*. Aunque comprendía que en parte era como escupir hacia arriba. Pero era más fuerte que mi voluntad: *no soy diplomático, pensé, digo las cosas como me parecen*. Y aunque después pago un sobreprecio, no me avergüenza mirarme en el espejo. Estaba entrenado para medirme con esta clase de tipos. En este punto surgió en mi memoria la imagen de don Samuel. Como si necesitara buscar la exacta ecuación entre la prensa amarilla y las ideas que él tenía sobre el rol de las publicaciones: una comparación sugestiva.

Entré a casa y encontré una nota de Mabel: *Ale, te llamó Valenzuela y pide que le telefonées a la redacción del Trombón. Fui a hacer compras, chau, Mabel*. Llamé al diario.

–Ah, ¿Aspis?... Hablé con el jefe de redacción y le conté lo que pasó entre vos y Taborda. El jefe se encontró de pedo con la dueña del diario y le narró lo ocurrido: la vieja quiere verte. Te va a ofrecer las páginas del Trombón para publicar una nota de denuncia a Taborda y su pasquín. Te la va a pagar, por supuesto.

–Che Valenzuela, sos un caso. Te agradezco. Y a ella... En unos días te la llevo. Chau, hermano.

–¿Sos un amigo, no? Pero no le agradezcas a la anciana dama: odia al tipo y lo hace por su interés personal. Chau y suerte, Ale.

Mientras tomaba un pinal con algo de fernet y mucha espuma, me pregunté si me limitaría a escribir una nota contra el tipo, o iba a denunciar a la prensa amarilla y le dispararía una descarga a toda la *media sucia*. Me atraía redactar una nota más amplia, en la que Taborda y su pasquín fuesen míseros piojos de paso. Aunque... no deseaba apurarme.

Llegó Mabel, se acomodó en la cocinita con un delantal colorinche y se dispuso a cocinar pulpito. Me acordé de otro guiso de pulpo, el que me hizo probar en su casa de Valentín Alsina el Profe Orlando la primera vez que lo fui a visitar. Y

pensé en mi libro, con la historia de Roig y sus amigos chorros, durmiendo silencioso en el escritorio de Bermúdez.

El señor Aspís –pensé–, un quía que no se lamenta ni se resigna, que persiste en sus quimeras literarias... Hasta el día del apocalipsis final. ¡Hay cosas peores!

Ante todo, me disponía a disfrutar del pulpito acompañado por un par de vasos de vino bien raspadores de garganta, mientras le relataba a Mabel el encuentro con el *loco* Valenzuela. A su vez, ella me contó que el inquilino de Gascón se mudaría en una semana. Y aunque soy un ermitaño pelandrún (algunas veces difícil de bancar), me sentí raro, algo afligido porque Mabel se iría... pero no se lo dije. Luego me puse a pensar en la nota.

Nadie me la había encargado formalmente. De todos modos iba a escribirla. Las dudas que hubiese tenido en algún momento se disiparon, como las calinas de las madrugadas, después que el señor Taborda disparó su pequeña artillería pasquinesca.

El cómo, el cuándo y el dónde eran detalles, pero no iba a dejarlo invicto, disfrutando de sus chantajes y bravuconadas. Percibía los *músculos* de mi mente en tensión, dispuestos a romperle los huesos amarillos, a darle un simpático golpe de furca y dejarlo *groggy* por bastante tiempo.

Tenía varias ideas, a cuál más sensacional y petardista: desde quemarle la próxima edición del pasquín a la salida de la imprenta, hasta rellenarlo con cemento y tirarlo al Riachuelo a la altura del Puente Pueyrredón.

No me gustaron por ser facilongas... Finalmente me resigné; haría la nota poniéndolo al descubierto y así acabaría mi misión antiamarilla.

Todo es igual, nada es mejor

iHoy resulta que es lo mismo
ser derecho que traidor!...
iIgnorante, sabio, chorro,
generoso o estafador!...

Enrique S. Discépolo - Cambalache

Cargamos las valijas y bolsos en un taxi y viajamos con Mabel a su departamento de Gascón. Habían pasado más de tres semanas desde su vuelta y, debo confesarlo, fueron días placenteros. Nunca habíamos estado juntos tanto tiempo. Pero decidimos retomar la soltería *relativa*, seguir en pareja con el estilo anterior a su viaje a España: cada uno en su casa...

La ayudé a desempacar, revisé una vez más si todo funcionaba en la casa, hicimos los trámites habituales y otras pequeñeces. El día se presentó caluroso y húmedo. Una módica picada y una sangría de vino tinto fue nuestro almuerzo. A media tarde volví a mi casa.

Comencé a cavilar sobre los temas de la nota para **Trombón**. Tenía la certeza de que el tema del amarillismo y la degradación de cierta prensa era una cuestión de niveles, fines y tipo de público. También la prensa escrita *seria* tenía su público y sus objetivos: tanto la *sábana* de **Mitre** como **Página13**, **Trombón** y el popular **El Crónico** cumplían su cometido. Se dirigían a un público convencido, adepto al gobierno o a la oposición, sabían qué venderle, de qué modo atizar la conciencia gorila, cómo lacayear sus puntos de vista. Los progrezurdos, por su parte, muequeaban hacia el gobierno, vendían colecciones de CD de músicos de protesta, de grandes autores y ejecutantes de música popular en sus versiones más puras y talentosas, aunque presentaban el sensacionalismo en una versión más *intelectual*. Como oír música de Juan Sebastián Bach en un gallinero, o cumbias en la Scala de Milán cantadas por Plácido Domingo (*Todo es igual, nada es mejor...*).

Las estaciones de TV y las radios, los semanarios y las revistas especializadas también apuntan su contenido estrepitoso a públicos afines. De hecho, no existen zonas asépticas y lectores vírgenes que no tuviesen preferencias. La tendencia sanguinolenta y el sensacionalismo campean tanto en la prensa *seria* como en la televisión y la radio. Resulta difícil trazar una línea tajante entre sensacionalismo y prensa amarilla: de hecho el primero es inseparable de la segunda...

Recordé que el término *prensa amarilla* surgió de una disputa entre el *World* de Albert Pulitzer y el *Journal* de Rodolf Hearst, por una tira cómica que se publicaba en ambos diarios llamada *yellow kid*, y cuyo color pasó a representar el tipo de periodismo sensacionalista en extremo. Con el tiempo se sofisticó, hoy cubre todas las áreas del planeta, se ha universalizado. Es un lugar común, la divisa corriente.

La revista de Taborda es un ejemplo, pensaba. Peligroso y tóxico. Pero no el único. Las épocas románticas de una prensa hidalga (¿las hubieron?) son extrañas, remotas, desconocidas. Un arcaísmo diáfano.

Yo quería saldar la cuenta con Raúl Taborda y su batallón de escribas y fotógrafos sin escrúpulos, los investigadores privados a su servicio, y los policías corruptos que se prestaban a sus solícitas –y bien pagas– demandas. No deseaba convertirme en un quijote del periodismo ni redescubrir la pólvora.

Ale Aspís no es un científico, un profesor de la materia prensa y periodismo –pensé radiante–: es un tipo testarudo y está convencido que luchar contra los ejes del mal amarillo es como desinfectar y limpiar a fondo una letrina. Para mí sería suficiente con denunciarlos.

La carpeta que me pasó Valenzuela me pareció algo insustancial. Una vez frotada mi sesera, el nombre apropiado para recabar información surgió como el esclavo de la lámpara de Aladino... Llamé al subcomisario Amet y pedí verlo fuera de Moreno al 1550. Aceptó no muy complacido, pero estaba convencido de que su ascenso –y el bienestar que le trajo–

me los debía... Nos encontraríamos, pues, en San José y la Avenida de Mayo.

-¿Qué contás de bueno, Ale?. ¿Qué problemas tenés ahora? Vos te acordás de mí cuando te sopla viento en contra.

-Estás muy cínico, Turco. Qué pasa, ¿los galones de subcomisario se te subieron a la cabeza?

-Un poco, sí... ¡Mocito, traeme una latita de Quilmes! - pidió.

-¿Tan temprano le das a la *rubia*? Escuchame, Amet, ¿qué sabés de Raúl Taborda, aparte de que es un delincuente chantajista?

-Tenés un gran placer en meterte con jodidos inescrupulosos. Ale, yo no puedo darte ningún informe de ese tipo. Está relacionado con algunos de la plana mayor de la Federal. Hoy la mano está jodida, muchos *batillos*, no sabés quién te mira o escucha, ni porqué. Mucha roña, demasiada pudrición, alchahuets en cada oficina: no, hermano, no soy un santo pero no tengo otro laburo y debo cuidar éste. Lo siento.

-Escuchame, sólo quiero saber si tiene prontuario... decime sólo eso.

-¿Qué ganás con saberlo? Sí, está prontuariado. Quiso extorsionar a un juez *bufarrón*, éste fue con el cuento a la dueña del diario donde trabajaba e hizo la denuncia en la Federal. Detuvieron a Taborda por 48 horas en averiguación de antecedentes. Le hicieron los dedos, foto de frente y de perfil, lo ficharon y no obstante tuvieron que largarlo: no había evidencias y tenía buenas *relaciones*. Tuvo otras detenciones pero siempre *libró*. Alguien de muy arriba intervenía y el pichón volaba. No me pidas datos ni fotocopias. No puedo, Ale, es mucho riesgo para mí.

Le agradecí, pagué las cervezas y me dediqué a caminar, un deporte gratuito que quema grasas. De allí me fui a visitar a Bermúdez. Desde la muerte de don Samuel había hecho buena amistad con el editor.

Subí los cuatro pisos. Llegué con la lengua violácea, chorreando cerveza y agua mineral por los poros, y además jadeaba como un galgo de carrera.

Me puse a charlar con el editor y le narré lo ocurrido con Taborda.

-Aspis, yo leo de todo. También la bazofia. Y ahora me habla de Taborda, de la prensa amarilla, chantaje y todas esas delicias del mundo moderno. ¿De qué se sorprende? Déjeme decirle algo Aspis...

-...no me sorprende, Bermúdez. Yo escribo notas que provocan algarabías, pero detrás de la algarabía hay una denuncia, los artículos detallan injusticias, desfalcos, inmoralidades, plagios: no es lo mismo.

-A eso me refería. ¿Se acuerda de la **UdeEF**? ¿O del plagio de Adrián Costera? ¿Y la crítica interesada del señor Pueyrredón? Todo es parte de la misma víscera corrompida: los consagrados censuran lo que no les gusta, un escritor de nombre copia un manuscrito que no es suyo, un supuesto comentarista literario le dedica una crítica malévola como venganza. ¿Sabe algo? Este es el bello planeta en el que vivimos.

-Lo sé, Bermúdez. No innovamos nada.

-Escúcheme: no escriba una crónica sobre la prensa amarilla... conságrese a Taborda y su pasquín. Denuncie qué subyace detrás de **Lo Que No Cuentan**. Con eso tiene un buen tema para hacer la nota. Las revistas o agencias se lo van a comprar, pero si ataca a toda la media usted se serrucha el piso. Hágame caso, no se ocupe de temas que ya están baqueteados. Innove, no vuelva a lo que otros escribieron.

Las palabras de Bermúdez terminaron de persuadirme. Yo pensaba igual.

Mabel había reanudado su trabajo en el Pasaje Barolo. Me fui caminando hasta las oficinas del abogado. El calor era como una masa plúmbea que se abatía sobre los caminantes y las gotas de sudor parecían pequeñas cataratas que empañaban las camisas, los calzoncillos y la mente.

Subí hasta el tercer piso y abrí la puerta: allí estaba, delgada, una blusita blanca, arreglada con sencillez, los ojos sorprendidos, la boca con media sonrisa, sosegada. *Mabel, ¿todo bien?* Me hizo una señal con los dedos. Una señal que aún estremecía mi corazón.

-Hola, piba, ¿cómo anda en su nuevo trabajo? ¿Algún contratiempo?

-Ale, vení, dame un beso, ¿quierés? Cómo te fue, contame.

-Todo bien, pero debo comenzar a trabajar en la nota. El Turco dijo que no puede ayudarme. Fui a visitar a Bermúdez, tuve una linda conversación con el editor -dije, mientras la besaba en la mejilla.

Sentí entonces la tibieza de su piel, una sensación que se había borrado en el último año y ahora retornaba, una agitación ausente en las entrañas, la imposibilidad de la caricia o el beso. Volvieron horas que parecían perdidas para siempre. Nada histórico: no fue el romance de María Waleska, la noble polaca, y Napoleón Bonaparte... Pero me conmoví. Y sentí una inmensa alegría.

-¿Sabés algo? Aquitapache me recibió como a una princesa oriental, me preparó un café, masas. Me emocionó... Después te cuento más, ahora andá a tu casa y empezá el artículo.

Regresé a la calle Venezuela. Frente al Congreso estaban los trabajadores del poder judicial con bombos y carteles reclamando reajustes de sueldos. Me bajé y fui caminando. El calor se desplomó sobre mi cuerpo. La gente transitaba a paso cansino, algunos con un pañuelo secándose el sudor, mujeres con blusas escotadas, los del poder judicial aturdían a los caminantes con solos de bombo y canto. Entre tanto, los bocinazos de los colectivos acompañaban el ritmo. Y los viajeros a puteada limpia.

Entré al bulín, me metí bajo la ducha mientras dos latas de cerveza se vaciaban en el garguero. Luego me senté a la mesa de la pc frente al monitor. Retraído, risueño, silencioso,

el vacío de la pantalla parecía penetrar en mi cabeza y descubrir mí vacío, la falta de ideas.

Todos los comienzos son bravos, pensé un poco desinflado. Más que ideas necesitaba datos fieles, evidencias. Iba a probar mi suerte al día siguiente.

Caballos de Troya

La memoria es un cementario, hijo,
dice el fugitivo con la voz lúgubre.
De todos modos me acuerdo...

Juan Marsé – *Rabos de lagartija*

Dos oficinas rancias, una dividida por una mampara moteada con una puerta mitad madera y mitad cristal opalino. Era la redacción de **Lo Que No Cuentan**. Una llamada telefónica me aseguró que el mafioso no se hallaba en la oficina. Contemplé a la muchacha no demasiado joven ni demasiado madura que, furiosa, estrujaba las teclas de una pc. Un par de ventiladores del siglo XX le echaban aire caliente. Golpeé sobre la puerta abierta; ella me observó del mismo modo que un elefante contempla a las hormigas.

–¿Puedo pasar?

–¿Quién es usted? –preguntó *miss simpatía*.

–Deseo comprar la colección de la revista –dije exaltado.

Me observó con curiosidad. Pensé que me iba a preguntar para qué iba tirar mi dinero en un pasquín amarillo. No fue así: levantó el culo de la silla, se dirigió a un armario mientras yo contemplaba su cuerpo maduro y bien formado, un vaquero que comprimía sus caderas, y sandalias negras.

–Tome los tres ejemplares y deme quince pesos, a cinco por cabeza –dijo mientras se rascaba el mentón.

–¿No tiene calor en este agujero? –me miró como a un arácnido desfachatado, se encogió de hombros y sonrió. Hasta parecía buena.

Arrebaté los libelos de sus manos mientras le daba un billete de veinte pesos. Adujo que no tenía cambio: *Venga, la invito a tomar algo fresco*, le dije con cara de ángel traspirado. Aceptó. Mi aspaviento fue magno.

Las oficinas del truhán de Taborda estaban en Diagonal Norte antes de llegar a Suipacha. Salimos y nos sentamos en el bar de Esmeralda y Diagonal. *Mucho gusto, mi nombre es Alejandro*, le dije. *Llámeme Mary* –respondió–, *y todavía ignoro si va a ser un gusto conocerlo*. No moví un solo músculo

de la cara. Jeta de póquer, sonrisa como telón de fondo y una pregunta:

-¿Qué vas a tomar, Mary? -dije tuteándola.

-Ya que sos tan amable, una copa de cerveza con espuma y maníes.

-Que sean dos -le pedí al mozo cara de moza (y era moza nomás...).

Comenzamos un coloquio interesante, la primera puntada del entuerto. La cara de Mary me resultaba familiar.

-¿Hace mucho que trabajás en la revista?

-Desde el comienzo, hace cuatro meses, ¿por qué preguntás?

-Te conozco, pero no sé de dónde.

-Yo sí... vos sos Ale Aspis. Cuando te convertiste en El Justiciero y expropiaste las carpetas de Adrián Costera cubrí para **El Crónico** la noticia. Fui a reportearme a Devoto pero no me dejaron pasar con el grabador. Aunque te vi: estuve con vos veinte minutos. Me consta que probaste que la novela que publicó era un plagio. Jajaja, qué planeta más diminuto, ¿no?

-Podrías llamarte *Mary Poppins*, pero ése no es tu nombre.

-Por cierto que no: me llamo Celia Ardanaz, mido un metro sesenta y cinco, divorciada, sin hijos y tengo un veneno en mi alma que sólo descargo garabateando notas ponzoñosas. ¿Algún dato más, Aspis?

-No, muchacha, es bastante. ¿No habrás sido vos la que escribió en el pasquín esa notita candorosa sobre Ale Aspis, *el cronista fascineroso*?

-Podés llamarlo el pasquín hediondo, si te causa placer. No, Aspis, ese honor se lo reservó Taborda para sí. ¿Qué es lo que buscás? ¿viniste a trompearlo, a romperle los dientes? No te lo recomiendo, es una lástima: van a meterte preso, tenés antecedentes.

La miré con curiosidad: *¿Qué querés que haga? ¿Qué lo proponga para el premio Nobel de la prensa?*

Ella me miró a los ojos. Con algo de interés y una sonrisa entre cínica y cándida...

–Aspis, me caés bien. Se comenta en el ambiente que has hecho notas de denuncia por monedas, que sos un ingenuo de la prensa, un caballero pasado de moda. Deberías vivir en un museo de antigüedades o en un monasterio. Tal vez vaya a tirarte una mano –continuó–, **Lo Que No Cuentan** es para mí un trabajito extra. Y este Taborda es un rufián. Lo voy a pensar, ¿sabés?

Celia Ardanaz prometió hacer algo. No le creí, pero me dio su teléfono. *No se te ocurra llamarme a la redacción. Este hijo de puta graba todas las conversaciones.* Le agradecí y ella, con una sonrisa de ofidio en misión de exterminio, dijo:

–Creéme que reventarlo me va a resultar muy placentero. Todavía no me pagó las notas de los tres números... y creo que nunca me las va a pagar. Chau, nos vemos.

Se fue caminando sin menear el trasero. Me alegró la novedad: era como haber metido un caballo de Troya femenino en la oficina de Raúl Taborda. Pero no estaba seguro. *Demasiado fácil –pensé–, muy cómodo; andá a cantarle a Gardel, Aspis.* Los pálpitos son pálpitos y las minas fáciles son cuentos de *Las mil y una noches*.

A la siete de la tarde esperé a Mabel a la entrada del Pasaje Barolo. Mientras caminábamos le comenté la conversación con la Celia Ardanaz. *No sé quién es esa persona, Ale, pero, mmm, cuidate,* sugirió.

El *cuidate* de Mabel resonó en mi cabeza como música dodecafónica, con luces, timbales y un silbato de referi de fútbol. Fuimos a cenar a un bolichito de Córdoba y la ex Canning. Y mientras la tortilla a la española y los raviolos de la casa desaparecían, me preguntó: *¿Le creíste a esa Celia?*

–Mabel, reconozco que a veces deliro, pero ser crédulo no es uno de mis defectos. La decisión de tirarme una cuerda fue muy rápida. Además, no le dije que quería escribir un artículo... *Tal vez vaya a darte una mano,* me dijo. Bueno, es como una partida de ajedrez: la próxima movida es de ella. ¿Sabés algo? No creo ni descreo, todo abierto.

-Llamala vos, mostrate ansioso, a ver qué te propone. Lo importante es que estés alerta. Ale... ¿sólo vos tomás vino? Echame medio vaso, no tiembles –me sonreí.

Fuimos a su casa. Todavía no había terminado de ordenar las cosas. Tomábamos café en tanto veíamos una película de Woody Allen, *Días de radio*. Nunca la había visto... No me podía sacar de la mente la charla con la Celia. Pasé la noche en Gascón y a la mañana fui a visitar a Bermúdez. Se iba convirtiendo en un rito... Por eso me acordé de don Samuel.

Estaba de buen ánimo y no me irritó subir las escaleras.

-Venga, Aspis, vamos a tomar un café,: está por llegar Toña y con este tiempo caluroso se pone insoportable –explicó Bermúdez.

Le conté la conversación con Celia Ardanaz. *Es una mujer muy capaz pero amargada*. Comentó que era una excelente periodista y hacía algunos años había publicado un libro con sus notas culturales y reportajes.

-Aspis, baje a la tierra –adujo–, esa conversación no fue parte de una conspiración. Ella no lo enganchó: usted fue el que apareció por la redacción. No pienso que lo quiera perjudicar ex profeso, aunque uno no sabe nada del prójimo. Vaya con cuidado, Aspis. Ahora lo dejo porque tengo que terminar un trabajo, pero desearía conversar con usted sobre una idea, un proyecto nebuloso aún... Chau, que pase bien.

Me fui caminando por la Avenida de Mayo hacia Perú. Entré en la London para ir al baño. Al salir vi a un tipo sentado que me miraba con insistencia. Me acerqué y el tipo se sonrió: *¿No te acordás de mí, Ale?* Lo miré con detenimiento: *No, ¿con franqueza? No, no me acuerdo...*

Pensé en residentes de los pabellones de Devoto, descarté el Borda, o gente de Tribunales, amigos o cumpas del pasado político. Nada, los sesos hibernados, la mente sellada.

-Soy Osvaldo Rolón, el *Peluca*... ¿no te acordás?

La película retrocede, se repliega velozmente, corta caminos, rutas, años, personas, evocaciones. Fugacidad.

Muertos queridos, ayer. Como un abrupto cerrar de ojos, un giro caleidoscópico al pasado... La niñez. Las casas de Caballito, impasibles. Calladas. Taitantos años, la pucha. Tantos. Un mojón tras otro. Todo fue como una exhalación. Un sueño efímero. No quedó nada. Sólo Osvaldo Rolón, el "Peluca". Y Ale Aspis, el "Ruso".

Cavilaba y no salía de mi asombro: Sentate, Ale, me dijo. La voz desconocida del adulto. Y regresa como marea alta la imagen del Peluca, la melena pródiga partida al medio, la voz de pibe como un estremecer lejano, el andar desmañado. Teníamos seis años. La madre robusta. El padre un fideo, jefe del correo. Los dos hermanos, Fito y Dardo, siempre trajeados, con el funyi requintado. Porota, la hermana mayor. Caballito, la niñez. Figueroa 1234, los Rolón en el derpa 2º y los Aspis en el 4º.

Hablamos sin parar, rememoramos. Cuando ya no quedó recuerdo sin recordar, amigos sin evocar, guerras de barrio sin mencionar, imágenes de nuestros viejos sin escarbar y tantas anécdotas rescatadas de la desmemoria, callamos. Me despedí, nos abrazamos. En realidad no fue un abrazo. Era el disimulo de las lágrimas. Lágrimas que no cuestionaban nuestra hombría... «La memoria es un cementerio, hijo, dice el fugitivo con la voz lúgubre. De todos modos me acuerdo...» (Rabos de Lagartija, Juan Marsé).

Algo me impedía regresar a los temas cotidianos. Celia Ardanaz, Raúl Taborda y los amarillos deberían esperar... Sin falta volvería a ellos.

Lo que llamamos «civilización»

No es un mundo muy fragante,
pero es el mundo en que vivimos.

Raymond Chandler

El Peluca... Un reencuentro inolvidable. Pura nostalgia. La sensación de tantas cosas sin hacer, cuentas sin cerrar, evocaciones de la niñez, la imagen de los padres aún vivos y mi cerrazón, el yo introvertido. El hogar según las normas de los viejos, o la ciudad y las calles cosmopolitas, dos fuerzas centrípetas que acorralaron mi infancia y me obligaron a descifrar el dilema, a elegir (y por esta elección, sin saberlo, a desgarrarme muchos años después). A preferir la lengua de la calle, los juegos a cielo abierto sobre el empedrado, los amigos purretes de ese cosmos rioplatense que me dejó su impronta. Y la casa de los viejos que fue, desde entonces, el nido de paso, el refugio obligado y último, la cuna del origen y el espacio, la protección contra las acechanzas *de la urbe*, y sus riesgos. Eran un poco los actores de reparto. Pobres viejos...

La obsesión anticolesterol estimuló mis ansias de caminar desde la *London* hasta Independencia y Carlos Calvo. Me fui caminando por Perú hacia el sur... hacia el San Telmo reciclado para los turistas, los acaudalados, los melancólicos de un ayer sepulto en el camposanto de Buenos Aires siglo XX problemático y febril (*Todo es igual, nada es mejor...*). Era el mediodía de un febrero con talante volcánico. Visitantes sacando fotos resaltaban en las calles: alemanes, tanos llegados de la *bota*, cordobeses, mendocinos, brasileños. Doblé por Venezuela y al llegar a Piedras giré a la izquierda, hacia Independencia. Reaparecieron, porfiados, los retratitos de Tabor, la Celia. Y el color amarillo.

La gorra negra protegió mi cabeza; y el sudor que la bañaba parecía agua a punto para el mate. Entré a la fonda de Lupo, en Carlos Calvo, pedí dos chorizos (para compensar la baja de lípidos), una ensalada, medio de tinto, una soda. El aire fresco del ventilador de techo venía con el menú.

Mientras la grasita se deslizaba por la garganta y el vino aglomeraba mis ideas, contemplé la fachada semiderruida del viejo edificio y la reja vetusta que percibía a través de la ventana,.

Se me ocurrió una idea y le pedí al dueño que me permitiese hablar por teléfono: *¿Valenzuela? Escuchame, pibe, ¿podés conseguirme copia de la carta que Taborda le mandó al juez?...No, no está en la carpeta... haceme una copia...¿Por tu casa o la redacción? Chau.*

El postre vigilante seguía imponiéndose al flan con dulce de leche; el vino despertó mis neuronas y me hallaba listo para caminar hasta el bulín. Eran las tres de la tarde y pensaba tirarme sobre la catrera. Llegué, pero el aparato blanco y la botonera con luces rojas y verdes comenzó a chillar.

-¡Hooooo!...

-¿Ale?...

-Sí Valenzuela iqué se te ofrece! ¿No hablamos ya?

-No te encabrités, Ale, la dama no me autoriza a darte una copia y no quería que vengas al pedo, chau...

Tiré el teléfono a la mierda. Otra vez en cero total.

El cotín me pareció maravilloso, el ventilador me echaba una brisa maravillosa, mi estado de ánimo era maravilloso, pero si pudiese agarrar al Taborda ese del pescuezo, maravillosamente, la cara se le pondría azul y la lengua colgaría como una maravillosa morcilla ensortijada.

Me desperté una hora después. En lugar de mate me mandé un sifón entero. Helado. Le di cuerda a la mente e hice lo que no había hecho hasta ese día: examinar lo que tenía (nada) y pensar en lo que faltaba (todo).

Otra vez el teléfono: cuando me disponía a pegar dos alaridos oí la voz de Mabel. Esta piba me descascarilló la bronca. Prometió venir a visitarme.

Otro llamado interrumpió mi paz.

-¿Aspis? -la voz de Celia Ardanaz se oyó clara y feliz.

-En qué me podés ayudar...

-Aspis, sos un grosero. No tengo ningún compromiso con vos.

-Bueno, Celia, chau entonces, hasta pronto.
-¿Por qué sos tan guaso, eh?
-Tenés razón, disculpame. La bronca no es con vos.
¿Qué contás?
-Querido, cuando yo me rechiflo soy jodida...
Escuchame, tengo algo muy interesante para vos.
-No te enchinches, fue una bromita para relajarnos.
Decime...
-Sólo personalmente, Aspis: las paredes escuchan y los teléfonos no son de confiar. Y de paso, leé con atención la colección que compraste por tan sólo quince pesos.
-¿Sabés algo, Celia? Tenía un gran amigo que siempre me pedía que acercara mi oreja a sus labios porque *las paredes escuchan, Aspis*, decía. ¿En el mismo bar de la vez pasada? Muy bien, mañana a las once. Chau y gracias por llamar.

Mabel llegó a las seis de la tarde. *Hoy me dio asueto el jefe.*

Le conté las novedades.

-Ale, esa Celia quiere darte una pista. No te lo dijo de balde.

-Quedate a comer, Mabel. Ya compré algunas vituallas: ÷tallarines a la manteca o aglio olio? Cenemos en casa y así aprovecho para leer más a fondo las revistas. El resto lo haré mañana. Cenamos. Mabel me confesó que su estado de ánimo iba mejorando al correr de los días. *Haber recuperado el trabajo y sobre todo la vivienda, me han hecho mucho bien.* Brindamos por el reencuentro mientras la fuente de espaguetis se esfumaba y la botella de *Santa Ana* pasó al estado de vaciedad total.

Comencé a leer las revistas **Lo Que No Cuentan** con tirria a la enésima potencia. Consideraba más interesante contemplar las peripecias acrobáticas de un par de moscas.

Recorriendo las páginas encontré la columna de *Apostillas* (una columna de *Buenas* y otra de *Malas*). En ésta última me llamó la atención una notita: *Estimado lector, cuando vaya de compras a los Supermercados Ofertas*

Gigantes, en la sucursal de Vicente López, use los lentes, preste atención a la mugre, y cuidado con la prepotencia de las empleadas y las cajeras, si protesta le puede dar un infarto. La mugre del estacionamiento le causará náuseas o se contagiará la gripe aviar.

Ese brulote apareció en el primer número. Seguí leyendo y vi otras galanterías aunque no tan brutales. En el tercer número encontré en la contratapa un aviso a todo color de **Supermercados Ofertas Gigantes**, y en páginas interiores un reportaje al gerente, Naum Goldstraij.

Naum Goldstraij... Goldstraij. La memoria me llevó a un antiguo caso que hizo primeras planas, una mezcla de actividades al margen de la ley, prostitución, juego ilegal, orgías, drogadicción, institutos de masajes, chantaje a homosexuales. Pan de todos los días. Para los mafiosos la vida humana no valía –no vale– un cobre. Naum Goldstraij: no estaba seguro. Aunque... Vino a mi memoria una frase de Chandler: *No es gracioso que un hombre sea asesinado, pero a veces resulta gracioso que lo asesinen por tan poca cosa.* El Goldstraij estuvo implicado en alguna trifulca de pandillas. Estaba más que seguro.

Es inútil: hubiese tenido que nacer en la selva africana o ser un dromedario. Nadie mandó a mis viejos echar anclas en Buenos Aires: me hubieran evitado embriagarme con la música de tango y vivir en Caballito, chupar mate y darle al asado y las achuras, tomar tinto y apagar la sed con un par de ginebras. Recordé que no soy el Charles Atlas del periodismo, y sin embargo muchas veces me complico. Terminé el discurso y me aplaudí. Seguí buscando e hice marcas en algunas notas; antes de ir a acostarme concluí la lectura. Terminé asqueado, con una sonrisa rencorosa y ganas de reventar a Taborda. Había encontrado otras perlas y me fui a dormir. Mabel lo había hecho un rato antes.... Puse la cabeza sobre la almohada y apagué el velador. Soñé con la cara de Taborda punzada por pocitos negros y un ballet de gusanos danzando una polonesa de Chopin alrededor de su garganta.

El cebo del pescador

El que no llora no mama
y el que no afana es un gil.
Enrique Santos Discépolo

El aguacero trajo una brisa fresca. A las ocho y media de esa mañana de verano estaba tomando un cortado y una de grasa frente al Supermercado Ofertas Gigantes de Vicente López. La lluvia se murió de pobre y yo entré al lugar. Le pregunté a una *reponedora* dónde estaba la oficina del gerente. Me indicó. Cuando decidió sonreírse, sus dientes delanteros me recordaron a un caimán melancólico.

La puerta de la oficina estaba entornada; Naum Goldstraj se hallaba comiendo una flauta rellena con jamón y queso cuando vio asomar mi cabeza. El mordisco le quedó cuajado en la boca, y, con voz engominada me dijo, como detrás de una máscara de engrudo:

–¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

–Señor Goldstraj, quiero hablar con usted. Soy periodista –le mostré el carnet– ¿Me permite una pregunta?

–Usted ha entrado sin permiso a mi oficina, no tiene derecho, señor.

–Escucheme, Goldstraj, vine a comprobar por mí mismo si la mugre del estacionamiento me va a dar náuseas o si me puedo agarrar la gripe aviar. Lo único que no hice fue contratar un seguro de salud...

–¿Quién es usted y qué quiere, señor...

–Aspis, me llamo Ale Aspis. Quiero saber cómo logró chantajearlo Taborda. ¿Me lo puede decir?

–¿Cómo llegó a mí, señor Aspis...? –insistió.

–Es mi trabajo. No tengo nada contra usted. Tengo en la mira a Raúl Taborda, el tipo que quiso perjudicarlo con una nota de su pasquín.

–No sé de qué me habla. El señor Taborda publicó una nota muy desagradable, es cierto. Fui a protestarle, tuve una discusión pero de alguna manera tenía razón. Y se terminó el problema.

-Escúcheme, necesito su ayuda. En otra época usted ayudaba...

-Si necesita ayuda búsquela en otra parte. Y ahora váyase, tengo mucho trabajo.

El sánguche de jamón y queso languidecía sobre el escritorio. El color de la cara del tipo había mejorado. Le pregunté si podía invitarme a tomar un café. El tipo ni me contestó. Miré la hora: a las once tenía que encontrarme con Celia. Debía apurarme.

-Escúcheme -insistí- ¿Taborda le mandó alguna carta, algún mensaje antes de aparecer en su vida? ¿Y por qué puso un aviso a todo color?

-Aspis, no pierda su tiempo y no me haga perder la paciencia: no tengo nada que ver con Taborda.

Este tipo es un farsante -pensé-, me quiere vender un globo... algo no funciona. ¡Qué chitrulo barato! O qué mafioso.

-Escúcheme, no soy cura ni rabino, no me tienta salvar su alma, sé quién es usted, o lo que fue... mi objetivo es otro...

-Señor Aspis, yo puse el aviso por mi propia voluntad. No sé qué fantasías se le metieron en la cabeza, pero a mí déjeme tranquilo.

La ira que despedían sus ojos contrastaba con la flema de su porte. Prototipo de la sagrada familia...

Me despedí del tipo y disparé para el centro. La visita me aclaró bastante el panorama... *Yo puse el aviso por mi propia voluntad*, me dijo. Yo lo mencioné al pasar. Matufia 100x100. Un tipo con las agallas del *polaco no se amoscaría* por un chantajista. Habían comenzado a aclararse las dudas. Donde hubo fuego...

Llegué al bar de Diagonal y Esmeralda cuando el sol había eliminado los rastros del aguacero. Hacía calor; la gorra negra y los lentes oscuros resaltaban como una escafandra sicodélica. Parecía un personaje de Saturno recién aterrizado en el Aeroparque.

Celia no estaba o mis ojos habían perdido su agudeza. La descubrí sentada en la parte de atrás del bar, camino del mingitorio. Me quité los lentes y allí estaba... Acercó la mejilla

con aroma a pancake, la besé sin pasión y me senté. Nos miramos...

-¿Qué te batís, Celia? ¿Tomás cerveza...? ¡Que sean dos, mozo!

-Aspis, tengo una buena noticia para vos.

-¿Ah sí? A ver, decime.

-Taborda me echó del laburo y no me pagó ni un peso.

-¿Cuál es la buena noticia? Contame porqué te echó.

-Muy sencillo: ya consiguió lo que buscaba. No necesita la revista, no me necesita a mí. Tampoco le pagó al impresor y creo que deja la oficina.

Celia Ardanaz... ¡qué personaje de sainete! -discurrí mientras la miraba-: sus ojos no echaban chispas ni me miró con ojos húmedos y tristeza... Ni una cosa ni la otra.

Me contempló con una alegría felina. Y en tono de seductora, dijo:

-Desearía reventarlo como a un granito de acné, o mejor dos y tres juntos, apretarle el cuerpo con un rodillo gigante, con toda mi fuerza, sabés, y mirar cuando revienta... igual que cuando estalla un obús. Eso quisiera con todas mis ganas, Aspis, ¡te lo juro!

-Celia, estás en un éxtasis de bronca -dije admirado. Eché el vaso de cerveza helada a mi garguero-. ¿Y qué pensás hacer?

-Nada. Vos vas a hacer... Vos lo querés liquidar. Yo trabajo en una agencia de publicidad, no tengo contactos ni tengo ganas de escribir nada. Me gano el mango como puedo, Aspis.

-Está bien. Lo pensaba hacer de todos modos. Quedate tranquilo, el insecto no va a ir muy lejos.

-Aquí tenés algunas evidencias, Aspis -me alargó unos sobres.

-¿Cómo conseguiste estas cosas, Celia?

-Ayer de mañana pasó por la oficina. Vino con un maletín, lo dejó sobre una silla y se fue a una entrevista. La tentación fue muy grande, corrí el cierre, miré adentro y encontré las cosas que te estoy pasando. Otros documentos estaban en la caja fuerte pero no me animé, aunque con esto

hay bastante para desangrarlo. No quería que me sorprendiera. Sé que no es todo ni lo más importante. Tengo el palpito de que está por cerrar, en la oficina ya no hay ninguna actividad. ¿Sabés lo que pienso? Que la revista fue un cebo y ahora no la necesita. Regresó al mediodía y me anunció que no me necesitaba más... Chau y suerte, Aspis. Cuando quieras, hablame.

Me fui tarareando *Flaca, fané y descangayada...* Tenía un cuadro de la situación algo más completo... *Taborda, Naum Goldstraj, oficina para tres números, cagador profesional, chantajista probo y veterano de la prensa amarilla. Un dúo explosivo*, pensé jubiloso.

Agarré por Esmeralda hasta la Avenida de Mayo. Al cruzar Rivadavia le eché una miradita al edificio donde estuvo COGTAL, la cooperativa gráfica, y volvieron a mí los olores plomicientes de las linotipos (dinosaurios de la impresión), el aroma de la tinta y el papel, las figuras de *Mon y Fernández* con sus guardapolvos grises, las noches de viernes en las que después del cine y la hartada del tuco pesto, el bife de chorizo y la ensalada de radichón y poroto en Pipo, iba a controlar la impresión de una de las revistas de don Samuel. Bajaba las escaleras y la cara hostil de Mon me recibía con un *Para qué viene a molestar un viernes a trastroche, todo está bien... y si descubre una línea viuda, jódase: hubiese venido a la tarde*. Su gentileza me aturdiría de bienestar

Crucé Rivadavia. Quedaron atrás aquellos tiempos encadenados a recuerdos inservibles, nostalgias deterioradas por el progreso y la técnica que tiran las antiguas artesanías a un basural de evocaciones. Todo al museo de ancianidades, a estantes y espacios recubiertos de naftalina. *El periodismo ha progresado* –meditaba andante con moto–, *cuanto más roñoso e hipócrita, más popular*. Legítimo evocar, y más legítimo es echarle una capa espesa de alquitrán. Es lo que hice.

Entré al Pasaje Barolo y en el tercer piso abrí la puerta de la oficina. Mabel ni levantó la cabeza. Un tipo con traje y expresión de ave negra le exigía unos documentos y ella,

formal y terca, le decía: *Usted debió avisarme, no los tengo a mano y el doctor Aquitapache espera unos escritos en Tribunales. Y es lo que estoy haciendo... Él me paga el sueldo, ¿entiende? Venga a la tarde.* Me sonreí; mientras ella discutía la invité a almorzar, y el tipo se mordió la vesícula. Presumo.

Dos costillas al grill, ensalada y fritas, dos vasos de tinto, una casatta para Mabel y un café doble sellaron el almuerzo. Le conté lo ocurrido esa mañana y la charla con Celia Ardanaz.

–Voy a preparar la nota, Mabel, todavía ni sé cómo la voy a encarar pero me voy a tomar dos o tres vasos de pinal con fernet, bien amarguitos.

–¿Para qué, Ale? Te va a dar sueño.

–También me va a brindar una triple dosis de ácido, ácido muriático mezclado con un diez por ciento de soda cáustica. Jejeje, ¿no te parece?

–Ale, ¿a vos te falta causticidad? No me hagás reír.

Mabel se fue a la oficina y yo retorné a Venezuela. Una pava para mate, el ventilador de techo, un pantaloncito corto tono rojo rabioso, un CD con las voces de Alberto Morán y Roberto Chanel y el piano de don Osvaldo. El escenario preparado. Llené un vaso con las bebidas, un chorro de soda, prendí la compu y me senté. Tomaba el mate amargo y un sorbo del pinal-fernet. Áspero, refrescante, vidrioso.

Leí los materiales: el imbécil de Taborda prepeaba derecho viejo a los tipos que amenazaba con el chantaje. Entendí que no tenía nada que investigar. El tipo se sentía seguro, protegido por amigotes de la cana y confidentes policiales que le soplaban secretitos de viejos amorales, pedófilos, corruptores de menores y parejas de lesbianas que ocultaban su relación por temor a perder el trabajo, o escuchar los sermones de la familia. Era el cuadro hipócrita de la sociedad que supura vicios y los encierra en cápsulas herméticas pintadas de colores mates.

Los angelitos del engaño

¡Qué falta de respeto,
que atropello a la razón!
¡Cualquiera es un señor!
¡Cualquiera es un ladrón!

Discepolín

Temperatura, 33º, ST, 38º. Un verde, un aperitivo cargado; un verde, un aperitivo cargado. Traspairo; uno y uno sin pausa; y *Ale no para de teclear*. Esta es una descripción monótona. Afuera se escuchan bocinas en todas las claves, frenadas, chirridos, aceleraciones de los colectiveros. Un cuadro del infierno del Dante: calor infernal, gente satánica, y yo no respeto nada. Lo acribillo. Lo exhibo desnudo. Taborda, apoderado de Mefistófeles. Aunque hay otros.

Este señor Raúl Taborda borda infamias con manecillas cibernéticas y cerebro de reptil –borroneaba–, se pasea por las albañales del submundo del hampa; interroga con cara de ingenuo, fotografía en las penumbras, escucha desde conexiones clandestinas, coimea en las tinieblas de los miserables y los necesitados, amenaza, apalea, atemoriza, emplea a bastardos de la federal o la bonaerense para que satisfagan sus mandados... por un puñado de monedas manchadas de chantaje y pavura.

*Taborda es un periodista amarillo, un minúsculo embaucador disfrazado de reportero. Tres números de una pasquinada cuyo nombre, **Lo que no cuentan**, es la cara jovial de un retrete mugriento.*

Veamos algunas de sus proezas más sórdidas:

Fingida extorsión a uno de los dueños de un súper de San Isidro, parte de una cadena en la zona norte del Gran Buenos Aires... La carnada que amedrenta a los candidatos al chantaje y que, sin duda, resulta ser su socio en la sombra. O quizás el cerebro, el programador de las extorsiones. El señor Naum, no olvidar, fue tesorero de un grupo de mafiosos.

Protección «periodística» a pequeños comercios de barrio so pena de publicar notas denunciando infracciones apócrifas, a saber: falta de higiene del lugar, sobreprecios, etc., con fotos trucadas que probarían la denuncia.

El mismo sistema empleado contra pizzerías, heladerías y restaurantes de categoría situados en la misma zona.

Profesionales, artistas, músicos y jugadores de fútbol sorprendidos comprando droga, fotografiados en el momento de los hechos. Además, curas y obispos corruptos que se esmeran en pervertir a monaguillos, o a jovencitas que vienen al confesionario a revelar sus pecadillos manuales y a las que luego adiestran en el arte de rezar diez padres nuestros, desnudas y castas.

Aunque sospeché la clave durante los finteos con el ex mafioso, al final mi amigo cana, Amet, confirmó mis primeras conjeturas: los dos laburaban juntos... ¡Naum Goldstraij era el cebo del camelo!

La nota ponía acento en los casos de gente sin carácter, que le paga a Taborda (y al socio invisible, o el verdadero cerebro de la operación, Goldstraij) una suma mensual para evitar la publicidad, calibradas según la cara de cada víctima. Tenía los mensajes originales, fotos y un par de CD que me dio la Ardanaz, elementos con los que chantajeaba a sus víctimas.

Trabajé hasta la medianoche. Mabel me llamó por teléfono cerca de las diez:

–¿Cómo va, Ale?

–Bien Mabel, no sé si soy yo o los vasos de aperitivo, pero el trabajo avanza sin parar. Mañana te cuento si terminé la nota, o el aperitivo terminó conmigo. No te preocupes, todo va a andar bien. Chau.

Pulé el artículo y, previa doble copia de todos los escritos, los metí en un sobre. Los originales los puse en otro sobre que mandaría a la casilla de Mabel...

A la mañana siguiente fui caminando a la redacción del diario. Valenzuela me tramitó una entrevista con la anciana dama. Esperé más de tres cuartos de hora hasta que me hizo pasar la secretaria, una esfinge flaca tres cuartos de cogote, de sonrisa trivial y estudiada.

–¿Usted es Aspis? Lo hacía más joven. Siéntese –indicó con un gruñido–. A ver, deme la nota... Y las pruebas: sin pruebas no hay nota.

Abrió el sobre; con mirada de cuerva leyó el artículo, pausada, deteniéndose a veces con inescrutable cara de piedra caliza. Extrajo de otro sobre cartas, copias de cheques, negativos y fotos. Todo estaba clasificado y cada número de prueba correspondía a las notas al pie de las páginas. Contempló con escrupulosidad cada segmento, leía, comparaba. Sólo una vez me miró de costeleta. Una mirada moscovita de 35º bajo cero.

Por fin, dejó todo el material sobre su escritorio, echada hacia el respaldo de la butaca de cuero mate, me miró como una leoparda relojea a una gacela y dijo, sin subir el tono de voz:

–Señor Aspis, esta nota es cruel, pero los datos parecen fidedignos. Conuerdo con usted: Raúl Taborda es un tipo perverso. Pero ha cargado un poco las tintas, lo ha metido en el cepo, hay animosidad inocultable en su escrito, como si fuese un asunto personal–. Quedó callada; la dama parecía vislumbrar fantasías que sobrevolaban por su mente. Y yo miraba a través del ventanal: *Ventanal más espacioso que el misérrimo departamento que me sirve de refugio*, suspiré.

–¿No lo acepta, entonces, señora? Lo siento.

–¿Quién le dijo que no lo acepto? Lo voy a publicar, y con su nombre. Voy a pagarle el artículo aunque me impresiona como un ajuste de cuentas. Pero a mí no me interesa. Ah, me saca todas esas palabrotas. Deje todo el material. En la redacción van a diagramar y decidir qué fotos y elementos gráficos van a publicar con el artículo. En los primeros días de marzo pase por tesorería a cobrar sus honorarios. Ignoro si ha sido un placer recibirlo en persona, señor Aspis. Pero cumplió su parte. Gracias.

Me extendió una mano afinada, decaída. Sólo piel y venas verdosas.

Valenzuela me esperaba a pocos metros de la oficina. Se acercó, ojeroso e impaciente:

–Aspis, esperaba escuchar los gritos: los de ella, los tuyos. ¡Qué gran decepción! ¿Qué pasó? ¿todo bien? –Me sonreí.

–Flaco, esta jovata es una oli-garca de clase. Hasta creo que la impresioné bien. Bah, me interesa tres carajos... Lo que cuenta es que me paga dos lucas por el laburo. Che, gracias por la mano que me diste. Te debo un almuerzo. Chau, Valenzuela (*todavía se lo debo...*).

Salí del lugar y me creí libre, alegre, la tensión disipada. Era como una dulce despedida. Me sentía agotado por el desafío: considerarme un periodista libre cuando era una pulga que reta al gorila King Kong. Quimeras: ni siquiera la ilusión de ser un gran cronista de la época.

Nunca antes había sentido tanta aversión por la prensa. Hacía calor, no sabía si me pesaban los años, o era un desgano existencial.

El reposo del torero

De pronto recordé que había soñado con eso: un laberinto asfixiante en el que por más que caminara siempre estaba en el mismo lugar.

Una sombra ya pronto serás
Oswaldo Soriano

Mabel me telefoneó a las ocho y cinco, apenas entró a la oficina. *Publicaron tu nota, Ale, con algunas de las fotos y comentarios. Se va a armar, ¿no? Chau, que tengas un lindo día.* Era la mañana del 1º de marzo, y la tirada contra Taborda apareció íntegra en el **Trombón**, página central.

Así comenzó mi día, con la sorpresa sin sorpresa. Quince minutos más tarde recibí otro llamado, esta vez era Bermúdez: *Aspis, usted siempre tiene la virtud de despertar a los finados. Supuse que no iba a escribir ese artículo, hay muchos intereses de por medio. Lo hizo y lo felicito. Flor de manito le dieron dos mujeres... Celia y la Dama, ¿se le había ocurrido?*

Mientras lo escuchaba me sonreía. No, no se me había ocurrido. Me invitó a ir a visitarlo. Un taxi me dejó en la puerta de las oficinas (nunca viajo en el 205). Y la vía crucis hasta el cuarto piso. Menos mal que había largado el cigarrillo, aunque...

-Buen día, Bermúdez, ¿usted no piensa cambiar de edificio? Es el colmo, sólo gente joven puede trepar cuatro pisos.

-No exagere, Aspis. Pero sí... me mudo a una oficina que alquilan en Diagonal Norte en el 651. Con ascensor, por supuesto. Pero voy a romper la tradición: es en el séptimo piso. En una época don Samuel tuvo allí sus oficinas. Fíjese qué casualidad, la oficina 128, al lado de la que ocupó él.

-Me alegro Bermúdez, yo conocí esa oficina de dos ambientes. Escuche, usted me dijo la última vez que quería hablar conmigo. Pero antes deseo hacerle una confesión: siempre sentí que era un periodista responsable, no me

importaba si lo que escribía tenía ribetes de sensacionalismo. Se trataba de asuntos serios y lo sensacional era el tema de por sí. Ahora me cansé, Bermúdez. Me cansé de andar entre la basura. Las revistas y los diarios se parecen a la quema, allí van a parar todas las mugres escritas para hacer dinero a carradas. Ahora lo escucho, dígame.

—¿Qué le agarró, Aspís? ¿Está por tirar la toalla, renunciar a su trabajo, dedicarse a vender sábanas a domicilio? ¿Dejar a tipos como Taborda adueñarse del cerebro de la gente? No lo veo retirado, no le creo capaz de un acto así.

—A esos medios les importa un corno las humillaciones que sufre la gente, la exhiben sin pudor. No respetan nada, nada en absoluto: sangre en primer plano, cuerpos hechos puré, pibes drogados, mujeres y chicos maltratados.

—De todos modos voy a hacerle la proposición. ¿Se acuerda del proyecto de don Samuel, la revista para empresarios con una sección cultural y literaria? Tengo un amigo que pone plata y me preguntó si conozco a un periodista y escritor apto para dirigir la sección.

Casi no lo había escuchado. Bermúdez me miraba con la vista perdida. Seguro que piensa: *Este Aspís... lo veo detrás de una cortina de bambú, cerca mío y a años luz de mis palabras. Está asqueado del entorno, agotado y apaleado por la realidad. No se siente vivificado ni halagado. Se considera un microbio, las notas que escribió le parecen ahora frases flotando en un recinto hermético y él, Aspís el ser humano, se ve como la imagen de un toro bravío desafiando al matador, la espada del torero despedazándolo mientras la multitud, regocijada, brama disfrutando con los despojos del toro agonizante. Ésa debe ser la sensación que lo envuelve, la del periodista que no desea someterse pero a quien la realidad aporrea sin misericordia, burlándose del gladiador con sus ambiciones quebradas y el arrojo en cuarentena. Tipo poco común y pródigo. Y aunque camina y camina, a él le parece que siempre está en el mismo lugar.*

Reinaba el silencio, el editor parecía estar en un letargo.

-Mire, Bermúdez, no soy de tirar la toalla. Desde pibe aprendí a no darme por vencido, pero cuando la realidad es como un camión de diez toneladas que le pasa por encima y usted sale indemne, tiene que pensar que la próxima puede ser fatal. Mucho baqueteo, estrés, contrariedades, ¿y sabe algo? Me veo solo, remontando la corriente contra los intereses creados, los avisadores, las listas negras, los dedos que me señalan, los alcahuetes y las murmuraciones malignas para joderme. Le confieso que estoy cansado... *(Un tipo como Aspís es una calamidad –pienso–, tiene buen corazón, es solidario, pero dice y escribe lo que no se debe. Es inoportuno. En esta sociedad –y en todo el planeta–, decir la verdad es meterse con los dueños del mundo. ¿O no?)*.

-Aspís, ¿porqué no se toma un descanso? Al margen de lo que le ofrecí, aléjese del mundo de prensa, disfrute de la vida. Mire, necesito un corrector literario para los libros que edito, ¿no me haría la gauchada? Le pagaría, por supuesto. Puede hacer el trabajo en su casa, en el parque Lezama, en el Colón o en la Casa Rosada, si le place. ¿Qué me dice?

-Asómbrese, Bermúdez, acepto, pero mire que soy un hachador... Me gusta la idea de descansar trabajando, bajarles el copete a los *otros*. Jejeje...

La publicación de la nota no mejoró mi ánimo. Sabía que a la postre el caso terminaría con una investigación anémica. Van a contratar a un abogado penalista ducho en asuntos donde hay involucrados mafiosos, moviendo hilos y pagándole coimas a los botones y jueces, pruebas que se hacen humo, testigos que sufren de amnesia o les agarra un súbito alzheimer. Y en tres meses reaparecerá **Lo que no cuentan** con otro nombre, nuevos giles seguirán cayendo en las celadas de Taborda y Godstraij *(y Ale Aspís va a empinar un par de copas de vodka mientras Mabel le regañará y entonces él va a putear contra el universo, los yanquis y los chorros)*.

Fui caminando por la Avenida de Mayo. En la ochava de Tacuarí vi a pibes que regresaban de la escuela y me dio ganas de jugar al rango, al vigiladrón, o un partido de cabeza a

cabeza con la pelota de veinte guitas. Desgraciadas nostalgias... ¡Mundo de ladrones!

Mabel estaba ocupada en la computadora tecleando como Chaplín en *Tiempos Modernos*. Era un día caluroso y húmedo, nada novedoso.

-¡Ale, estás rojo como un camarón! ¡Con este sol te vas a insolar!

-Mabel, ando medio chifle. Son las once, ¿vamos a tomar un cortadito, o una cervecita? -el ceño fruncido me dio la respuesta.

-Ale, tengo que terminar este documento sin falta. ¿Me esperarás en el café de la esquina? Una media horita...

Estuve de acuerdo y me fui a despuntar el tiempo. La cerveza fría, y un pensamiento repentino me obligó a llamar al editor.

-Bermúdez, qué tal... Sí, estoy bien. El asunto de la revista que me propuso me preocupa. Lo pensé mejor. No malgasten la guita, muchos ejecutivos sólo leen literatura *best seller*, no a todos les interesa invertir tiempo en libros serios: van a tirar la plata a la basura.

-¿Porqué se le ocurre eso, Aspis?

-Escúcheme, esos tipos se dedican a negocios, a estar al día con la bolsa y la cotización de las monedas, a entrevistas y reuniones, a comer ensaladas de algas del Caribe, ir a los gimnasios, practicar sexo según la última edición del Kama Sutra. Para esa gente los libros serios son lomos expuestos en bibliotecas de cedro con puertas de cristal, donde jamás entra polvo porque nunca las abren. Pero tengo una idea, ¿le interesa oírla?

-A ver, dígame, qué nueva cosa se le ha ocurrido...

-Usted edita libros a la bartola, pero no lo hace como editorial sino como un editor cualunquero, ¿es cierto? Bueno, póngale nombre, hágase un lindo logo y edite una colección de reediciones. Y los que le lleven libros para publicar que lo hagan con su auspicio. Usted es conocido, tiene relaciones, pruebe: ¿qué puede perder? ¿un logo?

-Aspis, déjeme pensarlo. ¿Pero usted que haría en la empresa?

-¿Yo? Nada, Bermúdez, le doy la idea, y si le parece úsela.

-¿Sabe, Aspis? Es posible... Ahora que barrieron con tantas editoriales del país tal vez sea negocio editar lo que a los españoles no les interesa. Voy a pensarlo.

-Reflexione, Bermúdez, haga números. Y no olvide los riesgos. Chau.

Apareció Mabel, pidió un té de menta y me miró.

-¿Y a vos qué te pasa? Tenés cara de guerrero cansado.

-Sí, cansado, podrido de escribir, hacer periodismo de denuncia, ni yo me la creo, ¿sabés? Todo corrompido, relajado.

Le conté mis pensamientos lúgubres, el desánimo, el deseo de cambiar de aire. Además, la puse al tanto de la conversación con Bermúdez.

-Mabel, en muchos momentos de mi vida hice cosas que me dieron satisfacción, y bastantes otras que prefiero olvidar. Este asunto de la prensa amarilla me dio mucha bronca. No descubrí la brújula, pero conocerla por dentro es otra cosa. Tengo ganas de hacer cambios en mi vida, quizá ser librero, andar entre tapas y textos, leer libros que antes no tuve oportunidad. ¿Sabés? Le propuse a Bermúdez que monte una editorial: lo que no le dije es que quisiera trabajar con él.

Festejamos la quimera con dos botellas de cerveza, y cada uno volvió a su rutina... *Al borrador que escribimos a diario y nunca pasamos en limpio*, recordé haber leído de Conti.

En el que Ale viaja en tobogán

...eran hombres duros y lo que hacían,
fuesen policías, detectives privados o periodistas,
era un trabajo duro y peligroso.

Raymond Chandler

Me sentía tan asqueado. Tenía guita para tirar un par de meses más. Cuando Mabel volvió de España pagué el alquiler del cuarto por todo el año (don Samuel era aún el garante). La evocación del Director me transportó a días en que las novedades eran casi diarias. Percibí mi vida como una rutina que me esclerosaba, una especie de artritis de la mente, un estado de vacío. El combate contra el reguero de hechos consumados, de los disolutos que deciden e imponen sus normas y aparecen como triunfadores, me hizo sentir parte del esquema darwinista, de la lucha de las especies por la sobrevivencia, en la que triunfan los más fuertes y los débiles sucumben. Ignoraba a qué bando pertenecía...

El otoño se perfilaba ante mis ojos mientras andaba por la Avenida de Mayo hacia el oeste. El Congreso a la izquierda y el espectro de la Confitería del Molino, de mi lado, parecían una visión de mediados del siglo veinte, anticuada, cruzada por anécdotas que eran parte de la historia del país. Una historia de baratijas trucadas, una historia de laboratorio, *mandrakes* que acomodaron los hechos al servicio de las momias que aparecen como los grandes hombres, los hacedores de nuestro ayer. O los patriotas *de uniforme*. *Brujos y Videlas*. Fusilamientos. Malvinas. Campos de muertes... *Que el siglo veinte es un despliegue de maldad insolente ya no hay quien lo niegue*. Qué repulsa, qué atentado a la razón.

Caminaba por Rivadavia hasta que llegué a Medrano. En *Gildo* comí un par de empanadas y una porción de fugazza con faina (con languidez: faina sin acento). Había sido un día cervecero; no recordaba cuántas, pero me sentía mejor. Eran casi las tres de la tarde. Indeciso, no sabía si seguir con la caminata anticolesterol hacia Caballito, o tomar el subte y regresar al centro. El Peugeot no lo usaba ni loco. Subtes, sudores, apretujadas, paros: era más barato que la nafta y el

estacionamiento. Iba a cruzar Rivadavia y bajar las escalinatas hacia el andén cuando lo vi, parado enfrente, con las piernas combadas y el pucho colgando. Orlando el Profe. Crucé Medrano y me hizo un leve cabezazo mientras caminaba hacia Yapeyú. Dobló y me esperó en la entrada de un edificio: *Qué te contás Ale, estoy pirado con captura...* Tenía barba de días, trucha cansada de tipo que no duerme, ojeras marcadas aunque el brillo de sus ojos, intactos. Y rubio, el Profe Orlando Roig con el pelo enrubiado a lo Marilyn Monroe. *Me teñí en casa de mi suegra*, dijo jovial. Me contó una historia que no es fácil de creer, ni que pudiese ocurrir en la realidad.

-Me cazó la cana en una requisa en el *desarmadero de Pepino*. Fue casual, Ale. Me tocó un juez coimero que me mandó a gayola. Llevaba dos meses en Devoto. Hace unos días me llevaron a Tribunales, después de allí nos trasladaron al Departamento: largaron a los que *libran*, y los demás de vuelta a Devoto. Eran las doce de la noche y empezaron a llamar. En eso escucho mi nombre, *Orlando Roig, con todo...* Me encontré a la una de la mañana en la calle... ¡Se equivocaron, Flaco! Estuve dando vueltas en colectivos hasta las cinco, después fui a lo de mis suegros, viven aquí, en este edificio. La llamé a Marta y le dije que no telefonee ni se aparezca. Y ahora estoy en un despelote: ando suelto pero no soy libre.

-¿Tenés abogado? Vas a necesitar uno de muñeca, Profe. ¿Porqué no vas a ver a la Erminde, la pesada ésa?

-Sí, ya lo pensé. Es más mala que un purgante, pero tiene liga con los jueces y los sabe sobar -dijo mientras tremolaba los dedos sobre el *bobo*.

-Orlando, ¿tenés plata? Tomá cien *sopes*, agarrálos que los vas a necesitar, no seas gil.

Se los metí en el bolsillo de la camisa, le dije que me esperara y le fui a comprar crema de afeitar, una maquinita, loción, un jabón y una caja de puchos. Nos dimos un abrazo. No imaginé que jamás volvería a ver su sonrisa, el arrugue de la frente, la mirada de águila de Orlando Roig, el Profe. Nunca más.

Un poco de historia

Escribir es una labor solitaria,
y conviene tener a alguien que crea en ti.
Tampoco es necesario que hagan discursos.
Basta, normalmente, con que crean.

Stephen King

Marzo. La porteñada llenaba las calles del centro barridas por el viento del río. Anduve dando vueltas por las librerías y me paraba a ver títulos en los quioscos de revistas. Llamé a Mabel y quedamos en encontrarnos en el Gato Negro. Pasaron ante mis ojos empleadas y jubilados, los que van a los cines y teatros. Y unos fifís con libros bajo el brazo y lentes con armazón metálica, que me recordaron el Lorraine, La Paz, el Foro.

Pedí una cerveza. Abrí un **Trombón**, que habían dejado sobre una silla. Llegó Mabel, blusa celeste, el cabello recogido y gotitas de sudor casi invisibles en la frente. Se sentó a mi lado. Aunque estaba arreglada se notaban las ojeras, el cansancio.

Tenía mi mano sobre la mesa y ella puso la suya encima, le encimé la otra mía, y ella la suya y yo la mía y ella la suya... Me acordé de un cuento de Cortázar*. Nos miramos sin hablar, quizás un modo de liberar tensiones. Entonces le conté el encuentro con el Profe y su aventura en Tribunales, y las pocas ganas que tenía de seguir en el periodismo. *¿Y a qué te vas a dedicar Ale? ¿a vender en los colectivos lapiceras de tres colores más un lápiz, un compás y un llavero? ¿y todo por dos pesos solamente...?* Tuve que muequear media sonrisa. Me invitó a su casa. *Vení a cenar: esta noche viene Liliana con el manuscrito de su nuevo poemario.* Al escuchar el menú accedí: milanesas a caballo. Imposible negarme.

Viajamos en el subte. Las ocho de la noche y todavía los vagones parecían transporte de ganado. La gente parada se columpiaba colgada de los pasamanos, los profesionales del franeleo se ubicaban en lugares ventajosos. Los pibes sacaban pecho, dilatando las musculosas para impresionar a las chicas

que vestían miniblusas módicas, puro breteles, y vaqueros adheridos a la piel, como si fuese *piel extra* color azul gastado.

El calor era espeso y el aire parecía aceite impalpable que iba engrasándonos los bronquios. Bajamos en Medrano. Gran alivio. Al llegar al edificio de Gascón estaba esperándonos Liliana con cara de demolida...

Entramos a la casa de Mabel. Abrimos las ventanas, prendimos los ventiladores de techo, de pie, de mesa y liquidamos dos botellas de agua mineral. Nos sentamos mientras Liliana esparcía lágrimas saladas. Y bronca.

–Liliana, ¡qué te pasó!

–Mabel, me robaron el portafolio con todo lo que llevaba... incluido el poemario corregido.

–¡¡No!! ¡Qué bronca, che!

–El trabajo de un año y medio se fue al tacho, perdido, ¿se dan cuenta? –Y se largó a llorar sólo como puede hacerlo una tana emotiva de Toscana.

–Te entiendo, Tana, pero llorar es inútil –le dije.

–La inútil soy yo, Ale. No soy una principianta, conozco muy bien las reglas, los cuidados con la compu. Me traía el manuscrito impreso para hacer fotocopias mañana: se había acabado la tinta de la impresora. De pronto, sin darme cuenta, no sé que toqué y lo borré... Decime, ¿no parece una conjuración? Ahora todo se perdió: lo que me queda son partes corregidas y muchas sin pulir... ¡Qué bronca! ¡Me quiero suicidar! Jejeje.

–No lo hagas, Liliana, mirá que las flores están muy caras –dijo Mabel. Todos nos reímos, incluida Liliana. Pese a la pérdida le quedaban pizcas de humor.

Mientras las papas fritas croqueaban entre nuestros dientes, le pregunté si estaba segura de que lo robaron. *¿Y sí lo dejaste olvidado?...¿en qué viajaste?* sugerí. Sonrió con un gesto y se quedó pensando.

La velada terminó, Liliana volvió a su casa nerviosa y confundida; nosotros fuimos a dormir comentando lo ocurrido. Mabel estaba afligida por la amiga. *El poemario fue el trabajo de muchas noches y fines de semana. Liliana trabaja duro para ganarse la vida. Es para deprimirse.*

Podía entenderlo aunque hay gente que piensa de otro modo, sobre todo los que no tienen la experiencia de cuán sacrificado quehacer es la escritura *cuando se te cae la cabeza de sueño...* En una ocasión se me borró de la pc un capítulo de una pequeña biografía que estaba escribiendo. Debí rehacerlo desde el comienzo y me quedé con la impresión –para siempre–, de que aquel original era superior al reescrito.

A la mañana volví al bulín. Al entrar le di los buenos días y las paredes me saludaron con un bostezo; preparé un mate. No tenía ganas de pensar ni de romperme la cabeza. *Algo aparecerá desde algún lugar insólito.* La conciencia me vigilaba desde dentro: no podía engrupirla. Entonces tronó el teléfono.

–Hola... sí Bermúdez, estoy tomando mate y café negro al mismo tiempo... No, no tengo planes ni laburo ni ilusiones: estoy deslizándome por el tobogán. Todavía me faltan algunos metros para tocar la arena... ¿Que compraron qué...? ¡A la miércoles! No le digo, che, nunca puedo descansar. Sí, al mediodía voy a acercarme. Y apure la mudanza, Bermúdez, que los cuatro pisos son para mí como la maratón de los barrios o escalar el Everest. Chau.

Está visto que, aunque soy ateo, algún dios desdichado y vengativo ovilló mi destino y destripó mi malhumor. Justo ahora un grupo compra **Caras y Carotas...** *Espejos y laberintos circulares, el Ale caído se renueva y transfigura. Bah...*

* Julio Cortázar, *Las armas secretas*

«Buen viaje, hermanito, buen viaje»

Y nada hay más terrible
que demasiado tarde

Charles Bukowki –" ¡Ah, sí!"

Estaba por salir de mi casa cuando descubrí una llamada perdida en el móvil y un número de teléfono. Nunca lo uso: me impresiona como si llevase una laucha dentro del pantalón. La antigua fobia por los teléfonos había menguado, pero seguía aborreciéndolos. No miré de quién se trataba.

Iba a tomar el subte de Rivadavia para ir a la oficina de Bermúdez. Al pasar Congreso, los gritos de costumbre, un par de bombos daban la escenografía y unos cien muchachos sin camisas cocinándose en la explanada. Bajé en Perú.

Escalé el Everest, pero en lugar de plantar la banderita azul y blanca me sequé la frente. Entré y vi a Toña. La nariz le relampagueó. En los últimos tiempos trataba de ir cuando no estaba. Me daba pena verla teclear con la espalda como un acordeón descangayado. Y recordar al viejo Director

–Hola, Toña, está más linda que nunca, ¿cuándo se casa?

–¡Ay, qué mentiroso halagador que es Aspis! A usted sí que se lo ve muy bien. Me contaron que volvió su novia...

–Sí, Toña, pero le pregunté cuándo se casa. ¿No me va a invitar?

–¿Casarme? ¿Para qué...? Vivo con mi novio, soy una chica moderna.

Me causó gracia. Me acerqué y le besé la frente con cariño.

Bermúdez me llamó; entré a su oficina: había allí un tipo cara conocida.

–Aspis, le presento a Andrés Costera –Una nube gris cruzó mis ojos, como una aureola bifronte y grisácea.

–¿Usted es el ladrón de manuscritos? –gruñó el tipo.

–Podría decirle que sí: soy el que rescaté el original de Federico Lupines que usted plagió. Me limité a confiscar el ejemplar copiado, que no era suyo...

–Escúchenme, si tienen ganas de pelear pueden ir al Luna Park –terció Bermúdez–, los invité para hablar sobre la posibilidad de trabajar juntos en un proyecto importante. El dueño de **Caras y Carotas**, Félix Lapigna, vende la revista dado que, según alega, no tiene beneficios. Una persona de mi confianza quiere comprarla, pero antes desea contar con un equipo de gente capaz para editarla. Usted, Costera, sabe bastante de historia, y Aspis tiene mucha experiencia en periodismo.

–Bermúdez, me siento halagado por haber pensado en mí –dijo Costera, muy modesto, con la habitual jeta cabrera y arrogante.

–¿A usted qué le parece, Aspis?

–Bermúdez, deme antes el nombre del comprador. No me gusta jugar a la gallina ciega. Lapigna ha publicado libros de historia muy interesantes.

El editor explicó que un grupo de historiadores, dirigido por Alberto Rosmarino, se había interesado por la publicación y luego de intensas negociaciones había llegado a un acuerdo para comprar la revista. El encargado de toda la parte práctica y la puesta en marcha del nuevo proyecto sería un tal Heriberto Jashin, ex editorialista de un diario del interior, colaborador en varias publicaciones sobre historia, editor de libros prescindibles y profesor de la materia en la Universidad de Quilmes.

–Qué me dice Aspis, ¿cuál es su opinión?

–Lo voy a pensar, Bermúdez, voy a contestarle en unos días. ¿Sabe cuáles son mis dudas? Que las interpretaciones de ambos historiadores son antagónicas. Nada menos.

Así acordamos. Cuando iba a despedirme, Toña anunció la llegada del señor Jashin. *Epa Aspis, quedate un ratito para semblantear al personaje.*

Un tipo alto, de ojos acuosos y cejas tupidas, desgarrado, nariz algo ganchuda traspasó el umbral de la oficina. Una contorsión labial, que pretendió ser una sonrisa, me extendió la mano. Para impedir que repitiera esa

contorsión de los labios, le di la mano con premura. Sus dedos eran gelatinosos como una medusa.

–Qué suerte que se quedó, Aspis, el amigo Jashin es quien puede informarle de todo el proyecto y responder sus preguntas, si las tiene.

Me dio pena escuchar la buena voluntad de Bermúdez.

–Mire, las respuestas voy a buscarlas entre mis propias fuentes. Yo trabajo así, le creo a todo el mundo pero más me creo a mí mismo, confío en mis contactos. Espero que no se ofenda nadie.

La sonrisa de Jashin se esfumó y sus ojos se tornaron desabridos. Sólo el tecleo irreverente de Toña deshizo el silencio...

–No veo qué cosa hay que investigar –tronó Costera–, es toda gente de prestigio, académicos de nivel. Hasta diría que es impertinente obrar así.

Intervino el editor. Pidió calma a los presentes y justificó mi derecho a averiguar lo que me pareciera. No me negué a tomar un cortadito. Y a departir acerca del tiempo, la cercanía del otoño, sobre los robos a granel, la fama puro cuento de las momias consagradas de la literatura (mi tema cizañoso preferido). Me despedí con un gesto de Buda rioplatense, le di un apretón en el hombro a Bermúdez y al salir besé a Toña, prometiéndole un regalito de bodas.

Bajé los cuatro pisos del *Everest* y ya en la calle revisé mi celular... Encontré la llamada. Era un pedido de comunicación a un número de móvil. Lo marqué:

–Hola... sí, habla Ale, quién es... ¿quién? ¿Estrellita? Sí sé, claro que te conozco... ¿Qué? ¿Qué dijiste...?

–...que mataron a mi papá, lo boletearon sin asco, estaba desarmado –se hizo un silencio. Escuché sollozos...

–¿Estrellita...? Hola, ¿estás allí?

–Estoy llorando, sí... Lo mataron, lo mataron...

Busqué un bar y me senté.

Lo tenía enfrente mío, en el cuadro de Devoto.

Parado sobre sus piernas combas.

El pucho colgado de los labios.
La frente fruncida.
Una sonrisa pícara y la mano extendida.
Orlando Roig, el Profe.
Escribí una novela en su honor.
Con un final literario.
Y en la vida real, acribillado, muerto.
Absoluto, último, irreversible...
Y se llevó un fragmento de mi alegría.
Una anécdota, una enseñanza.
Un chorro también tiene su dignidad; es un hombre.
Fue un verdadero amigo. Fiel; sin dobleces.

Orlando, ¿cómo se te ocurrió darle tu teléfono al tipo que salió con vos la noche que libraron? ¿Vos, un "Profe", profesional y veterano...? Sí, entiendo, Profe, pero vos no lo conocías, era un confidente de la yuta embutido entre los presos... Ya sé, Orlando, ya sé: te fueron a hacer la boleta, derecho viejo. Buen viaje, hermanito, buen viaje...

No quise embalarme en más recuerdos. Nada me ayudaría el evocar. Viajaría a la casa del Profe: allí lo iban a velar. Mi ánimo no aflojó. De ninguna manera: *murió en la suya, pensé, una caída boluda en un lugar donde no debía estar, y una aflojada tonta al librar de chiripa y confiar en un extraño. Siempre se pagan esos deslices. ¡Mierda, Orlando!*

Le avisé a Mabel: no quise llevarla. Ignoraba qué había quedado del Profe... Crucé el puente y llegué a Valentín Alsina. La casa ubicada en Tuyutí, a una cuadra de Remedios de Escalada. Abracé a la mujer y las dos hijas. Sus amigos de antiguas causas y colegas que le debían favores merodeaban por la casa. Eran fragmentos del pequeño universo del choreo, de los que están del otro lado de la ley, esa ley que vive gatillando a mansalva.

Le arreglaron la cara, casi. La sonrisa pícara quedó intacta. O parecía. Sólo le faltaban el pucho entre los labios y

los tres dedos de la mano derecha tremolándole el bobo. Y la vida, claro.

A medianoche me despedí de todo el entorno de Orlando Roig, alias El Profe, me senté en el Peugeot y enfilé hacia Balvanera.

Al entrar al cuarto saqué la botella de vodka y mientras desfilaban por la pantalla de la tv los héroes de algunas series policiales, *hombres de buen corazón y mejor puntería*, fui despachando la botella hasta que el sueño y la silenciosa borrachera me vencieron. Tuve pesadillas y sueños, pero la realidad había sido más cruel.

A la diez de la mañana bajé una pava de mate. Un café negro y cargado elevó mi adrenalina. Me había olvidado de Bermúdez y la revista. De la realidad. De la proximidad del otoño. De las brisas frías y las hojas caídas. De Orlando Roig, del cuadro, de los chorros solidarios y *los otros... los que avergüenzan el oficio*, como me repetía Orlando.

No –pensé–, no murió en su ley, lo mataron en *la ley de ellos*, en el código del gatillo fácil. Recordé el axioma de Prohudon: “La propiedad es un robo”, que en tantas noches de coloquios carcelarios el Profe repetía, con su humor fresco: *Y, si la propiedad es un robo entonces se justifica que nosotros afanemos...*

La varita en la galera...

...los encontrarás en las ciudades,
pero traen consigo todo el orgullo en su dureza,
en su independencia, en su habilidad
para hacer por sí mismos lo que necesite hacerse.
Dashiell Hammett - "Ytchy"

Decir trigo limpio era una fantasía rumbosa. Heriberto Jashin estuvo vinculado a unos asuntos poco claros, dicho esto en un lenguaje piadoso. En efecto, cuando editó los libros de historia cobró gastos de impresión y no pagó los derechos de autor. Otra de las preciosidades del tipo es que en una huelga del personal de un diario de Santa Fe, en el que colaboraba, viajó a ésta y, aparte de su editorial, escribió crónicas junto a otros insignificantes saboteadores rompehuelgas.

La carrera del fulano como historiador era mediocre. Jashin, un tipo ceniciento que vivía pegado a la gloria menguada de Alberto Rosmarino, no podía ser el director de una revista seria, capaz de cautivar al público amante de la historia. Sus artículos no estaban vertebrados según todos los documentos de la época, con textos de investigadores lúcidos y objetivos. Era el estilo del mitrismo y la escuela de sus pretores.

Me cité con Félix Lapigna. Me conocía por la nota sobre Taborda *alias el amarillo*. El Café de la Ciudad es el lugar más inapropiado para conversar sobre cosas serias. Hubiese preferido entrevistarle frente a la jaula de los monos en el Jardín Zoológico. Él decidió y yo fui. Pedimos café y sin vueltas le pregunté:

-¿Porqué querés desprenderte de **Caras y Carotas**, Lapigna?

-¿Dónde escuchaste esa pavada?

-De boca de Heriberto Jashin, ¿lo conocés?

-Veo que estás bien informado... Yo no quiero vender la revista pero los bancos me cortaron los fondos: no me dan más crédito.

-¿Te ahogaron con los créditos? Tengo una duda, ¿sabés? Pensé que te lo financiaban los muchachos del sindicato de la propiedad horizontal...

-No quiero vender la revista, que quede bien en claro, Aspis, no quiero venderla. Estoy en un apuro, lo sé, pero en estos tiempos las revistas son lujos que no cualquiera puede darse. No hay bastantes lectores, la compran los coleccionistas y los curiosos. Dan pérdidas...

Mientras lo escuchaba me sentía lejano, ajeno. Quizás era un crimen dejar morir a **Caras y Carotas**. Y eso es lo que iba a ocurrir. Tenía que pensar y decidir.

¿En verdad? Estaba enfadado, entendí que este asunto no me concernía. No estaba convencido de que debía seguir preocupado por algo en lo que podría tener arte, pero poca parte y demasiados dolores de cabeza. Para nada... *¿Por amor al oficio?* Eso es para púberes o bohemios.

Me despedí de Lapigna y luego me fui a almorzar a lo de Lupo. La anécdota me dio hambre. La tarde nublada empeoraba mi estado de ánimo. Sentí una enorme tirria por la historia y esos badulaques que investigan, analizan, comparan, escriben ensayos y panegíricos. Liberales, nacionalistas, reinterpretadores, revisionistas del revisionismo. Ufa, la vida pasa con sus tragedias, inundaciones, terremotos, mujeres golpeadas, tipos que se suicidan, se cuelgan o se tiran a las vías del tren... ¿A mí qué me importa si Mitre tenía barritos o Dorrego tenía jeta de sapo ambulante? No estoy solo en este mundo, ni en este gigantesco albañal. Ni soy indiferente.

-¿Mabel? Escuchame, pedile la tarde a tu trompa... Deseo dejar todo a la vera del caminito, quiero pasear por el Botánico y empaparme de verde, toneladas de verde, ver a viejitos con bastón y lentes andar con parsimonia y disfrutar de la vegetación (*como chicos que fueron o que son –pensé*). *Y entrar al Zoológico, y divertirme con los monoides, las jirafas, los pavos reales, y ver a los pibes con sonrisas y los primeros mocos del otoño colgándoles como un arete verde amarillo*). Quiero poner un tabique entre la realidad y las pocas visiones pastorales de este planeta recludo en míseros

espacios de la urbe antropófaga, cemento, lágrimas y sangre. No, Mabel, no estoy en crisis... O sí, es verdad, estoy...

-¡Ale, Ale, escuchame por favor! Esta tarde no viene Aquitapache, no puedo largar la oficina, cuánto lo siento, pero no es posible.

-Entiendo Mabel, no te hagás problema. O voy al Botánico, o me agarro una curda feroz, o me voy a dormir a las vías del subte, qué sé yo... No, quedate tranqui, no voy a hacer nada irreparable: pero si ves y oís lo que ocurre en este universo, donde vivir y morir es irreparable, a veces pensás en cosas terribles. Veré lo que hago, pero no te asustes, te lo prometo, fuera de vivir no haré nada irreparable. ¡Qué palabra triste, fúnebre, Mabel!

Lo llamé a Bermúdez y le expliqué que no tenía interés en participar de la revista de historia. Qué me interesaba el presente y la historia de las últimas décadas. Cuando iba a contarle sobre la muerte de Orlando me invitó a su nueva oficina. Subir los siete pisos en ascensor. Dirigirme a la oficina 128 me retrotajo a un pasado diluido en la nostalgia. Allí pegadas estuvieron las primeras oficinas de la Agencia, donde comencé mi trabajo de periodista con don Samuel. Toña no estaba. Bermúdez tenía jeta ceñuda...

-Pasó algo, Bermúdez... Lo veo medio tirante.

-El negocio de la revista se deshizo. Lapigna se echó atrás y todo quedó anulado. Cuénteme qué pasó con el Profe.

Le narré cómo se había fugado sin fugarse de Moreno 1550, cómo fue a parar de madrugada a la casa de los suegros, cómo confió en un raterito buchón, cómo le prepararon una ratonera y cómo lo liquidaron en un descampado cerca de Lugano.

-Qué barbaridad. Volví a leer su manuscrito: en serio que era un personaje muy particular. Lo siento, sé que usted le tenía mucho aprecio. Y ahora dígame, ¿a qué se va a dedicar usted?

-Y usted, ¿a qué se va a dedicar? ¿A publicar libros que le dejan chirolas hasta que los monstruos editoriales se lo deglutan con salsa golf? Despierte, Bermúdez...

En el que Aspis vive el desánimo

A ratos debe preguntarse si la infancia y la adolescencia no han sido un mal sueño.

La oscura historia de la prima Montsé

Juan Marsé

Bermúdez me contó que había hecho una estimación de los costos de una editorial, impresiones, publicidad en diarios y revistas, librerías y, como conclusión, confesó que no le resultaba redituable ni a largo plazo. Me ifue explicando el problema: yo ya había llegado a igual conclusión. Le dije, además, que la única manera de ganar mucha plata con la tarea editorial era el sistema de Shinken y sus colegas: atrapar ingenuos, hacerles un ablande, mostrarles tapas de variados colores, ofrecerles bocetos atractivos y envolverlos en un verseo acolchado, cantarles una dulce serenata bajo el balcón del narcisismo, pintarlos con miel y agua de rosas, adormecerlos con seductores relatos sobre la fama con *flashes* incluidos... Bermúdez suspiró. Un suspiro escéptico, sin futuro. Le dije que en una empresa de ese tipo yo paso de largo, o la denuncio. Aunque es un disparo al aire: la gente que escribe sueña con verse en el podio, focos, un público rumoroso, periodistas, luces, cámaras de filmación, gacetillas, notas, discursos... Luego la caída, el olvido, el ostracismo. El público que recorre Corrientes compra clásicos de Poe, libros de Emilio Zola, Kundera, Arlt, Borges, Bioy Casares, o best sellers a tres por cinco pesos. Y los coleccionistas furtivos tienen en sus casas bellas colecciones de autores anónimos, dispuestos según una maravillosa y policroma combinación de tapas, a cuál más figurativa, surrealista o cubista. No quedamos en nada.

A la noche me encontré con Mabel. Me abracé a ella como al árbol de la vida. Me vio la cara sin color, los ojos opacos, la pinta ocre y melindrosa. –¿Seguís cuesta abajo, Ale? Tenés una cara color cera, a tu lado se respira agobio... Contame otra vez qué te está pasando, por favor.

–Mabel, tendría que irme en un safari al Amazonas o al Congo. O por lo menos a Chacabuco o la Isla Maciel. Olvidarme

del mundo, dedicarme a la pesca, o a cazar mosquitos y mariposas, dialogar con los grillos. No tengo planes, ni ganas de hacer proyectos, estoy desinflado... Tal vez debería buscar algún enemigo público –que no faltan, Mabel– y descargarle. Pero gratis no... Tengo que comer, vivir, sentir que pertenezco a esta parte del mundo, la que todavía tiene partículas de la condición humana.

–Ale, hace bastante que no te dedicás a cosas que te impulsen a vivir, a disfrutar, a rabiar, a mezclarte con la gente. Después de la nota contra “la raza de los amarillos”, te quedaste a la deriva, como un bote abandonado. Ale Aspis, reaccioná, querido mío, hacé algo, aunque sea una de tus locuras.

–Lo único que me falta hacer en mi paso por este vallecito de lágrimas es trabajar de detective privado o cuidador de perros. Está bien, Mabel, mañana me va a caer algo... Del cielo o de un décimo piso. Pero no pienso seguir así mucho tiempo. Escuchame, vos ves el mundo desde la oficina del abogado, asuntos penales, gente que viene a contratar al letrado: es la cara educada y sensata del crimen. Todo está tan corrompido que un tipo que forma parte de una banda de delinquentes tiene cualquier guita para pagar a un abogado, y los muchachos de las villas y el suburbio, predestinados al infierno, acaban en la escuela del crimen: allí termina el aprendizaje. Hasta que lo cazan o le hacen la boleta en un baldío. Ésa es la cuestión. Mabel.

–Hablamos del tema varias veces, Ale. Es la sociedad, los gobiernos y los políticos, los que sacan tajada para sí a cuenta del resto de la gente, ¿y vos querés modificar este estado de cosas? ¿Creés que en Madrid la gente es mejor? Hay mucha soledad, la gente ríe, sale de copas, colma las tascas – comer es todo un deporte–, gimnasios, encuentros en los *pubs* después de las tareas, aturdimiento. Luego las paredes de tu cuarto, el silencio de la noche recordándote que vivís alienado la mayor parte del tiempo, te falta calor humano. Al día siguiente regresás a la rutina, a los retintines habituales.

–¿Sabés algo, Mabel? Toda esta vida moderna es para muchos un brutal aturdimiento, una búsqueda de personas

afines con quienes compartir algo de la vida. Tal vez encuentres un espejismo, un momento ilusorio para sentir el bienestar a que aspirás. Contalos con las manos, Mabel: te van a sobrar los dedos y la desilusión te llegará en poco tiempo.

-¿Y entonces qué hacemos, Ale?

-Mabel, vos no tenés nada que ver con todos estas opiniones... Sos parte de mi mundo como yo del tuyo, pero hay otra clase de gente con la que convivimos a gusto o disgusto.

Nos quedamos callados. Entonces le dije:

-Vayamos a comer alguna cosa por ahí, ¿querés?

-Ale, hace tres meses que regresé a Buenos Aires. Pero la veo como si fuesen dos ciudades, una metida dentro de la otra. Hay mucha gente que sigue su vida como si nada.

Me quedé mirándola. Respiraba con aflicción, los pechos subían y bajaban debajo de la blusa. Fue como si hubiese descubierto a otra Mabel, alguien a quien no tuve capacidad de considerar.

-Mabel, recuerdo lo que dijiste aquella primera noche en que nos encontramos: *...soy separada, mi título de maestra está archivado, no tengo amigos, casi... me gusta leer, me hago la vampi y soy una pobre mina solitaria que espera a un príncipe [...] estoy más sola que flor en el desierto de Sahara, ¿te acordás?*

-Recuerdo, Ale. Pero la vida es práctica. Cobra sus tasas... las cobra sin falta. Hablamos del tema, fuiste franco conmigo, jamás me prometiste nada. Y yo me fui, Ale, te dejé plantada durante un año y, aunque no te lo dije, me sentí desamparada porque me faltabas vos. No te reclamo nada.

-Mabel, te propongo algo...

-¿Si, Ale?

-Desde hoy quiero estar con vos por las noches... si querés. Decime qué pensás, Mabel.

-Voy a repetirte una frase mía que tanto te gustó: *hicimos negocio*, jajaja. Y vamos a comer ya, que me agarró hambre.

Aventuras y desventuras...

"Hay un solo camino. El que hubo siempre.
Que el creador de verdad tenga
la fuerza de vivir solitario y mire dentro suyo".

Juan Carlos Onetti

Esa noche me había quedado en la casa de Mabel. Hablamos sobre nuestras vidas un largo rato. Tomamos unas copas de ginebra y Mabel no paraba de fumar. Sólo a la madrugada, cuando los bostezos se repetían como un cd rayado, nos echamos a dormir un par de horas. Me levanté con ella, tomamos mate y a las siete y media viajamos en el subte de Corrientes. Me bajé en Callao y Mabel siguió hasta Uruguay. Me sentí raro, como un tipo que vuelve a la normalidad luego de su luna de miel. Todo había sido una extraña experiencia, la conversación con Mabel, escucharla, percibir su capacidad afectiva, y el cariño en sus ojos rasgados. Me sentía sosegado, la inquietud se había atenuado, como en vísperas de algo que iba a ocurrir. Que ocurriría sin dudas.

-Bermúdez, ¿cómo anda? Entiendo su preocupación pero es algo pasajero. Va a tener clientes a patadas... siempre va a encontrar poetas que deseen publicar sus trabajos, aficionados que quieren tener su primer libro. Lo llamo por lo siguiente: ¿qué pasa con la novela sobre el Profe? ¿No se decide, no le tiene fe? Usted lo sabe muy bien. O voy a vender ballenitas, cadenitas o llaveros. Gracias, Bermúdez, y piense un poquito en Orlando Roig... Chau, que pase bien... ¿Cómo dice? ¿Tiene un trabajo? ¿Qué esperó para decírmelo...? Lo voy a visitar, o le propongo algo mejor, encontrémonos para almorzar. De acuerdo, mañana a la doce y media.

Hablé con Mabel y le conté que me encontraría con Bermúdez, que no sabía de qué asunto se trataba. No sabía nada. No tenía mucho entusiasmo pero el editor es un tipo que me considera.

Pasadas las doce inicié la larga marcha hasta Montevideo y Corrientes. Un bar con minutas y pastas. Un día

nuevo, el cielo entre gris y añil, Buenos Aires con sus ráfagas del este, y gentío, cada uno con su enigma íntimo circulando apresurados, como la sangre por las venas y arterias. Por momentos las caras adquirirían la forma de máscaras blancuzcas y labios fastidiosamente rojos. Arlequines y Colombinas bajos, flacos, panzones, canosos, múltiples...

Llegué sobre la hora, Bermúdez no estaba. Me senté en la ventana de la ochava. Miraba pasar la muchedumbre, siempre vertiginosa y fugaz; *aguas de un río que pasan y ya nunca son las mismas*. Lo vi entrar con cara de disculpa.

–Hola Aspis, perdone la demora –se excusó.

Decidimos compartir los canelones, una ensalada cada uno, una gaseosa y medio de tinto. No sabía con qué cuestión me iba a salir. Esperé.

Me miraba algo cohibido, con un prurito de no animarse a hablar.

–Bermúdez, ¿de qué se trata?

–Aspis, tengo un trabajo con el que puede ganar bastante dinero... aunque hay un pero. Usted dirá: ¿sabe lo que es un *escritor fantasma o ghost-writer*, como se les dice en Estados Unidos?

–Lo sé, Bermúdez. Dígame de qué se trata. De última tengo la opción de mandarlo a la mierda.

–Escuche primero, Aspis... Hay un profesor, investigador del sida, el doctor Manuel Bronstein, que quiere escribir su autobiografía. Está enfermo de cáncer y un grupo de amigos le va a pagar la edición. Una persona, el escritor fantasma, debe redactarlo. Piden discreción total.

–Mire, a mí no me entusiasma, Bermúdez, pero si sigo sin trabajar voy a tener que buscar una solución quizá peor. Deme los datos...

Me dio el teléfono de la casa de la persona, y me aclaró:

–Aspis, no es un acto canalla, es lo que aprovecha el mercado. Los escritores fantasmas no son un invento del año pasado sino una vieja profesión. No me gustaba ofrecérselo, pero creí que necesitaba hacer algo por usted. Además, este

Bronstein no es una mala persona: es un hombre excepcional enfermo de cáncer, hoy está impedido de escribirla por sí mismo –Le pregunté:

–¿Usted lo va a editar? –**N**egó con la cabeza.

–No, arreglaron con una imprenta particular: el libro no es para la venta, lo van a regalar.

Le pedí que me hablara algo del profesor... Me dijo que no lo había tratado en persona, pero uno de los amigos del profesor le contó parte de su vida: *creo que vale la pena intentarlo, Aspis.*

Terminamos el almuerzo, él tomó un taxi y yo me fui caminando por la ruta archisabida, Corrientes, Callao–Entre Ríos hasta Venezuela. Me sentía ofendido, con ganas de patear latas. *Escritor fantasma*, malditos sean: la explotación del escritor desconocido por los editores negreros. Aunque en este caso era distinto...

Llegué a mi cobijo y llamé por teléfono. Me atendió la mujer del tal Bronstein y quedé en ir al día siguiente, Acoyte casi Rivadavia, a las diez de la mañana. Un gusto amargo en la boca y un disgusto en el alma. *Frenate, Ale, los últimos serán los primeros*, y con este pensamiento gracioso lugar común me dispuse a dormir la siesta.

«...o se equivocó el profesor...»

Los hombres son como las estrellas,
unos lucen por sí mismos y
otros reflejan el brillo que reciben

Jose Martí

Acoyte entre Yerbal y Rivadavia. Era un gusto pisar las orillas del antiguo barrio. Me serené. Toqué el timbre y una mujer canosa, baja y con una sonrisa triste me abrió la puerta. Entonces, lo vi sentado a la mesa. Los ojos del profesor Manuel Bronstein me miraron con una expresión dúctil. Nos presentamos. Me hizo sentar.

Charlamos pavadas. Finteamos; parecíamos dos pugilistas de la escuela de Nicolino Locche. Dábamos vueltas, nos estudiábamos. Bronstein me hacía preguntas. Me mostró la biografía de un alpinista australiano, y me preguntó si podría escribir mi trabajo en inglés. Me sonreí y le dije que no estudié ni me propongo estudiar inglés.

–¿Cuál es su actividad, a qué se dedica, señor Aspis?

–Mire, soy periodista, escritor, francotirador y hago cualquier trabajo que me permita vivir decentemente. Leo libros, escucho música, me deleita andar por las calles de Buenos Aires, me agrada que las esquinas se paren y me observen, me gustan las mujeres bonitas y el fútbol, de la política vengo de vuelta y ahora me propongo escribir su biografía. ¿Le parece suficiente, señor Bronstein? También tengo novia, y una ex mujer de la que no sé nada, me gustan los tallarines, los riñoncitos a la provenzal, el vino tinto y postre vigilante. Y si me va a llamar Ale me voy a sentir dichoso.

Bronstein, para mi sorpresa, se sonrió con afabilidad y buen humor. Fue cuando puse atención en el hombre que tenía enfrente. Sus rasgos, su cara y la cabellera algo entrecana, la frente ancha, los ojos radiantes y lúcidos. Un verdadero personaje. Confieso que concurrí al encuentro con todos los prejuicios imaginables e inimaginables: *¿profesores, académicos, exquisitos sabelotodos que te miran desde un*

pedestal? Pero por favor, ¡quién los soporta! ¡quién tiene paciencia para esos tipos insufribles que se mueven entre la egolatría inflada y el narcisismo petulante!

Me equivoqué. O se equivocó el profesor. Se equivocó de mundo, de escenario, de sistema planetario. Ésa fue mi impresión...

-De acuerdo, Aspis. ¿Tiene algún libro suyo? No se ofenda, pero me gustaría leer alguna cosa escrita por usted. Ah, ¿y qué música le gusta?

-Desde las sonatas de Beethoven hasta El Monito y Mala Junta ejecutados por la orquesta del señor Osvaldo Pugliese. Le voy a dejar un ejemplar de mi libro, aquí lo tiene. Y si me contrata, vendré tres veces por semana a conversar con usted, a escucharlo y preguntarle cosas, a entrevistar a gente amiga, sus colegas y colaboradores. Y grabar todo. Luego voy a escribir su biografía.

-¿Podré ver las páginas que usted vaya escribiendo?

Le recordé que todavía no me había contratado: me pidió que lo llamase en una semana. Me iba a dar la respuesta. Me despedí del matrimonio. Este Manuel Bronstein me compaginó los sentimientos. Había olvidado a los *escritores fantasmas...ghost-writer*. ¡Pucha! ¡Qué personaje!

Me fui al Parque Rivadavia, recorrí los quioscos de libros. Novedades, antiguallas, El Gráfico de los años de la infancia. Todo volvía. Como en una calesita que girara sin fin. Compré algunos libros, poemas de Bukowski, una edición nueva de *El Jugete Rabioso* de Arlt (regalo para Mabel). Me acordé y quise llamarla.

-Es el mediodía Mabel... quiero contarte sobre la entrevista con el profesor Bronstein pero tengo una condición... sí, sólo una... que almuerces conmigo... se trata de un chantaje. Sí, confieso, es un chantaje de afecto y hambre. ¿Aceptás? En media hora estoy allí. Chau, no, nada de besos telefónicos: me los darás en la oficina delante del público.

Dos pechugas a la parrilla, la ensalada extravagante de Mabel (remolacha, papa y huevo), algo de vino y café. Entre

bocado y bocado, le conté cómo me impresionó este profesor Bronstein. *Hacía mucho que no me ocurría algo así, Mabel.* Le agregué mi tirria por lo del escritor fantasma... *Vos no sos un escritor fantasma, Ale: olvidate de eso,* me dijo.

–Le dejé mi libro, artículos y algunos capítulos del Profe Orlando. Si no le gusta mala suerte, pero ése es mi estilo: no deseaba engañarlo.

–Es lo mejor que pudiste hacer. De precios no se habló todavía, ¿no?

–Eso para el final. Ahora tengo que esperar. Mabel, prestame tu móvil, le voy a contar a Bermúdez.

Se alegró. *Es el primer paso, Aspis –dijo–. Espero que todo le salga bien. Y no se quede corto con el precio...*

Mabel regresó a la oficina y yo fui a la Biblioteca del Congreso a leer bibliografía sobre este investigador del sida. Como para familiarizarme.

Una vez que ingresé a la sala de lectura, suspiré. Me sonreí y solicité los escritos de Manuel Bronstein. El profesor era una eminencia. Las referencias que encontré sobre él me dejaron perplejo. Me veía ante un auténtico desafío y dejé de lado el tema del escritor fantasma. Ya vería como zafarme...

La amistad otoñal

La amistad, como la sombra vespertina,
se ensancha en el ocaso de la vida.

J. de la Fontaine

Telefonaron el lunes por la mañana. Me pidieron que fuese a la casa: Bronstein quería que yo escribiera su biografía. Y que comenzara mi tarea cuanto antes. Arreglamos para las cuatro de la tarde.

Revisé el pequeño grabador, compré un juego de pilas y veinte casetas. Era la primera vez que una entrevista me tenía inquieto. No era para hacer una nota sino para escribir un libro, una biografía, una tarea de largo alcance. Me atoré de mate y escuché música: Pugliese, Troilo, Piazzolla, Génesis.

El otoño se sentía. Buenos Aires y sus incógnitas climáticas: se largó un chaparrón. Salí a almorzar a un bodegón que quedaba a dos cuadras, comida casera y barata. A las tres de la tarde preparé el portafolios, me puse el saco de cuero y la gorra, inseparable. Sonó el teléfono. Mabel me contó que a Liliana le habían devuelto el portafolios con el poemario perdido: lo había olvidado en la oficina... Recobró los poemas y su alma tana y poética se reconcilió con el mundo.

Tomé el subte A. Llegué a las cuatro en punto a la casa de Bronstein. Luego del saludo nos sentamos en una pequeña habitación frente a un ventanal. Llovía. Bronstein comenzó a relatar detalles de su infancia, el estudio en Mendoza, el traslado de toda la familia a Córdoba donde cursó medicina. Hablaba con tono pausado, una voz suave de tenor; relataba con agilidad pero a veces se estremecía. Comprendí que los dolores llegaban de improviso, cobardes e impiadosos. Hacíamos una pausa. Él preguntaba detalles de mi vida. Cuando le contaba episodios del pasado, sobre mi familia y las correrías en mi infancia rea en las calles de Buenos Aires –mundo desconocido para él–, me miraba cautivado. No era cortesía, sino esa sensibilidad que iría descubriendo con el pasar de las semanas.

Casi siempre estábamos los dos solos. Vislumbré que iba enhebrándose una relación especial entre el profesor, hombre enfermo y lúcido, y yo, que escribiría la historia de su vida. De vez en cuando hacíamos una pausa, conversábamos sobre política, música, literatura, historia. Un hombre culto, informado, de una inteligencia nada común y una capacidad increíble para analizar cualquiera de los hechos que ocurren en el mundo.

Durante dos meses nos encontramos en su casa, por lo habitual de mañana. Bronstein me narraba detalles de su vida personal, la lucha por la investigación, las frustraciones y los logros tras muchas horas de estudio, cavilaciones, experimentos. Luego me entrevisté con quienes fueron sus colaboradores y discípulos: *un hombre excepcional, lúcido, agudo y profundo*, fue la opinión generalizada.

Las personas que trabajaron en el laboratorio que dirigía me contaron que pasaba desapercibido, debían llamarlo por el nombre y no permitía que le dijeran *profesor o doctor Bronstein*: era uno más. A medida que transcurría el tiempo la imagen de este hombre se agigantaba. Nunca me había ocurrido algo así.

Me reuní con la esposa, Tita, quien contó cómo se conocieron, la vida en común, me dio detalles de su personalidad, del carácter, anécdotas que resaltaban su modestia y la generosidad. Iba de sorpresa en sorpresa. Luego entrevisté a los hijos. Comprendí entonces cuán entregado estaba a la tarea de investigación... Sólo existía para ella. Los hijos me relataron las largas jornadas en las que el padre vivía en el laboratorio, la ausencia durante muchos momentos de sus vidas. Lo entendí como un *regañío* cariñoso. Pero primaba en todos ellos la admiración y el orgullo de ser hijos de Manuel Bronstein...

Pasaron dos meses desde que había comenzado las entrevistas a Bronstein y a la gente cercana, colegas, colaboradores, familia y personas que lo conocieron en otras épocas. Comencé a escribir los primeros capítulos, luego de

desgrabar las casetas, tarea en la que Mabel me prestó una ayuda inestimable. Hubo momentos en que apreciaba el caos de mi faena, confusa, anárquica. Ella me ayudaba a organizar los textos, el orden, las prioridades, leía y sugería ideas.

Una mañana, mientras Bronstein hablaba de sus gustos literarios, me quedé observándolo en silencio. *Está quedándose –pensaba–. Y en unos meses más este hombre tan particular, tan único, se va a morir....*

–¿Sabe, Aspis? Sé que está próximo el fin de la larga marcha de mi vida. A veces pienso que es injusto, ¿porqué debía ocurrirme a mí? Cuesta resignarse, ¿me entiende?

Quedé confundido... fue como si hubiese leído mi pensamiento. Sentí una gran aflicción. Esa mañana le anuncié que ya debía ocuparme de escribir los textos, que daba por terminadas las entrevistas. Tenía que apurarme para que Bronstein pudiese alcanzar a ver con vida el libro terminado e impreso. Pienso que él lo sabía... Lo leí en su mirada.

Ya había arreglado el precio y las condiciones: la obra saldría firmada con mi nombre y yo consentí que la tradujesen al inglés. Los derechos de autor serían míos (este punto generó una discusión con las personas que pagaron el trabajo). El profesor Bronstein apoyó mis exigencias, una prueba más de su integridad y el afecto que me tenía.

Luego de conversarlo con Bronstein, le pusimos como título **Vida y pasión de un hombre de ciencia**, por Alejandro Aspis. En los primeros días de octubre el libro estaba listo en la imprenta. Celebraron la publicación en la casa de uno de los amigos de la familia. Concurrí con Mabel, quien quedó conmovida por la personalidad de Manuel Bronstein.

Tiempo después, al igual que cuando iba a su casa para entrevistarlo, me llamó su mujer preguntándome si tenía inconveniente en ir a visitarlos: *Manuel pregunta por usted muy a menudo, desea verlo*. Por supuesto que fui. Conversamos un largo rato y en cierto momento me dijo: *Fíjese usted, Ale, a pesar de que no nos conocíamos, tenemos una relación de dos personas que se encontraron para un fin*

determinado. Y al correr del tiempo hemos hecho una buena amistad, ¿qué opina usted?

Lo contemplé con mucho cariño y le dije: *Sí, Bronstein, tiene usted razón, llamaría a la nuestra una amistad otoñal. Qué curioso, ¿no?* Me despedí. Le dije que cuando quisiese verme sólo debía hablarme por teléfono. Nos abrazamos. Fue la primera vez que un abrazo me causaba tanta pena.

Cobré el dinero. Con Mabel decidimos viajar por dos semanas a Brasil (Aquitapache tomó una empleada por horas). Cuando volvimos, me dieron la noticia: el profesor Manuel Bronstein había muerto. El duelo era previsto aunque saberlo no fue de mucho consuelo...

Ale Aspis

...no tenemos huellas para seguir,
que el camino habrá que hacérselo
cada uno, tenaz y alegremente.

Juan Carlos Onetti

Habíamos pasado juntos dos semanas. Sin pausas, sin obligaciones ni compromisos. Una relación total. Mabel y yo. Nos aproximamos, nos regocijamos y las vivimos con intensidad.

El cariño por Buenos Aires, había pasado casi desapercibido durante los primeros días. Y sin embargo, la pujanza centrípeta de la urbe de cemento y adoquín es colosal, conmueve.

En mis sueños y fantasías, se me ocurrió que una especie de flautista de Hamelín, que había trocado la flauta por el bandoneón, convocaba a todos los iniciados del Río de la Plata para una gran marcha ciudadana por Corrientes, desde el Luna Park de Lecture y Pace hasta el portón de la Chacarita, donde el bronce de Gardel nos brindaría una sonrisa *broncínea* y *gardeliana*. Al caminar me parecía ver las sombras de Corrientes y Esmeralda, el Nacional y el Tibidabo, el Marzotto y Tango Bar, el Abasto y Villa Crespo, a los respetables rioplatenses de la urbe andando sobre las tejas asfaltadas de la que nunca dormía...

Esa noche, luego de dejar a Mabel en la puerta de su casa, decidí recorrer la *calle como valle de monedas para el pan / río sin desvío donde muere la ciudad...*¹. Marchaba perezoso, la noche serena y la garúa fina, las marquesinas de los teatros me guiñaban sus cientos de lucecitas de color, la gente murmuraba y reía en los vestíbulos de los cines mientras el humo de los puchos, como un inmenso manto ceniciento y húmedo, arrojaba a los rioplatenses en la eterna aventura de la charla. Y yo subía por Corrientes mientras los recuerdos bajaban hacia el pasado buscando reminiscencias de calles adoquinadas, placitas, faroles, el vigilante, la calesita, o el beso robado a una chiquilina flaca, polaca y rubiecita.

Llegué a mi cuarto. Al abrir la puerta percibí la soledad del aire, la desnudez de mi refugio, como un páramo en la ciudad cimentado en la estéril fantasía de tiempos idos, o en las horas del sueño.

Abrí los postigos. El aire fresco del invierno, bocetado en las ramas desnudas y en las hojas amarronadas, penetraba en el desaliño del cuarto. Encendí el equipo; la voz de Ángel Vargas cantando *Ninguna* me alegró. Luego prendí la computadora y me puse a leer el prólogo a *Los Lanzallamas*, los párrafos del libro de salmos a los que siempre deseo volver. Es a su modo un rito que me devuelve, feliz, a la vida cotidiana.

Pasé varios días en la más absoluta vagancia. Por las noches me reunía con Mabel, a veces invitábamos a la Liliana para cenar juntos. La Tanita, toda emocionada, nos contó que le habían publicado el dichoso y aventuresco poemario **Burbujeos**, desaparecido por unos días y recobrado fortuitamente, y en cuyo festejo se consumieron espumantes y pizzas a granel.

Hasta que me telefoneó Bermúdez... Y allí se terminó la vagancia. Fui a verlo con un kilo de café do Brasil para él.

—Aspis, la biografía sobre el profesor Bronstein ha tenido eco. Hay un pintor, Edmundo Ballester, que quiere hablar con usted acerca de un libro autobiográfico sobre su vida y su obra. ¿Usted sabe algo de pintura?

—Sí, Bermúdez, sobre pinturitas más bien. ¿Se acuerda de las pinturitas *Faber* que usábamos en la escuela primaria? Ésas conozco...

—Hable en serio, Aspis, que le ofrezco una buena oportunidad.

—Mire, no sé si sabe que yo me dediqué un tiempo a la fotografía, en especial al retrato, y al diseño gráfico. Me consagraba a leer todo lo que caía en mis manos sobre la escuela de Walter Gropius y la Bauhaus². Me atraían Klee y Kandinsky, pero nada serio, Bermúdez... A ver, cuénteme.

—Edmundo es un viejo conocido mío. Me hizo diseños para tapas porque es muy buen dibujante. Leyó la biografía

sobre el profesor y se le ocurrió que le gustaría conocerlo para hablar sobre el tema. ¿Y sabe algo, Aspis? Tal vez podría ser un filón, o un trabajo más provechoso con el que lograría resolver sus incógnitas de trabajo. Ah... le publico el manuscrito con las andanzas de su amigo Orlando. Creo que es muy buena remembranza sobre un grupo de ladrones inusuales, Aspis.

Por supuesto, la publicación del libro sobre el Profe me alegró. Era como un homenaje a un amigo caído. No estaba seguro si dedicarme a escribir para otros era una buena idea, pero podría ser una solución. En realidad, lo que me mortificaba no era escribir para desconocidos sino renunciar a la rúbrica. Me hacía sentir como un cero más cero igual a nada...

¿Había llegado la hora de hacer un resumen de mi vida? Medito a veces sobre mis aventuras y desventuras, pienso en la gente que conocí durante mi travesía mundana, en los vivos y en los muertos, en los compañeros y amigos, sombras del pasado, que comparten una lápida en mi memoria. Y el atisbo desdeñoso para los hipócritas, los delatores y los acéfalos con quienes me enfrenté; sonrientes víboras que se movían en las tinieblas de la felonía y la suciedad del mundo.

Le telefoneé a Mabel y le conté las novedades. Nos citamos a la tardecita y fuimos a tomar un aperitivo al bar de Independencia y Humberto Primo. Charlamos hasta muy tarde entre pinerales y cinzanos y una picada de antiguo cuño. *Siento que mi vida fue una partida de naipes, el siete y medio, aquí me planto, y ésta es la última mano, Mabel* –dije–. Me miró y una sonrisa ancha le pintó la cara. Después fuimos a Gascón.

Seguiré mi vida entre evocaciones y realidades. Tal vez escribiendo biografías o buscando nuevas peripecias. No sé cuál será mi destino, nadie lo sabe, y con ello no descubrí la atómica. Escribiré biografías o volveré a las notas ácidas. O no haré nada. En mis sueños y pesadillas seguiré caminando por las calles de Buenos Aires. Y Mabel conmigo. Marcharemos

hasta eclipsarnos en el horizonte del Río de la Plata, allí donde se recuesta y persigna el límite marrón y húmedo de la ciudad... ■

¹ Calle Corrientes, tango

² El término Bauhaus, que significa en alemán "Casa de la construcción", fue utilizado para denominar la escuela de diseño, arte y arquitectura fundada en 1919 por Walter Gropius en Weimar (Alemania) y clausurada por las autoridades prusianas (en manos del partido nazi) en el año 1933. La Bauhaus sentó las bases normativas y patrones de lo que hoy conocemos como diseño industrial y gráfico; puede decirse que antes de la existencia de la Bauhaus estas dos profesiones no existían como tal y fueron concebidas dentro de esta escuela. Paul Klee, Kandinsky y Moholy-Nagy, pintores de renombre, fueron profesores de la Bauhaus.

Índice

AA o AA	7
Prólogo	9
Los censores de la UdeEF	13
El regreso de Ale Aspís	18
Ale Aspís...La ópera prima	26
La novela de Tomás	33
En el que Ale redescubre el amor...	40
Final feliz; ¿feliz?	50
Sobre un crítico oli-garca	56
Examen de conciencia	60
Triste, solitario, final	66
Noche de vigilia	69
“Nosotros se lo publicamos”	72
Una sombra... sólo una sombra	78

Segunda Parte

Volver (tango)	89
Una llovizna amarilla	96
Todo es igual nada es mejor	102
Caballos de Troya	108
Lo que llamamos «civilización»	113
El cebo del pescador	117
Los angelitos del engaño	122
El reposo del torero	126
En el que Ale viaja en tobogán	131
Un poco de historia	133
«Buen viaje, hermanito, buen viaje»	136
La varita en la galera	141
En el que Aspis vive el desánimo	144
Aventuras y desventuras	147
«...o se equivocó el profesor...»	150
La amistad otoñal	153
Ale Aspis	157

La trastienda de Andrés Aldao

Hijo de judíos y tanos, gallegos y turcos, taitas y malevos, bailarines de tango y filósofos de esquinas, inmigrantes proletarios y porteños jurados, Andrés Aldao, nacido en Buenos Aires en 1929, es un hombre de convicciones, un poeta prosaico que llegó «más vale tarde que nunca» al planeta de las letras. Como premonición, nació en el barrio de Boedo cuna de bardos, músicos y bailarines de tango en un hogar de «rusos» que hablaban el idish más hermoso, el litvak de Grodno. Ostenta con orgullo ser el filio de dos inmigrantes que llegaron a la América equivocada (ufa, qué suerte, mi madre), a Buenos Aires la Reina del Plata en 1923. Que vivieron en la urbe porteña durante muchos años, conocieron el conventillo por dentro, se enviciaron con el yuyo verde, lucharon por el pan y la sobrevivencia. Atravesaron la gran huelga de los obreros sastres de 1936, la década infame, los años dichosos del peronismo perdidos luego durante la infamia libertadora, la infamia onganista, la infamia isabelina triple A, la infamia del proceso, las infamias de Alfonsín y Menem e inda mais. Los padres le dejaron valores a los que Andrés Aldao nunca renunció, por ejemplo: «jamás traicionarás a los tuyos; los libros son amigos fieles que sólo te piden cuidarlos; la revolución es un sueño traicionado». Sus libros son un homenaje a la memoria de sus padres •

Obras publicadas de Andrés Aldao

- **Argentina: de Factoría Agropecuaria a Neodespendencia Industrial (1971)**
- **Cuentos Desde Lejos (1998)**
- **Al Servicio de la Vida –en castellano y hebreo. (1999/ 2002)**
- **Ensayitos y Sarcasmos en Compás de 2x4 (2001)**
- **Calles Empolvadas de Recuerdos (2002)**
- **A + B Memoria cotidiana – Andrés Aldao y Ernesto A. Bavio (mayo, 2004)**
- **Aventuras y Desventuras de Ale Aspis (2006)**

